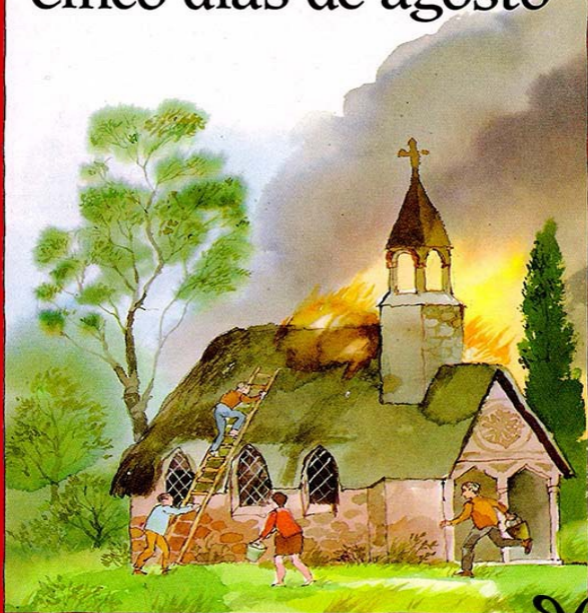




EL BARCO DE VAPOR

Hester Burton

# Cinco días de agosto



se

El verano que siguió a la muerte de su hermano Nick, Dan fue a pasar las vacaciones con sus abuelos. Tenían una casa que lindaba con la vieja maltería en ruinas, donde los dos hermanos solían jugar. Aquel verano la maltería estaba a punto de derrumbarse y a Dan le habían prohibido ir allí. Sin embargo, el primer día de vacaciones fue a echar un vistazo y descubrió que un desconocido, Kevin, la utilizaba como refugio.

En los cinco días siguientes, Kevin

se convierte en una amenaza para Dan y le hace vivir complicadas aventuras.

**A partir de 12 años**



Hester Burton

# **Cinco días de agosto**

**Serie Roja - 7 (El Barco de Vapor)**

**ePub r1.0**

**nalass** 17.11.13

Título original: *Five August Days*

Hester Burton, 1981

Traducción: Guillermo Solana

Ilustraciones: Arcadio Lobato

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



# *A Helen*

# *1 La maltería*<sup>[1]</sup>

**B**IEN, DAN, tenemos una sorpresa para ti —dijo su abuela cuando concluyó la última rebanada de pan con mantequilla que tenía en el plato.

—Se trata solamente de una idea — corrigió su abuelo—. Si no te agrada, puedes decirlo con toda la libertad.

—¿Qué es? —preguntó.

—Queríamos saber si te gustaría dormir fuera.



—¿Cómo? ¿En el jardín?

—En el cenador del jardín —  
explicó su abuelo—. Rose te ha  
preparado allí mi antiguo catre del  
ejército.

Mientras Dan pensaba en la idea,  
sintió que se le hacía un nudo en la  
garganta. Le habían comprendido.  
Habían imaginado que sentiría el dolor y  
el pánico que empezó a experimentar en  
cuanto bajó del tren.

—Me gusta la idea —dijo a toda  
prisa.

—No echaremos la llave de la  
puerta principal —le dijo su abuela—.  
De esa manera, si cambias de idea

durante la noche, podrás entrar y subir a tu antigua habitación. Allí tienes la cama preparada. Es la que está junto a la ventana. Fue también la tuya el año pasado, ¿verdad?

Dan asintió con la cabeza.

—Me gustará dormir en el cenador del jardín —repitió rápidamente—, me gustará mucho.

Luego, olvidando las buenas maneras con que uno debe comportarse en casa de los abuelos, se cortó un gran pedazo de pastel de frutas y se lo zampó. Sabía que si no empezaba a comer se echaría a llorar. La cama de Nick seguía en la habitación que compartieron el

verano anterior. Y estaba como había pensado: blanca e inexpresiva como una tumba en el cementerio anejo a cualquier iglesia.

DESDE la muerte de Nick, los sueños de Dan eran pesadillas. Sin embargo, aquella primera noche en el tranquilo cenador del jardín sonrió mientras dormía. Soñó que se hallaba sentado en una dorada playa del Pacífico, contemplando cómo se alzaban centenares de montoncitos de arena. De cada uno emergía, en busca del aire cálido, la escamosa cabeza de una

tortuguita. Se sentía rebosante de satisfacción. Podía percibir la pureza del aire, escuchar su aliento en las palmeras que se alzaban a su espalda, sentir su caricia en las mejillas.

«¡Estoy aquí! —pensó—. ¡Estoy realmente aquí!».

Dondequiera que dirigiese sus ojos por la estrecha franja de playa, la distinguía hirviente de vida; aquellas pequeñas criaturas salían de la arena y empezaban a arrastrarse camino del agua. Las primeras tortuguitas nadaban ya entre las perezosas ondas, rumbo al mar abierto. Resultaba cosa de magia que él, Daniel Hassal, que vivía en el

número 39 de la calle Elms en South Kensington, Londres, estuviera allí, sentado en una isla desierta, contemplando con sus propios ojos aquella maravilla del mundo.

Luego miró hacia el mar y vio a Nick.

Su hermano se hallaba a menos de cincuenta metros de la costa y nadaba con fuerza, paralelamente a tierra. De vez en cuando se detenía para gritarle, gesticulando. A Dan le gustaba que su hermano estuviera allí, divirtiéndose en el Pacífico, porque nada, por espléndido y alegre que fuera, resultaba completo si no estaba Nick con él. En sus sueños

podía distinguir la mueca de su cara llena de pecas y el agua que brillaba en su brazo alzado. La primera de las tortuguitas que se arrojaron al mar casi le había alcanzado, y Dan vio cómo Nick se acercaba al animalito, lo cogía sobre una ola y lo lanzaba hacia la costa.

La carcajada de Nick despertó a Dan.

Un largo trazo de luz grisácea se extendía, a la altura del horizonte, hacia el oeste. Llovía en la oscuridad. Podía oír cómo caían las gotas a través del abedul próximo al pabellón. Mientras tumbado escuchaba el sonido de la

lluvia, un chico se echó a reír en la calle que corría al otro lado del muro del jardín. Y otra vez sintió la vieja y horrible angustia del despertar. Porque, pese a sus risas en el sueño, Nick estaba muerto. Y tampoco él se hallaba en una isla de los mares del Sur. Estaba en Suffolk, en Danescourt. En el cenador del jardín de sus abuelos. Cuando se incorporó en la cama y contempló en la oscura noche de verano cómo las tenues cortinas de lluvia barrían el césped de la pista de tenis, una luz se encendió en el dormitorio de sus abuelos. Era muy temprano para que ellos se fuesen a la cama; quizá no eran ni las diez y media.

Quedaban horas y horas de oscuridad. En el dormitorio de sus abuelos, alguien corrió las cortinas para impedir el paso a la luz.

«Estoy solo aquí, en Danestone — pensó abatido—. Completamente solo».

DOS CONDADOS más hacia el oeste y a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, otro muchacho se veía en apuros aún más graves.

Se hallaba en pie, rodeado por la profunda oscuridad que reinaba en el cobertizo. Su corazón latía tan fuerte como la música de una discoteca, y su



respiración jadeaba incontrolable porque había escapado de la tienda a una velocidad que, posiblemente, nadie habría alcanzado.

—¡Soy otro Sebastián Coe! —el recuerdo del famoso atleta pasó por su mente como un chispazo.

Y a pesar de que la policía le pisaba los talones, sintió deseos de reír.

—Si lo hubiese sabido, podría haber llegado a ser la admiración del mundo entero.

El cobertizo aquel apestaba a orina de conejo, olor que le devolvió a la niñez.

«Pobres diablos, encerrados aquí en

medio de su propia basura, año tras año», pensó cuando oyó a uno de los conejos frotarse el hocico contra los alambres de su jaula.

Su respiración era más calmada. Esperaría medio minuto más y luego se deslizaría por detrás del cobertizo, saltaría los muros del jardín y volvería al aparcamiento de *Las Seis Campanas*, y al coche cuyas llaves había robado. Una vez al volante estaría lejos de Higham Ferrers en un abrir y cerrar de ojos. Tomaría, si quería, la carretera de Kettering. O iría hacia el oeste, a Northampton. O al este, hacia St. Neots. ¿Y por qué no a Bedford? No, se

mantendría lejos de Bedford. No le gustaba Bedford. Una vez que le perdieran el rastro, la policía no se interesaría más por él. No iba a seguir preocupándose por unas tabletas de chocolate y el puñado de monedas que la vieja guardaba en el cajón.

Entonces oyó el ruido de unos pasos en el sendero del jardín.

Permaneció sin pestañear donde estaba.

—Sal, Kevin, te hemos cogido.

La voz venía de muy cerca, no más de seis o siete metros. Los pasos se acercaron aún más. A través de una grieta en la puerta del cobertizo, el

muchacho podía distinguir un lugar en donde la oscuridad era más espesa. Por asustado que estuviera, no perdió la cabeza y escuchó atentamente.

«Menudo estúpido —pensó—. Viene solo».

Los pasos se aproximaron. El solitario policía se hallaba apenas a un metro de la puerta.

—¡Sal de ahí! —gritó finalmente—. Estoy armado.

La oscuridad se hizo menos densa.

—No seas tonto. Arroja el arma y sal.

El agente estaba tan sólo a pocos centímetros, al otro lado de la pared del

cobertizo.

El muchacho sostenía el arma en la mano. Con un dedo en el gatillo.

—Ven y cógeme —se burló.

—Arroja el arma.

El chico miró hacia atrás para asegurarse la huida. La puerta trasera estaba entornada. Tanteó con su mano izquierda y tropezó con una llana que colgaba de un gancho.

—De acuerdo. Me entrego. Ahí va el arma —gritó.

Y tiró la llana con fuerza al suelo de cemento.

El joven policía corrió hacia la puerta, la abrió de par en par y recibió

el impacto de la explosión en plena cara. Para asegurarse más, el muchacho le dio una patada en la ingle.

Luego, huyó.

MEDIA HORA más tarde, tras cruzar el río Ouse, en St. Neots, el muchacho corría hacia el este. No le agradaba recordar lo que había hecho. Por eso se concentró en lo que tenía delante, en la carretera, en los setos y en los árboles. Eso era lo que importaba. Tragar kilómetros. Huir. Escapar. Ocultarse en algún sitio y convertirse en otro. Pero primero tendría que esconder aquel

*Allegro* blanco; tenía que esconderlo pronto y cambiarlo por otro vehículo. En cuestión de minutos cerrarían *Las Seis Campanas*, el hombre saldría y descubriría que había desaparecido su coche. Tenía que ocultar el viejo cacharro entre la maleza, lanzarlo a un lago o despeñarlo por un barranco de manera que, cuando lo hallaran, él estuviera ya muy lejos, tragando kilómetros en otro vehículo. La llanura que se extendía a ambos lados de la carretera le hizo sentir pánico. Allí no había ningún escondrijo, absolutamente ninguno, para un chico que hubiera hecho lo que le había hecho él a aquel

policía.

Antes de darse cuenta ya había recorrido cinco kilómetros por la carretera de Cambridge; las luces de la ciudad hacían palidecer las nubes por el sur.

«No tengo posibilidad de cambiar de coche aquí —pensó alarmado—. Además, en una carretera como ésta ya habrán montado controles de policía».

Tomó el primer desvío hacia la ciudad. Tuvo una suerte endemoniada. Era casi medianoche y en las calles sólo había coches aparcados. En el primer barrio por donde pasó halló enseguida, junto a una finca, dos *Allegros* blancos



aparcados junto a la acera. Dejó el suyo entre ambos, anduvo poco menos de un kilómetro carretera abajo, y finalmente encontró una *Suzuki* en el jardín que se extendía delante de una casa. Sin hacer ruido la sacó de allí.

Una hora más tarde corría por carreteras secundarias en dirección a Eye, en Suffolk. No tenía ni idea del lugar al que se dirigía, pero eso no le preocupaba. ¡Había escapado! ¡Era libre! Azotado por el viento, se reía de lo astuto que había sido...

A LA MAÑANA siguiente, en

Danestone, Dan se despertó temprano ante la desacostumbrada luz. Se sentó en la cama y miró a su alrededor, sorprendido. Jamás había dormido fuera de una casa; nunca había contemplado el amanecer. En realidad, mientras observaba el jardín bañado en una luz grisácea, se preguntaba si aquello era el amanecer, o el comienzo de un día distinto de verano, del que nadie le hubiera hablado nunca. Mirlos y tordos picoteaban en el césped a la busca de gusanos, y sus patas salpicaban gotitas cuando saltaban en el césped empapado por la lluvia. Aparte del canto de los pájaros, el silencio era profundo. Nada

se había despertado aún; ni siquiera las flores; las amapolas y esas otras flores, parecidas a margaritas, que había en los arriates de la abuela estaban cerradas. Pero lo que más le sorprendía era la luz ambiente. Nada tenía su color acostumbrado, ni la casa de sus abuelos, ni los rosales que trepaban por el muro, ni las copas de los árboles del huerto, ni el macizo de petunias tan próximas a él. Era como si observara todo a través de una gasa. Se preguntó si no sería una extraña ilusión óptica, y tanteó hasta encontrar sus gafas que había dejado en una silla junto al catre. Pero, incluso con las gafas puestas, el jardín parecía

fantasmal y distinto. Miró la hora. Eran las cinco y media. También esto era sorprendente: jamás había estado despierto a las cinco y media.

Pensó en todo aquello durante cierto tiempo. Sus abuelos aún seguirían durmiendo horas y horas.

Entonces, lentamente, sonrió. Tenía que ser ahora o nunca. Danestone era suyo. Podía levantarse y recorrer los lugares más ocultos enteramente solo. Echó las piernas hacia un lado de la cama, se puso el impermeable, metió los bajos del pantalón del pijama en sus botas de goma y salió hacia donde brillaba la luz grisácea.

«Se lo debo a Nick —se dijo a sí mismo caminando por el húmedo césped de la pista de tenis—. A él le gustaría saber si todo sigue igual que el año pasado».

Pensó que también se lo debía a sí mismo, y cuando pasó junto a la rocalla de su abuelo, observó furtivamente a su alrededor y luego levantó una piedra y miró debajo. Sí, allí seguían las cochinillas..., y continuaban enrollándose asustadas hasta formar una bola; y también seguía bajo la piedra el pegajoso olor de los caracoles.

«*¡Vamos, vamos!* —parecía acuciarle Nick—. *A nadie le interesan*

*tus horrorosos bicharracos. La maltería..., la maltería es lo que tenemos que ver».*

La casa de sus abuelos y el cenador en donde había dormido Dan se alzaban junto a un alto muro de ladrillo que bordeaba la calle de la aldea. Pero, por la otra parte, el jardín se prolongaba considerablemente hasta los marjales de Suffolk, tornándose mucho más frondoso y espeso. Por aquel lado, altos cedros y castaños lo separaban de una herbosa vereda que conducía de la calle a la maltería; el jardín, tras la rosaleda y el huerto y más allá aún, se confundía con el marjal en una cenagosa jungla de

ortigas y mimbres. Cruzando las ortigas y saltando una cerca metálica se llegaba al lugar prohibido.

Sí, la maltería era un lugar verdaderamente prohibido.

—Recuérdalo, Dan, nada de ir allá —le había dicho su abuelo la noche anterior—. Es peligrosa. El señor Fenton debería haberla vallado hace años.

Bastantes inconvenientes había habido el año pasado —le había dicho — con los chicos de la aldea zascandileando por los edificios en ruinas; pero ahora era peor. Con los ventarrones del invierno una de las

vigas del techo había cedido.

—Cualquier día de estos tendremos una tragedia. Todo se vendrá abajo sobre la cabeza de cualquier estúpido. No vayas, Dan, para ti eso está prohibido.





Cuando Dan cruzaba el huerto, se detuvo pensativo ante un árbol caído.

«Bueno —murmuró—; no pasará nada sólo por mirar. Me sentaré fuera del edificio y observaré lo que pueda. Nadie puede censurarme por eso».

Así es que se abrió paso entre las ortigas, se agachó para pasar bajo los sauces llorones y llegó al extremo del jardín donde, en un terreno más alto, se extendía la cerca y una delgada fila de olmos secos. Más allá se hallaba la maltería, alargada su construcción, baja y oscura en el silencioso marjal. A la extraña luz del alba su chimenea parecía una pagoda en ruinas.

La visión del lugar le produjo una honda tristeza. En el verano anterior aquél había sido su escondite secreto — el de Nick y el suyo—, tanto máspreciado cuanto que estaba prohibido. En una de las naves de la maltería habían construido ellos un fuerte con maderas viejas, tablas mohosas y con unos viejos sacos que habían contenido la cebada fermentada. Allí llevaban las frambuesas y las ciruelas que robaban del huerto, y allí se escondían de sus primos y de las visitas pesadas de la casa de sus abuelos.

Ahora, al ver de nuevo el viejo edificio en ruinas, sintió tal oleada de

cariño y nostalgia que le fue imposible resistir la tentación de saltar la cerca y dirigir sus pasos hacia la casa que se elevaba entre las altas hierbas.

«Daré la vuelta hasta la presa —se dijo a sí mismo— y veré la grúa corredera. No hay peligro en eso».

Hacía muchos años, tantos que ni siquiera su madre podía recordarlo, los barcos de velas negras con sus bodegas repletas de cebada remontaban el río Waveney hasta llegar a la represa de Danestone. Los pesados sacos eran izados por un gancho y una gruesa cadena que colgaban de la cabina, bajo el techo de la maltería, y después eran

depositados en el piso superior. Nick había tratado en una ocasión de hacer funcionar la rueda dentada, pero la maquinaria estaba atascada por la herrumbre.

Cuando Dan se acercaba a la fachada de la maltería, el aire, al silbar entre las hierbas inclinadas, producía un sonido tan intenso en el silencio del amanecer, que de repente se sintió asustado ante lo que estaba haciendo. Había desobedecido a su abuelo. Se había metido en terreno prohibido. Y en pijama. ¿Qué pasaría si alguien le veía por allí a aquellas horas?

Justo cuando daba la vuelta a la

esquina y miraba hacia abajo, a la represa, como si fuera una respuesta a su pregunta, algo pareció estallar cerca de él. Un ruido ensordecedor llenó el aire como si se viniera abajo cada ladrillo de la endemoniada maltería. Se pegó al muro, aterrado. Entonces, distinguió a los patos silvestres que alzaban el vuelo y aleteaban sobre los cañaverales.

Se quedó inmóvil, aguardando a que tornara el silencio. Luego, cuando su corazón latía todavía apresuradamente de miedo, se deslizó por la puerta de la maltería y penetró en la sombría frialdad de su mundo secreto del verano anterior.

TUMBADO en el suelo de ladrillos del secadero, revuelto en un montón de viejos sacos casi podridos, Kevin Britton se despertó con el alboroto de las aves.

—¡Demonio! —murmuró—. ¿En dónde me he metido?

Miró hacia arriba por el gran tubo de la chimenea que se alzaba justo sobre su cabeza y distinguió la luz gris del amanecer. Luego, volvió la vista a las vigas que se extendían por el piso superior de la maltería. ¿Se habría metido, la noche anterior, en una vieja iglesia en ruinas? No, esto más bien parecía un almacén o un extraño

granero. Recordó que le había parecido de perlas en la oscuridad que allí reinaba y que, una vez dentro, había ido de un lado para otro y que luego había subido y subido y subido... Ahora podía distinguir los últimos travesaños de la escalera que le había llevado hasta donde se hallaba.

De repente se quedó petrificado: debajo de él oyó un ruido. Poco intenso, pero bien claro. No podía ser un ratón ni una rata. Aguzó el oído. Alguien se movía silenciosamente tres pisos más abajo.

Sin hacer ruido buscó su arma bajo los sacos.



TRES PISOS más abajo, Dan empezaba a hallar la maltería tan vieja y tan tranquila como la iglesia de Danestone. Pronto se sintió a gusto porque, una vez franqueada la entrada, vio que todo se encontraba como había estado siempre. Las básculas continuaban herrumbrosas, cerca de la puerta; las palas de madera aún colgaban de las escarpías de la pared; tras la mesa del maltero, los casilleros de las muestras aún rebosaban de polvorientos saquitos de grano. Nada parecía haber cambiado. Cuando a la débil luz reinante se abrió camino hacia el horno, incluso el olor era el mismo.

Recordó entonces que, siempre que llovía, el hierro del enmohecido horno exhalaba un fuerte y húmedo olor a metálico, que hubiera resultado horrible en cualquier lugar que no fuera aquél. Aquella mañana el olor era tan espeso que parecía paladearse. Dio una patada a las escorias frías que aún cubrían el piso de ladrillo y llegó ante la gran criba de hierro. En alguna ocasión Nick y él habían pensado subirla hasta el altillo. Nada había cambiado. Todo estaba como lo habían dejado el verano anterior.

Luego, ascendió por los toscos y desgastados escalones hasta el piso de

arriba y comprobó inmediatamente que, como ya le había advertido su abuelo, una de las vigas del techo había cedido. Sobre el altillo habían caído astillas y tejas, y ahora aparecía enterrado bajo un triste montón de cascotes. Por arriba asomaba el cielo.

Sintiendo un nudo en la garganta, se dio media vuelta. No podía seguir mirando el lugar en donde tanto habían jugado, sin llenarse de tristes recuerdos.

Dirigió angustiada la vista a lo largo del altillo y advirtió que ya era más intensa la luz que penetraba por las ventanas enrejadas. Allá lejos, el sol se habría alzado sobre el horizonte del mar

del Norte. No podía quedarse más tiempo. Tenía que volver a su cama antes de que alguien se despertara en la casa. Sin embargo, odiaba la idea de marcharse porque sentía que Nick seguía allí. Lo sentía en todas partes, en torno a él.

En el extremo de la sombría galería distinguió la escalera de mano que conducía al secadero. El secadero se hallaba dispuesto justo encima del horno y tenía unos ladrillos muy bonitos, extrañamente agujereados, para dejar pasar el calor. Echaría un vistazo, sólo el último, a los ladrillos y al lugar en donde Nick y él habían hecho fuego una

vez. Luego, regresaría a la cama y jamás volvería.

La madera de la escalera estaba podrida. Sabía que lo estaba. El año pasado uno de los travesaños se había hundido bajo el peso de Nick. Por eso subió despacio, con cuidado, con la lengua entre los dientes, fijándose muy bien en donde pisaba. De esta manera, cuando estuvo a mitad de camino y con los hombros al nivel del suelo del secadero, sus ojos se encontraron con los de Kevin Britton tumbado junto a su montón de sacos.

Sorprendido a más no poder, vio a un muchacho que casi era un hombre. El

joven ladrón vio a un chico con gafas y en pijama.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le gritó poniéndose en pie junto a la cabeza de Dan.

—Nada —murmuró Dan—. De verdad. No estoy haciendo nada. Yo..., yo sólo estaba mirando.

Aún seguía aferrado a la escalera. Hubiera querido saltar y echar a correr. Pero le daba miedo. Había tres metros y medio hasta el otro piso.

Además, ya era demasiado tarde. El desconocido se había agachado con presteza y le había cogido por las dos muñecas.

—¿Mirando? ¿Mirando qué?

—Nada —murmuró Dan a punto de echarse a llorar.

Kevin tiró con fuerza de las muñecas de Dan y lo aupó hasta el suelo del secadero.

—No seas estúpido —siseó—; tú no has venido a un sitio como éste a curiosear... Nadie sube esta escalera por nada.

Una vez en el piso del secadero, Dan se sintió un poco mejor.

—Yo..., yo sólo estaba viendo el sitio donde antes solía jugar.

Suponía que con pijama y botas de goma parecería un tonto. Pero también

lo parecía aquel muchacho. Su pelo estaba gris del polvo de la cebada, y tenía una mancha de chocolate en la barbilla.

Kevin se había recuperado en parte del terror que había sentido momentos antes.

—Me despertaste —gruñó—, y era el primer sueño bueno que he tenido en varias semanas.

—¡Dios mío! —exclamó Dan, fijándose en el montón de sacos podridos—. Pero ¿es aquí dónde has dormido?

Kevin le miró cautelosamente y luego se encogió de hombros.



—Sí, he dormido por aquí —replicó vagamente—. Es mejor que dormir junto a un seto.

—¿Es eso lo que haces? ¿Ir de un lado para otro y dormir donde te parece?

Kevin se permitió una mueca.

—Algo así —contestó.

Pero al mismo tiempo se preguntaba qué haría con aquel intruso tonto y curioso. ¿Le pegaría un golpe en la cabeza y saldría huyendo? Miró a su alrededor. Era demasiado tarde. El sol estaba ya alto.

Posiblemente los periódicos ya habrían publicado su descripción y la

radio habría advertido de su presencia. No podía arriesgarse a escapar a la luz del día. Le capturarían en un abrir y cerrar de ojos. Tendría que aguardar a que se hiciera de noche. Pero ¿y este chico? Se iría inmediatamente a su casa y le diría a su familia lo que había encontrado.

Fue el propio Dan quien se encargó de proporcionar la respuesta.

—Ahora tengo que marcharme — dijo preocupado—. Tengo que marcharme, ¿sabes? Antes de que se despierte nadie.

—¿Por qué?

—Porque..., porque no debería estar

aquí —repuso bruscamente—. Me han prohibido... venir a la maltería.

—¿Prohibido? —gritó Kevin Britton—. ¡Diablos! ¿Es que te has escapado de un reformatorio?

—¡No! —exclamó sorprendido Dan.

Le explicó que había venido a pasar una temporada con sus abuelos. Y que la maltería era peligrosa. Tenían que haberla derribado hacía años. Era tan peligrosa que podía derrumbarse en cualquier momento y matar a alguien. Por eso su abuelo le había hecho prometer que no iría allí.

—Y has venido —dijo Kevin esbozando una sonrisa.

Examinó más detenidamente a aquel chico sorprendido en su pequeña falta, y pesó a conciencia sus posibilidades.

—Bueno, yo no diré nada —añadió aún sonriente—. Al menos no lo diré si, a cambio, haces algo por mí.

—¿Qué?

—Tráeme medio litro de leche.

—¿Leche?

—Sí. Tengo sed.

—¿Y por qué no te la compras tú?

Dan no era tan tonto como hubiera podido parecer.

—No tengo dinero. Mira.

Y Kevin le mostró, vacío, el forro del único bolsillo de su chaqueta.

Dan asintió. De acuerdo. El muchacho no tenía un céntimo.

Cuando descendía por la escalera, se iba diciendo a sí mismo que no era una cosa tan horrible robarle a su abuela una botella de leche. Una vez que se la llevase a aquel tipo tan raro, podría olvidarse de todo y comenzar tranquilamente sus vacaciones en Danestone.

—¡Y no digas a nadie que me has visto en la maltería! —añadió Kevin en voz baja cuando Dan llegó al piso de abajo—. ¡Y no se te olvide volver, porque sería peor para ti!

Mientras se abría camino por el

herbazal, Dan se recriminaba por haberse comportado tan torpemente en la maltería. Había sido un estúpido y un cobarde. Y, como siempre, empezó a preguntarse lo que habría pensado Nick de su forma de obrar.

—*Sí, claro que has sido un estúpido* —le murmuró Nick al oído—. *¿No viste que ese muchacho estaba tan asustado como tú?*

—*¿Asustado? ¿De verdad?*

—*Se quedó helado cuando te vio subir por la escalera, tonto. ¿No comprendes que ese tipo anda huyendo?*

Dan detuvo en seco su marcha,

dejando que las altas hierbas recobraran la vertical, y que el marjal y el jardín de sus abuelos volvieran a la calma de aquellas primeras horas de la mañana, bajo los rayos del sol. No todo lo que decía Nick era verdad; lo había advertido en los últimos meses. Pero su hermano tenía razón tantas veces, que Dan le creía primero y sólo después dudaba.

¿Huyendo? ¿De su casa? ¿De la escuela? No, el chico parecía demasiado mayor para eso. Ya se afeitaba. Además, estamos en agosto, así que no hay escuela. ¿Estaba realmente asustado? No era posible. Se mostraba

muy seguro de sí mismo. ¿Asustado de qué? Desde luego, no de él, Dan, con su pijama y tartamudeando como un idiota. No, ésta era otra historia más de Nick para burlarse de él o para meterle miedo.

Caminó silenciosamente hacia la casa, preguntándose cómo podría llevarse medio litro de leche sin que su abuela se diera cuenta.

Cuando llegó a la altura del invernadero, se detuvo otra vez en seco.

La idea estalló en su cabeza como un trueno.

*¿Huyendo?*

Si había alguien que sabía lo que



significaba andar huyendo, ése era Nick.

CUANDO se quedó solo, Kevin Britton se mostró más disgustado consigo mismo de lo que se había sentido el propio Dan. ¿Por qué no había dejado inconsciente al chico y luego lo había atado y amordazado? ¿Por qué no había hecho algo para impedir que fuera a contar la historia a su abuelo? ¡Se había comportado como un verdadero estúpido dejándole marchar!

«Estoy tan cansado —pensó con amargura— que ya no sé lo que hago».

Miró con ansia su polvorienta

yacija. Necesitaba desesperadamente dormir. Pero sabía también que no debía dejar que le sorprendieran en aquel lugar, que le atraparan como a una rata, sin posibilidad de escapar. Por eso, en vez de echarse, tomó el arma de su camastro, se la guardó en su bolsillo vacío y empezó a bajar por la desvencijada escalera de mano. Tenía que averiguar en dónde se había metido la noche anterior y planear lo que haría la siguiente.

El abuelo de aquel chico tenía razón, pensó cuando miró a su alrededor ya en el segundo piso. Aquel lugar era muy peligroso. Los ladrillos que rodeaban el

agujero del techo parecían a punto de desplomarse sobre su cabeza en cuanto alzara la voz; y cuando dirigió la vista hacia sus pies, distinguió el piso de abajo entre las grietas de las maderas podridas. A partir de ese momento avanzó con más cautela y descendió el tramo de vacilantes escalones. En el piso de abajo se sentía más seguro. Había también menos luz porque las zarzas y las ortigas habían crecido sobre las ventanas de la maltería. Y, lo que era mejor aún, había dos puertas: una daba a algún lugar oscuro del interior y otra a la radiante claridad del exterior.

Se dirigió hacia ésta y se detuvo en

el polvoriento umbral, parpadeando ante la luz de la mañana. A sus pies había un muelle podrido y, más allá, una represa cubierta de vegetación por su parte superior. Al otro lado se extendía una superficie de aguas claras y profundas. A su izquierda arrancaba un sendero cubierto de hierba, entre cercas y el muro de un jardín, y a su derecha se abría un marjal que se extendía kilómetros y kilómetros hasta el horizonte. Aquello era mucho peor de lo que había temido. El sendero de la izquierda conduciría al pueblo, y a la derecha se extendía un paisaje llano, sin posibilidades de ofrecerle un refugio. Se

había metido en un callejón sin salida.

Vio que había un camino de sirga a lo largo de la orilla, en el extremo de la represa, y recordando su propia pasión por la pesca, comprendió que muy pronto podían pasar por allí chicos y hombres con sus cañas y aparejos. Tenía que actuar rápidamente. Era preciso rescatar la *Suzuki* del matorral de ortigas en donde la había ocultado, y guardarla dentro, donde los reflejos del sol no delataran su presencia. Por lo demás, confiaba en que nadie fuese a visitar aquella maltería en ruinas y rezaría para que el chico estuviera tan asustado que no se atreviese a contar a

su abuelo lo que había encontrado.

No podía hacer otra cosa.

## 2 *Henry*

DAN, QUERIDO, no tienes buena cara —le dijo su abuela, preocupada, cuando se sentaron a desayunar.

Le contestó apresuradamente que se sentía muy bien, tan bien —pensó— como estaría cualquiera en sus circunstancias.

—Si no te gusta dormir fuera, lo entenderemos perfectamente —añadió su abuelo—; sólo fue una idea...

—Me gusta. Me gusta mucho. De

verdad —repuso con la boca llena—. Es divertido... Me gusta ver los pájaros picoteando para atrapar gusanos.

Pensó después que si se esforzaba en comer no se darían cuenta de que algo iba mal.

Porque Nick tenía razón. Aquel muchacho iba huyendo.

CUANDO se separó del desconocido, Dan entró en la casa por la puerta principal y se quedó parado en el felpudo, atento a percibir cualquier ruido que le llegara del piso de arriba. Echó una ojeada hacia el reloj del



vestíbulo. ¡Las seis y diez! ¡Sólo habían pasado cuarenta minutos desde que se despertó! Luego se dirigió a tientas hacia la cocina porque las cortinas cerraban el paso a la claridad. No se atrevió a encender la luz. Era una tontería estar preocupado —reflexionó mientras caminaba hacia el fantasmal frigorífico—, porque ya tenía preparada la explicación. Una historia a prueba de preguntas. Podría decirles que había ido a la casa porque tenía hambre. No era un delito estar hambriento. Sus abuelos lo entenderían. Abrió el frigorífico y vio que sólo había medio litro de leche.

«No puedo llevármelo —pensó—.

La abuela advertirá inmediatamente su falta».

Y mientras se hallaba allí, preguntándose qué podría hacer, percibió un extraño sonido. Era fantasmal..., y mecánico..., y en cierta manera se deslizaba..., como el ruido de una nave espacial que se aproximara a la Tierra. Se sintió aterrado. Algo que no era de este mundo había descubierto su delito. Luego oyó un entrechocar de vidrios..., y su miedo se tornó más terrenal. Unos pasos pesados se encaminaban a la puerta trasera. Unos momentos más tarde, alguien dejó unas botellas de leche en el alféizar de la

ventana y los pasos se alejaron. Lanzó un suspiro de alivio. Además, su problema había quedado resuelto. Aguardó todavía un poco hasta que oyó alejarse el vehículo del lechero. Luego abrió con cuidado la ventana y cogió una de las tres botellas. Lo que pensó después le sorprendió por su astucia; extendió de nuevo la mano hacia afuera y alteró el indicador para el lechero de 3 a 2.

Cuando se dirigía de puntillas hacia la puerta de la cocina, volvió a escuchar la voz de su hermano.

*—No seas tacaño, Dan. Llévale también algo de comida. Ese pobre*

*diablo estará hambriento.*

No podía hacer eso, protestó. Sería robar.

*—Tonterías. A ella no le importará. Piensa en lo que da a los pobres.*

Reflexionó sobre aquello un instante y luego llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, sólo estaba cambiando un hambriento por otro.

*—De acuerdo. Saca una hogaza del congelador. Tiene tantas que no la echará de menos.*

Y como a Dan no le gustaba comer pan solo, cogió también cuarto de kilo de mantequilla y una caja de cartón en la que su abuela había anotado «Pollo.

Sobrante: 7.7.79». Luego metió todo en una bolsa de plástico que halló colgando de un clavo de la puerta y salió a la luz del sol, de vuelta a la maltería.

Encontró al desconocido antes de lo que había imaginado. Estaba sentado en la vieja báscula de la puerta, cabizbajo, medio dormido. La sombra de Dan debió de sorprenderle porque, de repente, se puso en pie, bufando como un gato acorralado. Dan dejó caer su bolsa de plástico y echó a correr.

Pero el muchacho fue tras él.

—Gracias —le dijo, dándole palmadas tras haberle aferrado por un hombro—. Muchas gracias... No..., no

pensé que fueses tú.

Al ver su cara gris y su expresión de acoso, Dan sintió que se le sobresaltaba el corazón. ¿Habría tenido Nick aquel aspecto cuando las autoridades del puerto le buscaban en la bodega del barco?

El muchacho le sonrió nervioso.

—No te crearé problemas —le dijo—. Me iré esta noche.

EL CALOR de la cocina, el olor del tocino y la voz de su abuela le hicieron volver poco a poco a la realidad.

—Sería magnífico que los dos os

hicierais amigos, Dan —decía la abuela.

—¿Amigos? —preguntó asustado.

—Sí, Henry y tú.

—¿Quién es Henry? —preguntó, todavía ensimismado y demasiado torpe para disimular.

—Me parece que no has escuchado nada de lo que te hemos dicho.

La cosa parecía empeorar por momentos. Su abuela estaba ofendida..., y él no lo podía soportar. Su abuelo dejó caer el periódico y les sonrió a los dos aviesamente.

—Madge, sólo somos un par de vejestorios —dijo—. Cuando yo tenía la edad de Dan, oía lo que me decían como

quien oye llover.

Dan se ruborizó, incómodo.

—Lo siento mucho —murmuró.

Como consecuencia, su abuela volvió a la carga. Simon y Nigel, los primos de Dan, habían traído a su casa a un compañero de la escuela para que pasara las vacaciones, y la vida del pobre chico estaba resultando un desastre sin paliativos.

—¿Por qué? —preguntó.

Odiaba a sus primos, y el hecho de que otro los odiara, y fuera un compañero de la escuela, le sorprendía.

—Porque no sabe nadar.

—¿Que no sabe nadar?



Lo entendió de repente. Unas vacaciones en Danestone resultaban insoportables para quien no sabía nadar, porque lo más divertido era lo que se hacía en el río: navegar, ir de excursión y la regata de Rushby. Y además carecía de sentido ir hasta el mar cuando uno no sabía nadar.

—Pero ¿es que ellos no lo sabían?

—Claro que sí —replicó el abuelo desdeñosamente—, pero esos tontos pensaron que no tendría importancia.

—Y ahora —prosiguió la abuela— el pobre chico se queda solo mientras ellos se van a navegar. Y la cosa resulta muy molesta para tu tía Philippa. No le

gusta verle rondar por la casa durante todo el día.

Por intrigado que estuviera, Dan juzgó que debería ir con cuidado. Durante toda su vida —eso le parecía— sus padres habían intentado buscarle amigos, chicos enclenques, tímidos, blandos, tan diferentes a Nick como uno pudiera imaginar, y siempre resultaban ser una carga para él. Ahora sus abuelos se habían unido a la búsqueda y tendría que soportar al chico que rechazaban sus odiosos primos.

—Bueno, le conocerás dentro de una hora —dijo su abuelo echando un vistazo al reloj—, vendrán a jugar al

tenis. Así que espero que habléis.

—En realidad me parece un chico muy simpático —añadió su abuela poniéndose en pie para limpiar la mesa —. Creo que te gustará.

Dan gruñó para sí. Se dirigió al jardín por la puerta de la cocina. Se sentía acosado y amenazado. Se veía hostigado por todas partes. Le parecía que las vacaciones iban a ir muy mal y que casi todo era por su culpa. Si no hubiera desobedecido a su abuelo, jamás se habría tropezado con el desconocido de la maltería ni sentido nunca su terrible amenaza. Bien, ahora lo estaba pagando. Tendría que pasar la

mañana con sus primos, jugar al tenis y hacerse amigo de un chico al que no deseaba conocer.

Al pasar, cogió un puñado de guisantes y se los metió en el bolsillo. Pero ni siquiera el futuro placer de aquellos guisantes dulces y crudos alivió su malhumor. El chico tampoco tendría ganas de conocerle a él. Viniendo de la misma escuela que sus primos sería como ellos: rico, afortunado, burlón. Los tres se reirían de él y le llamarían conejo porque no veía suficientemente para atinar a la pelota. Desconsoladamente vagó por la casa y el césped, llevándose los guisantes a su

rama favorita del alto cedro. Al menos, allí arriba se encontraba solo entre las hojas verdiplateadas del árbol y oculto a todas las miradas. Quizás así podría hallar un remedio a todos los males que le acechaban.

Pero no había solución. Y se preguntó cómo podía arreglarlo sin Nick.

Entonces empezó a pensar en todas las cosas que hubiera podido hacer aquella mañana si le hubieran dejado en paz. Habría cruzado el marjal y se habría acercado hasta la playa de Danestone. Luego hubiera vuelto por la aldea para comprar regaliz a la señora

Mobbs y hubiera subido al ático de la casa, donde generaciones de sus antepasados habían dejado los trofeos de sus viajes: *boomerangs* australianos; cajas de mariposas tropicales; los dos incensarios indios de plata labrada con sus pequeños cucuruchos de incienso; extrañas y revueltas colecciones de sellos; cajones con huevos de curiosas aves, protegidos con algodón en rama; el vestido de novia de su abuela y antiguos álbumes de fotos. Le gustaban estos restos del pasado. Pero era un amor secreto y familiar que no podría compartir con aquel extraño que no sabía nadar.

Aún seguía encaramado en al árbol cuando vio a Rose, la criada de su abuela, que salía de la casa y cruzaba por el césped. Quería a Rose, la conocía de toda la vida. Formaba parte de sus vacaciones en Danestone, casi tanto como sus abuelos, el marjal y el río. Todo siempre igual. Cuando pasó bajo el cedro, le hubiera gustado llamarla; pero sabía que se pararía y empezaría a hablar, hablar y hablar de Nick y era incapaz de soportar una conversación sobre su hermano, por amable que fuera con él, a diez metros del suelo y ella allá abajo. Así que la dejó pasar. Ella se detenía a cada paso para oler una rosa o

arrancar la cizaña; caminaba sin prisa hacia el cenador para hacer la cama de Dan.

Luego, casi de repente, Simon, Nigel y su amigo, con sus raquetas de tenis, penetraron en el jardín por la puerta principal; sus primos, además, traían el bañador. Llegaban media hora antes de lo fijado y corrieron a la casa y le llamaron a voces. Un minuto más tarde salieron con su abuelo, que llevaba la red de tenis.

—Dan, Dan, insecto —gritó Nigel—. Estamos aquí. Hemos venido a jugar al tenis.

Dan se quedó donde estaba. Había



sido idea de ellos, no de él, y que se las arreglaran para poner la red sin su ayuda. Además, antes quería averiguar cómo era el chico que habían traído.

Visto desde arriba, Henry parecía un manchón de pelo castaño rojizo y unos pies grandes. «Parece demasiado mayor para mí», fue su primer pensamiento. Pero luego, cuando le vio volverse hacia el abuelo y, con un cierto aire de sosiego, aliviar al anciano de la carga de la red y decir a sus dos amigos que volvieran y clavarán los dos postes, empezó a pensar que después de todo había algo en él que le atraía. Aunque no supiera nadar, no era un don nadie.

Sabía cómo tratar a aquella horrible pareja.

—Dan, Dan —gritó Nigel, manipulando uno de los postes—. ¿En dónde te encuentras? Nos estás haciendo perder el tiempo.

«Bueno, ¿y qué importancia tiene?», pensó Dan mientras sacaba los guisantes del bolsillo, abría una vaina y se comía el contenido.

Vio que su abuelo volvía a la casa para buscarle, y Rose, que ya le había hecho la cama, regresaba por el césped de la pista de tenis.

—Rose, ¿has visto al chisgarabís? —preguntó Nigel al tiempo que

introducía el poste en el agujero.

Rose se detuvo en seco.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó.

—Sí, a nuestro primo.

—Se llama Daniel —respondió

hoscamente.

Simon, que pugnaba con su poste al otro lado de la pista, se echó a reír.

—Rose, sólo le llamamos Daniel cuando nos vale para echarle a la cueva de los leones.

—Pues no le he visto. Y espero que mejoréis vuestros modales antes de encontrarle. Deberíais avergonzaros de vuestra conducta.

Dan la contempló asombrado

mientras que ella reanudaba su marcha hacia la casa. Jamás la había visto tan enfurecida.

HENRY se inclinaba sobre la red, tendida en el césped, tratando de alisar el alambre que corría por su parte superior.

—Bueno, supongo que tenemos que hacer algo con ese chico —añadió Simon cuando la red estuvo por fin tensa en su sitio.

Dan se comió otro puñado de guisantes.

—Probablemente se ha escondido

—dijo Nigel.

—Entonces tendremos que sacarle de donde esté. Cada uno iremos por un lado. Tú quédate aquí y mira en el jardín, Henry. Y tú vete por el camino de sirga —dijo Simon, volviéndose a su hermano—. Yo me aseguraré de que no está en la maltería.

¡La maltería!

Dan se quedó tan horrorizado que estuvo a punto de caer del árbol.

Mientras sus primos corrían por el huerto hacia la represa, bajó del árbol con tanta prisa que se desolló las manos y se desgarró la camisa y casi cayó en los brazos de Henry, que aguardaba

abajo.

—¡Dios mío! —exclamó el chico, riéndose—. ¡Así que estabas allí! Me preguntaba por qué caían de un cedro vainas vacías de guisantes.

Era una acogida amistosa y simpática por parte de Henry. La expresión de su horrible cara también era amable, pero Dan estaba tan asustado que no pudo responderle.

—Estoy aquí —gritó a sus primos—. Dejad de buscarme. Estoy aquí, en la pista de tenis.

El partido de tenis resultó aún peor de lo que había pensado, porque los tres chicos de la Escuela de Granthams

habían jugado al tenis durante todo el curso; sin embargo, Dan no había cogido una raqueta desde que Nick y él estuvieron en Danestone en el mes de agosto del año anterior.

—Es una lástima que no te enseñen a jugar en la escuela —observó Simon—, pero tendremos que arreglárnoslas así.

Era él quien tenía que arreglárselas, pensó Dan amargamente, jugando con esos dos presumidos que se burlaban de él..., y teniendo que mostrar a Henry lo malo que era jugando.

—Simon —dijo Nigel—, tú eres el mejor de los tres. ¿Por qué no coges entonces a Dan de compañero? Así se

equilibrará el partido.

Henry le sonrió fugazmente como si le estuviera diciendo que sólo era un juego, que no importaba. Y Dan, sorprendido, le devolvió la sonrisa y vio el brillo de los ojos de Henry bajo el pelo revuelto. Tenía la nariz torcida, como la de alguien que ha participado en una pelea, y por los zapatos de lona le asomaban los dedos de los pies. Parecía sorprendentemente modesto para ser alguien que procedía de Granthams. Entonces, aquel chico se fue con Nigel al otro extremo de la pista. Dan se quedó allí, aferrando la raqueta de segunda mano que le había comprado



su abuela y rezando para no estropear el juego en vez de servir de alguna ayuda.

El servicio de Henry le llegó con mucha suavidad. Devolvió la pelota con fuerza; pero, como no estaba familiarizado con aquella raqueta, la pelota pegó en la madera y salió rebotada hacia el jardín rocoso.

—Mala suerte —gritó Henry.

—Una suerte magnífica, querrás decir —replicó Simon, riéndose—. El año pasado ni siquiera era capaz de alcanzar la pelota.

Nigel coreó las risas.

Dan advirtió que se le empañaban las gafas. Se mordió un labio. Aquel

horrible partido no duraría siempre. Todo era cuestión de aguantar..., de mostrarles que no le importaba. Cuando acabara, se llevaría a ese chico al marjal..., le enseñaría las libélulas. Incluso podrían llevarse una red y tratar de coger barbos. Podían, además...

—¡Despierta! —le gritó su compañero.

Y despertó justo para alcanzar la pelota que venía hacia él y volvió a lanzarla con la madera. Pero la pelota saltó hacia delante por encima de la red y cayó muerta en el terreno de Nigel.

—¡Qué tiro tan malo! —vociferó Nigel malhumorado.

Había corrido hacia delante, pero no consiguió llegar a tiempo.

—¡Pasó por encima! —gritó a guisa de respuesta, sintiéndose bastante satisfecho de sí mismo.

—Eso ha sido muy poco deportivo. Así no es como jugamos en Granthams.

—¡Tontos que somos! —exclamó Henry inesperadamente—. En Wimbledon lo hacen con frecuencia.

—Imaginaos a Dan en Wimbledon —dijo Simon entre risas.

Incluso a Dan le pareció aquello bastante gracioso. Podía imaginarse rebotando en la madera pelotas que acabarían en la cara del árbitro o, peor

aún, en el palco real. Sin embargo, aun siendo capaz de sonreír, el juego resultaba muy aburrido. Era tan inconcebiblemente malo, perdiendo más pelotas de las que alcanzaba, que su compañero se veía obligado a correr por todo el terreno, aceptando los tiros que, en justicia, hubieran debido corresponderle a él. Bueno, que lo hiciera. Así tenía tiempo para escuchar el sonido que hacía la pelota contra las cuerdas tensadas, el lejano cacareo de las gallinas y el suave arrullo de las palomas posadas en los árboles. A través del huerto echó una mirada hacia la lejana maltería que asomaba entre los

saucos. Le preocupaba que el salvaje muchacho de la madrugada estuviera en alguna ventana contemplando el estúpido partido de los cuatro. Se preguntó si para entonces habrían desaparecido la hogaza, la mantequilla y los restos del pollo.

El aire silbó junto a su mejilla.

—Por Dios, Dan —bramó su compañero—, si quieres jugar al tenis, trata de tener la cabeza puesta en el juego. ¿No has aprendido a concentrarte?

—Claro que he aprendido —murmuró.

Sabía que no era ningún tonto. Había

obtenido una de las mejores notas en el último examen de matemáticas y había conseguido recitar completa la poesía «Horacio en el puente», sin olvidar una palabra.

—En la escuela de Dan no les enseñan nada —observó Nigel a Henry—. No les enseñan griego; ni siquiera latín.

—¿Y qué demonios hacéis? —preguntó Simon, olvidándose por un momento del tenis para sumarse a las burlas.

—Hacen cestos —dijo burlón Nigel.

—No, no los hacemos —estalló Dan irritado.

Le gustaba su escuela y no podía soportar que fuera motivo de risas.

—Allí aprendemos un montón de cosas que vosotros no aprendéis.

—Como hacer punto y dulces —rió Nigel.

Dan estaba indignado. Odiaba a sus primos. Anhelaba que la tierra se abriese y se los tragase. O mejor aún que él, Daniel Hassal fuera capaz de fulminarlos y desintegrarlos con un rayo.

—Venga, dinos qué haces —le acució Simon.

Desesperadamente —sin pensarlo— trató de defender todo lo que amaba: su escuela, sus padres, Nick. Abrió la boca

y profirió la increíble palabra «chino».

—Sí —repitió—. Eso es.

Aprendemos chino.

—¿Chino? —exclamaron los tres muchachos.

Ahora todos se quedaron inmóviles en la pista de tenis, profundamente sorprendidos. Dan se sintió mareado de pánico. ¿De dónde podía haber salido aquella palabra? Luego miró a los tres chicos y sintió que el miedo le hacía perder el aliento. ¿Qué tendría que hacer ahora? Decidió atenerse a lo que había dicho. Era la única solución.

—Hay unos mil millones de chinos —farfulló mientras escarbaba en su



mente para recordar todo lo que sabía de China—, y son un pueblo muy antiguo y muy inteligente. Mi padre dice que pronto serán más importantes que los rusos..., así que parece indicado aprender su lenguaje. Mucho más indicado que aprender idiomas que nadie habla.

—¡Chino! —exclamó Henry de nuevo—. ¡Dios mío!

—Yo..., yo todavía estoy empezando —reconoció prudentemente Dan—; aprenderemos más en el bachillerato.

—No creo que me gustara aprender chino —dijo Nigel, desechando la

materia con desdén—. Me parece que eso es hacer algo muy poco inglés.

Reanudaron el partido, todos extrañamente humillados; tres, porque las glorias de Granthams parecían haber sido repentinamente eclipsadas; el cuarto porque se hallaba asustado de las dimensiones de su propia mentira. Su padre y su madre odiaban las mentiras. En su ambiente familiar no decir la verdad constituía el peor de los delitos.

—Bien hecho —gritó Henry.

Abstraído como se hallaba, al parecer había alcanzado muy bien la pelota.

—Lo estás haciendo un poco mejor

—reconoció Simon de mala gana.

Pero Dan no sintió una sensación de triunfo. Su corazón estaba en otro lado.

¿Por qué sus padres no se lo habían llevado a Suiza? ¿Por qué le habían enviado hasta aquí para verse envuelto en tal embrollo? Había desobedecido a su abuelo, robado a su abuela y ahora había proferido la más estúpida de las mentiras. ¿Cómo podría salir bien librado de todo aquello?

—Bien hecho —gritó Henry de nuevo—. Estás mejorando. Con ese último disparo has ganado el juego.

Dan miró al otro lado de la red a aquel chico simpático que le sonreía y

se sintió mal. Cuando Henry se enterara de la mentira que le había contado, le despreciaría para siempre.

—¿De quién es ahora el servicio?  
—preguntó Nigel.

—Mío —afirmó Simon.

—No —protestó Henry—. Es de Dan.

Entonces, Dan se dio cuenta de que él era el único que no había tenido el servicio.

—Sí, es mío.

La rabia que sentía Dan consigo mismo por la mentira que había dicho le proporcionó valor. En una mano tenía la pelota, lista para su servicio; en la otra

empuñaba la raqueta. Y ante él, al otro lado de la red, se hallaba la cara odiosa y sardónica de Nigel. Echó hacia atrás la raqueta, apuntó y luego lanzó la pelota tan derecha y fuerte como le resultó posible.

—¡Cuidado! —gritó Henry.

—¡Dios mío! —exclamó Simon, asombrado—. Pero ¿qué es lo que pretendes?

Porque la pelota, en vez de ir derecha hacia Nigel, saltó por encima del seto de aligustre.

Un segundo más tarde llegó el ruido de unos cristales hechos añicos.

Los cuatro se quedaron inmóviles,

atentos a identificar el lugar del desastre.

—Es en el comedor —dijo Nigel.

—No, ha sido en el despacho —aseguró Simon.

Cuando Dan pasó al otro lado del seto de aligustre para descubrir lo sucedido, se topó con su abuelo que salía a grandes zancadas por la puerta principal.

—¿Qué demonios ha sido eso? —estalló.

—Lo siento. Fui yo.

—Pero ¿qué pretendías hacer?

—Lanzar la pelota a Nigel —confesó.

El abuelo pareció entenderlo.

—Pero la pista queda muy lejos —le replicó—. Y en cualquier caso no tenías que servir en esta dirección.

—Lo sé.

—Debes de ser un lanzador muy malo.

—Lo soy.

Y de repente, sin motivo alguno, su abuelo le sonrió de soslayo.

—Espero que la culpa sea de esas gafas que llevas —observó.

Quizá era así, pensó abatido. Cualquier otro muchacho que supiera respetarse habría estrellado la pelota en la cara de Nigel.

—Bueno, no te apures —dijo su abuelo, dándole una palmada en el hombro—. Siempre hay accidentes. Ahora, mientras Rose recoge los cristales del suelo del despacho, tú y yo vamos a medir el cristal. Luego irás a la tienda de la señora Mobbs. Ella hará que el señor Mobbs corte uno nuevo y nos lo ponga después de comer.

CUANDO Dan volvió por fin a la pista de tenis, vio que Henry se había quedado solo y estaba haciendo el pino bajo el cedro.

—¿Dónde están los otros? —le



preguntó.

—Han cogido el bañador y se han ido por el camino de sirga —replicó Henry al tiempo que se enderezaba—. Su padre va a traer de Rushby la nueva motora.

—¿Y te han dejado aquí?

—No —se sonrió—; me he quedado yo.

—¿Qué quieres decir?

—He preferido esperarte.

DAN CORRIÓ escaleras arriba para coger su bañador. Al salir, pasó por la cocina para decir a su abuela adonde

iban. Fue una cortesía que obtuvo su premio, porque le ofreció dos buñuelos de pasas que acababa de sacar del horno.

—Así calmaréis el apetito —dijo su abuela—. Además, supongo que vendréis tarde a comer.

La amabilidad de su abuela le hizo sentirse incómodo. La vida en Danestone habría resultado fácil y tranquila si no lo hubiera estropeado todo. Y ese chico que le aguardaba podría haber sido un amigo si no le hubiera dicho una mentira tan ridícula. Se reunió con Henry y se sintió preocupado.

—¿Buñuelos? —exclamó

alegremente Henry, dejándose caer de una rama del cedro—. ¡Y calientes! ¡Magnífico!

Dan vio su cara horrible y sonriente y las ropas raídas. Se preguntó de nuevo cómo alguien tan agradable podía haberse hecho amigo de sus odiosos primos.

—Oye, ¿verdad que tú no aprendes chino en la escuela? —le preguntó Henry con la boca llena.

Dan sintió que se ponía colorado. Ya estaba. Se encontraba perdido.

—Claro que no —masculló.

Durante un terrible momento, Henry

le lanzó una mirada intensa e insondable. Luego, su rostro cobró una expresión divertida.

—¡Qué maravilloso embuste! — dijo, echándose a reír—. Se lo creyeron todo... Yo también, hasta que me di cuenta que estabas muy preocupado.

—¿Preocupado?

—Claro. Si de verdad hubieses estado aprendiendo chino, te habrías mostrado tan engreído que habrías parecido un presumido.

«Gracias a Dios —pensó Dan— que alguien se había dado cuenta de su mentira».

Pero Henry prosiguió. Había obrado

muy bien al burlarse de ellos. Los tres se habían comportado muy mal y se lo merecían.

Dan parpadeó ante él con extrañeza. Éste era un giro completamente nuevo en la situación. Además, no podía entender la falta de desprecio por parte de aquel chico. ¿Es que en Granthams no significaba nada que a uno le sorprendieran soltando embustes?

Y de repente se sintió tan aliviado y satisfecho de haberse librado con tanta facilidad de aquel enredo, que sintió ganas de gritar. De saltar. De ir hasta Marte en un globo. Pero, en vez de hacer todo eso, se abrió camino hacia la

puerta del muro que daba al sendero cubierto de hierba, gritándole a Henry.

—Vamos. Te enseñaré el marjal y el río.

—Ya sabes que no sé nadar —le dijo Henry alcanzándole.

—Lo sé. Nos chapuzaremos junto a la orilla.

SE HABÍA olvidado de la maltería.

Tras dejar atrás la vieja y conocida lancha de remos que, podrida, se inclinaba varada hacia un lado, casi oculta entre las ortigas, viraron hacia el camino de sirga y llegaron al extremo de

la represa. Todas las ventanas bajas y enrejadas de la maltería parecían mirarlos con ojos hostiles. Dan deseaba avivar el paso porque estaba seguro de que aquel muchacho salvaje los estaría observando tras alguna reja; pero Henry se detuvo en el camino, exactamente frente a la puerta abierta, para hacerle observar cómo se reflejaban perfectamente en el agua los muros de ladrillo. La presa estaba tersa. Nada se movía. El silencio del lugar resultaba estremecedor.

—¿No has estado nunca ahí? — preguntó en voz baja—. Parece un sitio fantasmal.

—No —gritó Dan—. No. No. No podemos acercarnos. Está prohibido.

Su voz resonó por todo el marjal y echó a correr.

—¿Qué es lo que sucede? —le preguntó Henry cuando le alcanzó—. ¿Por qué gritabas?

Dan se detuvo cuando ya no podían oírlos desde la maltería y trató de reunir fuerzas. Le explicó que aquel edificio estaba en ruinas y que su abuelo le había hecho prometer que no entraría.

—Dice que deberían haberlo cercado con un muro hace años.

Henry aún parecía extrañado, pero lo dejó pasar. Siguieron caminando



juntos; se detenían de vez en cuando para arrancar cañas secas que después lanzaban al agua. Las veían flotar sobre las cabezas de los veloces barbos.

En esta primera hora de su amistad se sentían atraídos el uno hacia el otro, pero ambos se mostraban cautelosos y se mantenían en guardia. Dan pensaba: «Pero ¿cómo es posible que a este chico le agraden mis primos? Tiene que haber algo en él que a mí no me guste y que no he descubierto todavía». Y Henry pensaba: «¿Qué será lo que pasa con esa maltería para que haya chillado como un tren del metro?».

Llegaron entonces al nuevo edificio

donde el tío de Dan guardaba la lancha. Interrumpía el camino de sirga de tal manera que quienes caminaban por allí tenían que bordear el edificio para seguir por el sendero.

—*Menudo egoísta* —había estallado Nick el pasado verano cuando lo vio por primera vez.

—La tierra es suya —le había replicado Dan—, y, además, ¿en qué otro sitio podía haber construido la casa?

—Río abajo, desde luego. No aquí, en una vía pública.

Aquella mañana de sol radiante, la casa, con sus paredes de madera

recientemente impregnadas de creosota y su bien recortado techo de cañizo, mostraba un aire casi desdeñoso de riqueza y bienestar, alzándose entre la maraña de sauces, agrimonias y salicarias. Incluso su arrogante olor a desinfectante parecía una afrenta a todo el que amara el marjal.

—Me pregunto cómo será por dentro —dijo Henry dando la vuelta por detrás y golpeando la puerta.

—Está cerrada —dijo Dan—, pero podemos mirar dentro si quieres. Yo te la enseñaré.

Dejó la bolsa del bañador junto a la orilla y afirmó sus pies en la barra que

por abajo cerraba la verja de entrada a las embarcaciones, sujetándose con las manos a la tela metálica para no caer al agua.

—Vamos. Es muy fácil.

—¿Está muy hondo por aquí?

—Alrededor de 1,30 metros.

Henry odiaba el agua. La idea de ahogarse le hacía sentir pánico. Pero su sentido común se impuso al miedo. Con esa profundidad, si se caía, el agua no le llegaría a los hombros. No podría ahogarse.

—Voy —dijo.

Escrutaron en el sombrío interior el velero depositado sobre el piso de

cemento y luego los remos y los bicheros dispuestos ordenadamente junto a las paredes. Y más tarde, las velas, el mástil y una bella canoa que colgaba de las vigas del techo, todo bañado en la luz que reflejaba el agua desde abajo.

—¿Dónde estará su vieja motora? — se preguntó Dan en voz alta.

—La vendieron para poder pagar la nueva —replicó Henry—. Ha costado mucho dinero. No es extraño que tengan esto bien cerrado.

Dan emitió una carcajada irónica.

—Te apuesto cualquier cosa que, en cuestión de minutos, yo podría robar lo

de ahí dentro —dijo, haciendo una mueca.

—¿Cómo?

—Imagínatelo.

Henry miró por encima de su cabeza y vio que las dos hojas de la entrada llegaban hasta la primera viga del techo. Luego miró bajo sus pies y observó que la tela metálica penetraba bajo la superficie del agua.

—Renuncio.

—Bueno, vuelve a la orilla y te lo enseñaré. Nick lo consiguió el año pasado... y... y estoy seguro de que yo también puedo hacerlo ahora.

Cuando los dos volvieron a la orilla,

Dan se quitó la ropa y apresuradamente se puso el bañador. Se sintió de repente consciente de su blancura londinense, allí, en pie, ante el mar verde del marjal, y, volviendo la vista atrás, distinguió la maltería a mucho menos de un kilómetro. La chimenea de forma de pagoda parecía una atalaya. Pensó en la posibilidad de que aquel muchacho los estuviera espiando.

—Guárdame las gafas —le dijo entregándoselas.

Entonces se lanzó en plancha a las tranquilas aguas y avanzó andando mientras volvía la vista hacia Henry, sintiéndose animado y feliz. Quería

demostrar que podía ser tan listo como Nick y, tras sus estupideces en el tenis, revelar a Henry que en el agua era verdaderamente competente.

—Atento —le gritó.

Se tapó la nariz con los dedos de la mano izquierda y desapareció de repente tras una mata de ranúnculos. La superficie del agua burbujeó intensamente, como si fuera agitada por un seísmo, vibró la verja. Luego, para gran sorpresa de Henry, la cabeza y los hombros de Dan aparecieron sobre la superficie del agua, pero dentro del recinto de la casa.

—¡Dios mío! —exclamó Henry



cuando Dan apareció por la rampa de cemento—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Hay justamente..., justamente cuarenta y seis centímetros entre el final de la tela metálica y el fondo.

Entonces se acercó a la verja y comenzó a manipular el grueso cerrojo. Tras haberlo descorrido, fue a la casa y, con la ayuda de un fino cable, abrió hacia dentro una de las dos puertas de la verja.

—Era fácil —gritó con acento triunfal.

Abrió la otra puerta de la misma manera y más tarde, con la ayuda del bichero, las empujó para que encajaran

de nuevo, corrió el cerrojo y se deslizó otra vez bajo el agua.

—Así consiguió Nick la lancha el año pasado —explicó con orgullo cuando llegó a la orilla al lado de su amigo.

—¿Quieres decir que la sacó de allí?

—Sí, puso en marcha el motor y subimos hasta la esclusa de Barlingham, para bajar de nuevo.

Henry emitió un largo y bajo silbido de admiración.

—¿Y no se enteró nunca tu tío George?

—No —se sonrió Dan—; estaban

todos en la regata de Rushby.

—¡Dios mío! —exclamó Henry—. Yo jamás habría tenido valor para hacer una cosa así. Con el mal genio que tiene tu tío...

—Ya lo sé.

Dan sonrió. Le encantaba jactarse de Nick. Y ahora, por fin, había encontrado a alguien con quien hablar de su hermano.

Sin embargo, su alegría se halló un tanto turbada porque vio que la aplastada nariz de Henry se arrugaba en una mueca de repugnancia.

—¡Uf! —bufó—. ¡Cómo huele!

Dan, siguiendo su mirada, se fijó en

sí mismo y advirtió que estaba cubierto de barro. Suspiró aliviado. No era nada —le dijo—. Sólo se trataba del fango del fondo. Se metería otra vez en el agua y se lo quitaría. Se volvió a lanzar en plancha y comenzó a nadar tranquilamente, aguas abajo, hacia el río.

—Te ensuciarás otra vez al salir —le gritó Henry.

—No —le respondió, volviéndose para ver a su amigo—, en la orilla del río, en la playa de Danestone, hay arena y gravilla. Si me traes las gafas y la ropa, saldré por allí. Sólo está a menos de cien metros.

Luego, durante un maravilloso minuto, se consagró a flotar como un leño, dándose cuenta de lo feliz que era bajo aquel cielo enorme y radiante, dejando atrás los agujeros de las ratas en las dos orillas y con Henry para poder hablar al final de la excursión.

### *3 Comienza la gran caza del muchacho*

CIENTO TREINTA Y SEIS kilómetros al oeste, Trevor Fincher, en el número 14 de Beech Tree Crescent, en Cambridge, se despertó poco a poco en aquella luminosa mañana de verano. Comenzó a examinar los arabescos que

formaba la luz del sol en el techo al filtrarse a través de las cortinas de su dormitorio. Se sentía perezosamente contento. Había trabajado de firme toda la semana. Muy duramente. Y se merecía aquel descanso del sábado. Luego, pensando en los deleites del nuevo día, miró el reloj, lanzó un grito de sorpresa y saltó de la cama.

—Mamá —gritó desde lo alto de la escalera—. Son más de las once. ¿Por qué demonios no me has despertado antes?

—Porque no me dijiste que te despertara. Por eso.

La chillona réplica procedía de la

cocina.

Se vistió a toda prisa. Fue al cuarto de baño y se echó un poco de agua por la cara y el pelo. No tenía tiempo de afeitarse. Antes de media hora la banda se reuniría junto al cementerio americano, y estaba seguro de que los demás no le esperarían. ¿Por qué iban a esperarle? Él era un novato. Ésta sería su primera experiencia. Cogió la chaqueta de cuero negro y el casco con la calavera y los huesos cruzados recién pintados en la parte delantera y bajó taconeando hacia el lugar de donde procedía el olor a tostadas.

—No llegaré —le dijo a su madre



mientras ella le servía una taza de té recalentado.

—Puedes alcanzarlos, ¿no?

—Sí —replicó hoscamente.

Pero no era lo mismo. De ninguna manera. «Los Calaveras» de Cambridge tenían una cita con «Los Hombres Lobos» de Watton en la glorieta de Barton Mills, y una de las grandes alegrías del día consistiría en bajar por las desviaciones de Cambridge y Newmarket y entrar en la autopista A II con un rugido de motos que aterraría a los tímidos conductores de los *Minis*. Llegar renqueando diez kilómetros detrás de la banda con su nueva y

magnífica *Suzuki* de 250 c. c. era una manera lamentable de empezar la jornada.

—Pues entonces tómate el té —le dijo su madre— y vete. Cómete las tostadas por el camino.

Trevor se bebió de un trago el té, se limpió la boca con el dorso de la mano, se puso el chaquetón y se caló el casco. Luego salió corriendo de la casa, con los ojos entornados a la manera de los tripulantes de «La conquista del espacio».

Un momento más tarde se hallaba de vuelta, pálido y anonadado.

—No está —dijo sin aliento.

—¿Cómo que no está? —preguntó su madre, a quien una vez más había interrumpido la lectura de su horóscopo.

—No, la *Suzuki* no está.

—¿La *Suzuki*? —exclamó, poniéndose en pie y corriendo a mirar en el vacío jardín—. Pero ¿no le pusiste la cadena?

—Yo..., yo creí que se la había puesto.

El *shock* daba a su cara una expresión estúpida.

—Bueno, pues no fue así —replicó adustamente—. Eso al menos es seguro.

Permaneció junto a ella, con los ojos fijos en las franjas de petunias,

abrumado por su gran pérdida.

—¿Y qué hago ahora? —murmuró.

—Vete a ver a tu maravilloso amigo Terry —contestó su madre secamente—, y averigua si te la ha cogido «prestada» otra vez. Y si no ha sido Terry, tendrás que ir a la policía.

Cuando le vio bajar por Beech Tree Crescent, camino de la casa de su amigo, se sintió angustiada por él. Aún no había comprendido que su desgracia era mayor de lo que creía.

Al cabo de un rato, el muchacho regresó a su casa.

—Supongo que ahora que no tengo la moto, Betts me cancelará los plazos.

«¡Dios mío! —pensó su madre—.

Pero ¿qué les enseñan en la escuela?».

—Es una financiera —contestó a su hijo—, y no el ejército de salvación.

—¿Qué quieres decir?

La *Suzuki* costaba 850 libras esterlinas, le explicó pacientemente como si fuera un niño pequeño. Ya había abonado 130, pero tendría que pagar el resto a plazos.

—Pero ¿es que voy a tener que seguir pagando? —gritó.

Su madre asintió.

—¿Durante tres malditos años?

—Anímate —añadió con una total falta de convicción—, es posible que la

policía la recupere. A veces las encuentran.

A esas horas, en la maltería de Danestone, la magnífica *Suzuki* de Trevor estaba ya en el horno, oculta bajo un montón de grasientos sacos de carbón mordisqueados por las ratas. Mientras, en el piso superior, Kevin Britton luchaba desesperadamente por vencer el sueño que le acosaba.

El tiempo que Dan pasó desayunando y contemplando desde el cedro la vida del jardín, Kevin había permanecido obsesionado por el temor de que el chico dijera todo a su abuelo. Corría de una ventana a otra para mirar

si venía alguien, resuelto a no ser sorprendido otra vez. Sólo se tranquilizó cuando oyó el rítmico sonido que producían las pelotas de tenis contra las raquetas. Cuando Simon y Nigel pasaron charlando río abajo, le despertaron; más tarde vio venir a Dan y a Henry por el sendero y pararse exactamente frente a él.

—Ya está —se dijo rebotante de pánico—, el chico no se lo ha dicho a su abuelo, pero se lo dirá a ése.

Luego, cuando oyó el grito de advertencia de Dan, comprendió que, increíblemente, aquel chico estaba cumpliendo su palabra. Los dos chicos

siguieron su camino. Kevin, con el sudor corriéndole por la cara, los observó a través de las rejas de una ventana y se preguntó qué demonios estaría haciendo Dan en el cobertizo de las lanchas.

Pero estaba muy cansado, demasiado cansado para seguir pensando en aquello. Se echó junto a la bolsa de plástico con el pan y el pollo, tomó un bocado y comprobó que ya se habían descongelado.

Quizá, si comiera un poco, podría conseguir permanecer despierto.

DAN DEJÓ de contemplar el cielo azul



de agosto, se dio la vuelta y volvió a nadar. Ya se encontraba en el ancho cauce del río Waveney y distinguía borrosamente a Henry que le aguardaba sentado en la playa de Danestone.

—¿Dónde están los otros? —le gritó—. Creí que tío George estaría aquí con la motora.

—Seguramente habrán ido a hacer esquí acuático —le replicó Henry.

—¿Esquí acuático? —exclamó sorprendido cuando empezó a nadar hacia la orilla—. ¿Quieres decir que Simon y Nigel han aprendido a hacer esquí acuático?

Estaban aprendiendo, le explicó

Henry. La última semana les había dado tres clases un instructor de Oulton Broad.

—Para eso querían la motora, para que tu tío pudiera tirar de ellos río arriba y río abajo.

—¡Caramba! ¡Menuda suerte!

Dan no era un chico envidioso, pero aquello era demasiado para él. Había visto a la gente en televisión hacer esquí acuático y pensaba que eso de desplazarse sobre la superficie del agua a tanta velocidad y con tanta gracia como si uno fuera un pájaro era algo magnífico y milagroso. Deseaba que le dejaran hacerlo a él, pero sabía que no

querrían. Siempre habría alguna excusa: porque era demasiado torpe, o por ser corto de vista, o porque no había tiempo. Le pidió a Henry sus gafas y su toalla y empezó a frotarse con fuerza, tratando de alejar de su mente la sensación de envidia. Pero la idea de sus primos haciendo esquí acuático era como una piedra muy grande lanzada a una pequeña charca. Arrojava ondas de disgusto en todas direcciones. ¡Maldito dinero del tío George! ¡Malditas las cosas que le proporcionaba y que Nick y él nunca tuvieron!

¡Y, lo peor de todo, maldita toda la familia por pensar que eran superiores

al resto de la gente!

—Creo que debes dejar la toalla —  
dijo Henry tímidamente—. Vas a acabar  
por despellejarte.



Miró a su nuevo amigo, que le sonreía, y se sintió extrañamente censurado. Henry era feo y desastrado y, además, no sabía nadar; sin embargo, no parecía importarle. Debía poseer, pensó, alguna secreta grandeza de la que nadie que no fuera él mismo sabía nada, como el mendigo del cuento de hadas que era, en realidad, un príncipe disfrazado. Observó la nariz de boxeador de Henry, su camisa remendada y el dedo que le asomaba por un zapato. Le pareció aquella idea tan graciosa que al sonreírle se le antojó que todo lo que poseían sus primos no importaba gran cosa. Que se quedaran con su maldita

motora, con su esquí acuático, con su escuela elegante y todos los demás lujos que pagaba el tío George. Ya no volverían a preocuparle aquellas cosas.

Además, mientras estaba allí en la playa, advirtió que era un día demasiado bueno para echarlo a perder con sus primos. La luz del sol caía sobre el río, donde una ligera brisa que soplabla tierra adentro contra la marea descendente rizaba el agua por doquier. De vez en cuando, aquí y allá, un pez dorado o plateado saltaba del agua y volvía a sumergirse velozmente. Le gustaba el río cuando estaba así. Le gustaba todo lo del río: las cañas

rematadas por pelusa de la otra orilla; el olor de la menta del marjal, de la reina de los prados y del propio barro húmedo; el chapoteo de los peces; hasta las moscas. Y le encantaba la anchura del valle. Muy lejos, hacia el este, se distinguía la torre de la iglesia de Rushby, alzada sobre el horizonte como el dedo pulgar de un hombre. Y cuando miró hacia atrás, hacia el lugar de donde procedía, distinguió la aldea de Danestone que se prolongaba en una línea estrecha y entrecortada entre los olmos secos y los trigales que ascendían hacia Thursby y las hierbas del cercano marjal. Entonces vio la amenazadora



chimenea en forma de pagoda de la maltería, y rápidamente se agachó entre los mimbrales para que nadie lo viera. Se vistió, ansiando no sentirse acosado una vez más.

La playa estaba tranquila y silenciosa. Allí se sentía seguro. Los dos chicos debieron de advertir que por fin estaban a gusto, porque durante un rato guardaron un cómodo silencio — como sólo pueden callar los amigos— mientras observaban el río.

—Supongo que le echas de menos —dijo Henry al cabo de un rato.

—¿A Nick?

—Tiene que ser terrible quedarse

solo...

Dan volvió la cabeza hacia otro lado. No había nada que pudiera decir.

—Me hubiera gustado conocerle. He oído hablar tanto de él...

Dan se sintió molesto, preguntándose qué le habrían dicho sus primos.

—Creo que era muy listo. Tu tía Philippa asegura que en los exámenes siempre sabía todo.

Dan se tranquilizó un poco.

—Pero ¿no sería un poco pedante..., o uno de esos insoportables sabelotodo?

—No —replicó Dan—. Nick no era así.

—En realidad —dijo riendo Henry

—, creo que era un chico completamente salvaje.

¿No le habían suspendido una vez por inundar el aula de costura de las chicas de la escuela? Y cuando formaba parte del coro, ¿no subió un día al púlpito y echó ginebra en el vaso de agua del vicario?

Dan asintió. Y luego esperó. Las cosas no habrían sido demasiado malas si ahí hubieran acabado las faltas de Nick.

—¿Y no trató una vez de huir por el mar? Tu tío dice que a Río.

—Era muy pequeño —replicó Dan a modo de excusa.

Henry le miró con gesto de sorpresa. No le había entendido.

—Pero, de cualquier manera, tuvo que ser algo formidable.

Dan guardó el secreto de su hermano. Nick había odiado siempre la ineficacia. Mas por un estúpido error eligió un barco que no era el adecuado, y le sorprendieron en la bodega de un carguero que iba a Rotterdam.

Se produjo un silencio que cada cual consagró a sus propios pensamientos. Henry pensaba en aquel aventurero a la manera de sir Walter Raleigh o de un sir Francis Drake de nuestro tiempo. Dan agradecía que Nick hubiera salido tan

bien librado. Pero quizá, dedujo, sus primos no sabían nada más. Tal vez sus padres y sus abuelos habían conservado el secreto de las otras fechorías de Nick.

—Es terrible —suspiró Henry— que alguien con tanto valor muriera en un accidente tan estúpido.

Dan tomó un puñado de arena y, cuando Henry no siguió hablando, dejó de contener la respiración y permitió que la arena se escurriera entre sus dedos.

POCO DESPUÉS percibieron el lejano y sordo ruido de la motora.

—Ya vienen —gritó Dan,  
poniéndose en pie al instante y mirando  
río arriba.

No quedaba rastro de envidia ni de  
desprecio.

El ruido de la motora estaba muy  
cerca.

—Ahí están —gritó Henry.

Podían distinguir la cabeza de Simon  
sobre los cañaverales mientras esquiaba  
antes de salvar la última curva. Y oían  
los gritos de su padre indicándoles lo  
que debían hacer.

—Bien, bien, lo haces bien —  
tronaba por encima del rugido del motor  
—. Ahora recuerda cómo hay que

desembarcar. Cuando me aleje de la playa gira hacia allá y suelta el cable. Y deslízate. Deslízate.

En la curva del río asomó la tajamar de la reluciente y roja lancha. Tras la embarcación se agitaban las aguas del río. Un instante después, Simon, enfundado en un traje negro de goma, como si fuera un marciano que navegaba en la estela de la lancha, giró hacia ellos. Era una escena magnífica. Allí estaba un chico —un chico al que conocían— que se deslizaba velozmente sobre el agua. Y tras él, los cañaverales de las dos orillas se agitaban como una vasta multitud que pugnara por

seguirle...

—Si vas demasiado deprisa, siéntate en el agua —gritó tío George, dirigiendo la lancha en línea recta hacia el lugar de la playa donde se encontraban los dos.

Dan cogió del brazo a Henry. Tras ellos se alzaban los mimbrales y unas matas de ortigas de dos metros de altura.

—Corre todo lo que puedas —le gritó Dan al tiempo que viraba la lancha. Simon giró de costado y soltó el cable.

—¡Dios mío! —gimió Henry, huyendo de la estrecha franja de arena.

Simon, con su traje húmedo y brillante, iba hacia ellos como lanzado por una catapulta.



—Siéntate en el agua —le repitió su padre.

—Quitaos de ahí —chilló Simon.

Un segundo más tarde, alcanzó la estrecha faja de arena y chocó con los dos. Aterrizó sobre ellos, entre una confusión de aguzados esquís, hirientes ortigas y denuestos de protesta. Y antes de que pudieran desembarazarse, los alcanzó la onda levantada por el paso de la motora, empapándolos de pies a cabeza.

Henry lanzó un gemido y se frotó la espinilla. A través de los cristales rotos de sus gafas, Dan podía verle mordiéndose un labio. La sangre fluía

por un nuevo desgarrón en sus remendados vaqueros.

—¡Grandísimo idiota! —le gritó a su primo mientras trataba de ponerse en pie—. ¡Mira lo que has hecho!

—¿Por qué demonios os habéis quedado ahí los dos? —le replicó Simon.

—No nos hemos quedado.

Pero fue el tío George quien tuvo la última palabra. Había descrito un círculo completo con su motora y ahora manifestaba a gritos el desagrado que le producía la situación.

—Simon, maldito estúpido —bramó—, has estado a punto de romper los

esquís. ¿Por qué no te sentaste en el agua como te dije?

«La misma cara roja de pavo viejo —pensó Dan—. Y ni una palabra acerca de la pierna lastimada de Henry».

Instantes después los tres se habían desenredado y se hallaban de pie en la playa, magullados, doloridos, irritados y empapados.

—Caramba, menudo aspecto tenéis —dijo Nigel riéndose.

Con su traje impermeable estaba sentado junto a su padre como una gorda babosa.

—Hola, Dan —dijo tío George con voz más amable—. Me alegra verte.

Lamento que os hayamos mojado. Pero pronto os secaréis.

Después se volvió hacia Nigel y le apostrofó:

—Venga, hay que darse prisa. Ahora te toca a ti otra vez. Vamos a ver si consigues hacerlo mejor.

La sonrisa se esfumó de sus labios.

—Encógete sobre el agua y luego échate hacia delante hasta tocar las rodillas con el pecho —dijo Simon al tiempo que ocupaba el puesto de su hermano en la motora.

Dan, al observar los pies descalzos de Henry, vio que sobre uno de ellos corrían hilillos de sangre.

—Es sólo un arañazo —murmuró, y luego añadió sonriendo torcidamente—: lo que me preocupa son los vaqueros. Creo que ya están perdidos.

—Y luego, cuando cojamos velocidad —le gritó Simon a su hermano— y estés ya deslizándote sobre la superficie, ponte derecho.

—Ya lo sé —replicó exasperado Nigel.

—Pero no lo haces —añadió riéndose Simon.

—Espero que mi abuela pueda hacer algo con esos vaqueros —dijo Dan a Henry—; por lo general, hace buenos arreglos.

Una, dos y tres veces el desdichado Nigel trató de deslizarse sobre el agua; pero, cada vez que se ponía en pie, el río abría repentinamente sus fauces y lo tragaba. Dan y Henry coincidieron en que ya no podían soportarlo más y emprendieron lentamente el regreso a la casa por el camino de sirga. Caminaban empapados y aún seguían oyendo los airados gritos de las instrucciones de esquí náutico.

—Todavía lo haces a tirones —vociferaba Simon.

—No puedo —se quejaba Nigel.

—Sí, claro que puedes —tronaba tío George—. Inténtalo otra vez.

DAN LE sonrió a Henry.

—Nosotros no disfrutamos de su maldito dinero —estalló—, pero creo que los dos tenemos padres más amables.

Henry no le respondió inmediatamente. Dan pensó que le dolería la pierna.

Luego, su amigo se detuvo y se agachó para recoger un trozo de barro seco y lo lanzó a un nenúfar de la represa.

—Yo tengo una mamá maravillosa —dijo alegremente—, una mamá verdaderamente maravillosa.

EL ATAQUE de Kevin Britton al agente de policía y su subsiguiente fuga en el *Allegro* robado fueron anunciados por radio a todos los puestos de policía de la región poco después de medianoche. El mensaje concluía con una advertencia: «El muchacho es peligroso. Está armado». Once horas y media más tarde, la policía de Cambridge, alertada por el robo de la *Suzuki* de Trevor Fincher, encadenó los dos acontecimientos y rastreó los suburbios septentrionales de la ciudad. A mediodía halló el *Allegro* blanco. En cuestión de



minutos, los agentes se reunieron en el puesto de Wellingborough para recapitular los hechos.

—Ya tenemos el *Allegro* robado en Higham Ferrers —anunció el inspector con comprensible satisfacción.

—Pues vaya cosa —fue la ácida réplica—. ¿Está seguro?

—La misma matrícula y una tableta de chocolate aplastada bajo el asiento trasero. ¿Algo más?

—De acuerdo. Enhorabuena. Siento lo que dije. Durante toda la mañana hemos recibido identificaciones «positivas» de Durham, Leicester, Walton, Willows, y ahora Knotty Green.

—¿Dios mío! ¿Y dónde queda eso?

—Exactamente junto a Beaconsfield.

¿Alguna señal del muchacho?

—No. Pero creemos que escapó en una *Suzuki* de 250 c. c. —replicó el inspector, dando el número de su matrícula.

—Maldito tipo.

—Depósito lleno. Clase T. Esos jóvenes delincuentes siempre recurren a lo mejor.

Luego, con un cierto retraso, el inspector de Cambridge recordó al policía herido.

—¿Cómo está P. C. Jeffers?

—Dado de baja con una patada en la

ingle.

—¡Pobre diablo! ¿Nada más grave?

—Suficiente cuando se es joven y se ha cometido una imprudencia.

Después volvieron a su trabajo. El inspector afirmó que ya disponían de numerosas huellas dactilares.

—¿Cualquier incidente en el sector en que haya estado implicada alguna *Suzuki*? —preguntó el jefe de detectives de Wellingborough.

—Lo comprobaré, pero hasta ahora no hemos oído nada.

—Entonces tendremos que enviar un nuevo mensaje por radio a todos los puestos. Muchas gracias. Los mantendré

informados.

Media hora más tarde empezaron a llegar noticias relacionadas con incidentes con moto. Un joven muerto en la conexión 8/9 de la M4; aún no identificados ni el muchacho ni la moto. Accidentes de *Suzukis* en Bicester, Canterbury, Clifton y Weymouth. A las dos de la mañana, en la aldea de Brockdish, un médico de cabecera que estaba atendiendo un caso de ataque cardíaco había visto cruzar una moto a toda velocidad. Dos *Suzukis* robadas durante la noche: una en Lincoln y la otra en Freshwater, en la isla de Wight.

—Elija, señor —dijo el joven

policía, entregando a su superior el informe.

—Brockdish.

—¿Dónde está Brockdish, señor?

—Entre Norfolk y Suffolk. Por la A 143. Un buen restaurante. Apuesto a que es ésa. Alerte a Norwich, Bury St. Edmunds, Lowestoft e Ipswich. Proporcione la matrícula de la *Suzuki* y una descripción completa de Kevin Britton. Adviértales el riesgo. Y dígales también que vamos a avisar a la gente por radio y por televisión para que no se entrometan. Es peligroso. Va armado. Con suerte tendremos una foto del muchacho en los periódicos del

domingo.

## 4 *Domingo*

EN CASA DE los abuelos de Dan, el sábado nadie escuchó las noticias de la radio. La razón era simple. Dan había dejado de preocuparse del catálogo diario de terremotos, hambres, bombas, huelgas, despidos que constantemente afligen al mundo de los adultos. Los desastres eran demasiado lejanos y reiterativos. Había aprendido a ignorar esas informaciones como uno ignora las

prolongadas lloviznas de noviembre. La abuela estaba demasiado ocupada. Tenía que preparar las comidas. Aunque le daba pena que se pasara hambre en algunos países, había dedicado durante años el mes de agosto a alimentar a sus nietos. Ahora que desgraciadamente sólo tenía uno, lo cuidaba con mayor solicitud todavía. Cocinaba para Dan como si estuviera cocinando para cinco mil.

El abuelo disponía de todo el tiempo del mundo y se interesaba por cualquier cosa que pudiera suceder. Diez minutos antes de los informativos sacaba el viejo reloj de su padre, le daba un golpecito y



se dirigía a su despacho para poner la radio. Pero a los cinco minutos estaba dormido. Tenía setenta y dos años. Ésta era una de las aflicciones más curiosas de su edad.

Por esa razón, los tres se dirigieron a la iglesia en aquella cálida mañana dominical sin conocer la última hazaña de algún joven violento y sumidos en sus pensamientos. Las meditaciones del coronel Henchman tenían un carácter más bíblico que religioso. Correspondían a un pasaje del Libro de Daniel, al capítulo que describe la orden del rey Nabucodonosor para que todos se postraran y adoraran su imagen

siempre que oyeran el sonido del «cuerno, el pífano, la cítara, la sambuca, el salterio, la zampoña y de cualquier otro instrumento musical». Tres veces hubo de repetir los nombres de esta exótica orquesta babilónica y las tres veces sintió deseos de reír como reía cuando era chico. ¿Y qué tenía que ver Nabucodonosor y sus músicos paganos con la tranquila y trabajadora Danestone, ahora afanada en la última de sus cosechas? No lo sabía. Era tanto lo que ignoraba... Suspiró. Cuanto más viejo se hacía, más sorprendido e inseguro se sentía ante las cosas. Estaba preocupado por Daniel, este nieto de

gafas y buenos modales que caminaba a su lado. ¿Qué le pasaba? Se mostraba tan serio, tan encerrado en sí mismo, tan diferente del niño alegre y extrovertido del verano pasado, que junto a él se sentía como en presencia de un extraño. ¿Cómo podría llegar hasta él de nuevo? Todos los puentes que los unían parecían haber saltado por los aires. Luego le miró y vio que Dan sonreía.

«Bien, gracias a Dios —pensó—. A lo mejor le ha dado por meter un botón en la bolsa de las limosnas».

Las reflexiones de la señora Henchman eran de un carácter más práctico y terrenal. Se preguntaba si la

señora Thurgar se habría acordado de echar agua en los floreros del altar. Hasta las flores de la iglesia parecían ajarse con aquel calor de agosto. Y luego pensó en Henry otra vez. Le había preocupado toda la noche pasada. Ayer, cuando los dos chicos volvieron del río cubiertos de barro y empapados, les ordenó que se bañaran mientras metía su ropa en la lavadora. Luego buscó una camiseta, una chaqueta y unas medias que guardaba para la feria del instituto femenino, y unos vaqueros remendados que Nick usaba para subirse a los árboles. Le puso esparadrapo en la espinilla, y a secar, le hicieron sentirse

preocupada. Estaban tan remendados y recosidos que habría que tirarlos. «¡Pobre chico! ¡Pobre chico!» —pensó con tristeza—. «¡Si no se mostrara tan correcto y simpático, yo diría que está lastimosamente descuidado!»). Luego se preguntó qué estaría haciendo en Granthams un chico tan pobre y cómo habría llegado a hacerse amigo de sus dos nietos, tan mimados en La Granja. También ella se fijó ahora en Dan y le vio sonreír. Desvió rápidamente su mirada, sintiendo un gran amor por el chico, pero temiendo desconcertarle. Sabía que había acertado. Cuando subió los peldaños que conducían a la iglesia

de Danestone, se sintió serenamente a gusto consigo misma. Dan quería un amigo, y ella le había encontrado a Henry.

Pero Dan, que caminaba en silencio entre sus abuelos, sonreía por una razón completamente diferente. Se había quitado un gran peso de encima y se sentía tan inocente, ligero y libre como el milano que sobrevolaba el patio limpio de rastros.

Se despertó a medianoche en el cenador, miró hacia las estrellas, y de repente comprendió, con un inmenso alivio, que ya no había nadie en la maltería. Aquel salvaje muchacho se

habría marchado de Danestone como prometió hacer, y habría desaparecido de su vida. Y él, Dan, podría olvidar incluso que había existido, desembarazarse de las misteriosas preocupaciones del muchacho y de su propio e incómodo sentimiento de culpa. Con Henry a su lado podría iniciar de nuevo unas felices vacaciones.

Cuando pasaron junto al grupo de desgastadas lápidas de las tumbas de los Henchman, Dan examinó alegremente el cementerio de la iglesia.

Su mirada se cruzó con la de Jim Foulger, que caminaba por el sendero que concluía en la puerta del coro. Con

gran sorpresa, advirtió que Jim le hacía una horrible mueca.

Pero ¿qué es lo que había pasado?

Henry y él se encontraron con Jim la tarde anterior en el desembarcadero de Rushby. Tía Philippa los había llevado a los dos en coche para recoger a tío George y a los dos primos. Éstos descendían con su embarcación desde Danestone para que estuviera lista en la primera carrera de las regatas de Rushby, que se celebraría el lunes por la mañana. Tía Philippa se fue de compras al pueblo, y ellos vagaron por el prado que se extendía tras el desembarcadero y donde los gitanos se afanaban en los



preparativos de la feria anual. Se quedaron mirando lo que hacían, y Jim, que estaba allí, les presentó a los gitanos.

—¿Vas a estar mucho tiempo? —le preguntó a Dan.

—Un mes.

—¿Iremos a pescar a la esclusa?

—Sí... Sí..., me parece estupendo.

De repente, Dan se sintió emocionado con la amabilidad del chico, porque el verano pasado Jim era más amigo de Nick que de él.

Durante todo el tiempo, Jim no dejó de observar inquisitivamente a Henry. El examen de sus brillantes ojos, su

aplastada nariz, la camisa y los viejos vaqueros de Nick tuvieron que ser satisfactorios porque le incluyó inmediatamente en la invitación.

—¿Vendrás con nosotros?

—Me gustaría.

—Nos veremos entonces.

Y desapareció entre las abigarradas casetas.

—¿Por qué ahora Jim le había mirado con tanto odio? ¿Qué le había hecho?

Los tres entraron en la iglesia y se arrodillaron en el banco de los Henchman.

Dan, entreabriendo los dedos

mientras rezaba, vio entrar a Henry y a los Heseltine, y después se sentaron en el banco inmediato al suyo. Y su mente pasó de Jim y de su extraña conducta a las cosas aún más extrañas que había sabido de Henry.

El día anterior, cuando sus primos acabaron de asegurar el aparejo de la lancha, se reunieron con Henry y él en la feria. Anduvieron los cuatro juntos durante un rato. Después, Nigel y Henry se quedaron atrás para conseguir rajás de coco que repartían gratuitamente, y Simon y él siguieron curioseando.

—Como te has hecho tan amigo de Henry —le dijo Simon—, hay algo que

debes saber respecto a él.

—¿Y qué es lo que tengo que saber?

—Su padre se escapó con una artista de *cabaret*.

Dan tenía ideas muy confusas acerca de los *cabarets* y jamás había sospechado que tenían artistas. Pero entendió la desgracia de Henry.

—¿Quieres decir que abandonó a su madre?

—Claro. ¿Qué otra cosa podría significar?

Era una cuestión realmente patética, prosiguió Simon. La madre de Henry trabajaba con todas sus fuerzas para conseguir pagar el colegio de Henry. Y

como tenía que trabajar tanto, incluso los días festivos, Henry estaba solo cuando iba a casa.

Dan empezó a aclararse de algunas cosas.

—Entonces, por eso vive con vosotros —exclamó.

—Sí. Los padres de todos los compañeros se han puesto de acuerdo para que venga a nuestras casas. Está muy bien. A nadie le importa. Pero no todo va a resultar tan fácil.

—¿No? ¿Por qué?

—Mi padre dice que, aunque su madre consiga el dinero suficiente para que pueda seguir en Granthams, jamás

podrá enviarle a Winchester, a Marlborough o al tipo de escuelas al que hemos de ir el resto de los compañeros. Asegura que es imposible con lo que gana como bibliotecaria.

Dan se levantó del cojín, se sentó y se quedó mirando la nuca de Henry. Cada vez le gustaba más su nuevo amigo. Se preguntaba cómo podría mantenerse tan alegre a pesar de todos los problemas que se cernían sobre él.

En aquel momento el coro había llegado al presbiterio, y los fieles se habían puesto de pie.

—Cuando el malvado —afirmó el señor Micklethwaite con acento

resonante— se aparte de la maldad a la que se ha consagrado, y haga lo que es legítimo y justo, salvará su alma.

Dan estaba sumiéndose en su habitual ensoñación dominical cuando en la iglesia estalló de repente una grosería. La palabra procedía de la primera fila del coro. Había sido Jim.

—Amadísimos hermanos — prosiguió el señor Micklethwaite a toda prisa.

Y a lo largo del acto religioso, los fieles formularon sus respuestas y cantaron los himnos a voz en cuello, como si ésa fuera la única forma de borrar la terrible palabra que había

resonado en la iglesia.

Aquella tarde Henry y Dan, que paseaban por senderos polvorientos en las bicicletas de los primos, tropezaron con Jim que estaba sentado sobre una cerca. Dejaron de pedalear. Giraron y se detuvieron ante él.

—¿Por qué hiciste eso? —le preguntó Dan—. Todo el mundo se quedó de piedra.

Jim todavía parecía enfadado.

—Eso es precisamente lo que pretendía —ladró.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasó?

—Todo aquello del malvado, apartándose de su maldad y yendo a los



cielos..., todo es basura —gritó—. Y ya era hora de que lo supieran aquellos estúpidos que escuchaban.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó Dan, recordando el pasado de Jim.

—La policía. A las dos y media de la madrugada nos despertó a mi madre y a mí. Querían saber dónde había estado toda la noche. Se metieron en mi dormitorio y me registraron la ropa.

—Pero ¿por qué?

—Por un robo en la tienda de Mavericks.

—¿Mavers?

—En Thursby. Donde compramos

las chucherías.

Dan la recordaba. Era la tienda de la aldea de Thursby.

—Pero ¿por qué tú? —preguntó Henry.

—Porque hace dos años —le replicó hoscamente— me dedicaba a cazar con mi honda los faisanes del ayuntamiento, y los vendía.

—¿Dos años? ¡Pero entonces ya hace muchísimo tiempo!

—Yo también lo pienso —exclamó Jim con un nuevo estallido de cólera—. Por eso creo que no hay perdón de los pecados..., no aquí, en Danestone.



Y siguió contándoles que cada vez que alguien robaba una bicicleta o destrozaba una cabina telefónica o limpiaba el cepillo de los pobres, la policía le acosaba tratando de culparle del asunto. Y ya estaba cansado. Incluso habían sospechado que él robó la cubierta de plomo del tejado de la iglesia de Wainstead. No era justo. Desde aquel asunto de los faisanes había ido por el buen camino, pero de nada le había servido.

Para Henry y Dan todo lo que había contado Jim les parecía monstruoso. Pensaron que la policía, los jueces y, en general, las personas mayores deberían

comportarse como se les dice en el devocionario.

—Pero ¿qué robaron? —preguntó Dan—. ¿Fue mucho?

—Las ganancias semanales de la señora Mavers, eso es por lo menos lo que dice. La vieja estúpida las guardaba en un bote. Pero desde Wainstead a Rushby todo el mundo lo sabía.

Jim añadió que estaba seguro de que no había sido nadie del pueblo. Se trataba de algo que no tenía nada que ver con el valle de Waveney. Era demasiado profesional. Un pedazo de vidrio cortado a la altura del cerrojo con algo como un diamante y sostenido con una

ventosa para que no se cayera. Y una vez dentro, el ladrón no se había molestado en llevarse nada que no fuera dinero y dos botellas de gaseosa.

—¿Botellas de gaseosa? —preguntó Dan, que ya estaba sintiendo volver a su mente los antiguos temores.

De repente, Jim se echó a reír.

—Bueno, no fue muy lejos con las botellas.

Les explicó que, a falta de una alarma anti-robo o de una cerradura adecuada, la señora Mavers acostumbraba dejar abierta la trampa que conducía a la carbonera. Al entrar, el intruso no tropezó con la trampa;

pero al salir, se cayó al carbón y se le rompieron las dos botellas.

—Menudo susto tuvo que haberse llevado —hizo una mueca—. Eso es lo que cree la policía.

—¿Y por esa razón querían ver tu ropa? —preguntó Henry.

—Y para ver si tenía alguna magulladura.

—¿Así que ahora ya estás libre de toda sospecha? —preguntó Dan con ansiedad.

—Mejor es que sea así, porque yo no lo hice.

Saltó de la cerca al suelo. En cierta manera, el relato del robo le había

devuelto su alegría.

—¿Te han echado del coro? —le interrogó Dan.

Jim asintió.

—Además, ya era el momento —replicó—. Me estaba cambiando la voz en estos últimos tres meses. Chillaba como un cuervo.

—¿Y no se había dado cuenta nadie?

—Nadie. Sólo yo. Armamos tanto ruido en ese presbiterio que aquello parece un gallinero.

Tras Jim, prolongándose sobre la hierba, Dan distinguió un largo trecho del sendero de vuelta a Danestone, con sus olmos desnudos y secos alineados



como esqueléticos centinelas que protegieran las dieciséis hectáreas del señor Fenton. El granjero estaba lejos, recogiendo la última parte de su cosecha de trigo. Casi sin ser consciente de ello, percibió el temblor del aire cálido en la carretera, el ruido de la cosechadora y las moras marchitas, aún verdes, en el seto. Estas sensaciones permanecerían en su mente durante años, carentes de importancia en sí mismas y, sin embargo, vivas en el recuerdo del retorno de la amistad de Jim y de los extraordinarios acontecimientos que se sucedieron en aquellos abrasadores días de agosto.

—¿Os veré mañana por la mañana?

—les preguntó Jim de regreso a Danestone—. ¿En la exclusiva de Barlingom?

—Sí. Pero ¿por qué no vienes a buscarnos a casa de mis abuelos?

Jim se detuvo, dio la vuelta y negó con la cabeza.

—Eso es lo que solías hacer el verano pasado con Nick.

Jim sonrió turbado.

—No creo que a tus abuelos les encante verme después de lo que hice en la iglesia.

Dan le dejó marchar. Tenía razón. Sus abuelos se habían asombrado.

—¿Qué le ha entrado a ese chico?

—preguntó la abuela en el almuerzo.

—Algo muy sencillo, querida —replicó el abuelo—, el diablo.

—Pero Roland, tú no crees en el diablo.

—Ya no estoy seguro, Madge. Ya no estoy nada seguro. Cuanto más viejo me hago, más obras tuyas veo.

Dan se quedó contemplando a su amigo, que se dirigía hacia la casita de su madre.

—Entonces, poco después de las nueve —le gritó.

—Vamos a echar un vistazo a esa tienda de Thursby —le sugirió a Henry

cuando volvieron a montar en las bicicletas—. Puede que sigan allí la policía y los detectives.

—De acuerdo.

Dan tenía tanto en que pensar que rodaron en silencio mientras trataba de poner en orden sus pensamientos. Reflexionó sobre la terrible suerte de Jim, que tendría que continuar en Danestone con la horrible palabra que resonaba y volvía a resonar en la nave de la iglesia. Nadie la olvidaría. Le hostigarían durante años y años, quizá el resto de su vida. Y luego se preguntó si, al fin y al cabo, Jim no tenía razón y si en realidad a nadie se le perdonaba lo

que había hecho mal. Continuaría aferrado a su cuello como una lapa. Quizá por eso se había escondido en la maltería aquel salvaje muchacho. Habría hecho algo terrible, y nadie estaba dispuesto a perdonárselo. Nadie le permitiría que volviera a ser la persona que había sido antes. Y así tendría que seguir y seguir, quizá incluso hasta entrar en la tienda de Thursby y robar sus ganancias a la señora Mavers. Así eran las cosas. Una vez que se empezaba, ya nadie podía detenerse. La vida era así. Y, con un estremecimiento, pensó en Nick cuando cogió el coche nuevo de tío John y se estrelló contra

aquel camión. Bueno, a Nick ya no podían perseguirle. Estaba muerto.

—Llegáis tarde —les gritó Tom Catchpole cuando iban por el césped de Green—. Ya se han marchado todos.

Dan conocía a Tom de veranos anteriores. Era hijo de un agente de policía de Wainstead Bottom. Tenía nueve años.

—¿Tienen pistas? —preguntó Henry, que acababa de descubrir a Sherlock Holmes.

—Un montón de huellas dactilares —le replicó el hijo del policía.

Les explicó que el especialista en huellas había venido de Rushby, vestido

con su larga bata blanca, y había echado polvos negros por todos los sitios. Pero no habían averiguado qué huellas pertenecían a la señora Mavers y a sus clientes y cuáles al ladrón.

—No hay nada que ver —les gritó cuando bajaban con las bicicletas por la calle—. Ya es demasiado tarde. Tendríais que haber venido aquí esta mañana.

Pero estaba equivocado. Cuando llegaron a la tienda, había algo que ver.

EN LA SALA de Wellingborough todo el mundo se rascaba la cabeza. No había

un solo dato que indicara que alguien había visto al muchacho en las últimas catorce horas.

—¡Tiene que estar en alguna parte!  
—exclamó exasperado el inspector—. Ese bicho no puede haber borrado la *Suzuki* de la faz de la tierra.

—Tal vez, señor, se haya ocultado en casa de algún conocido —sugirió el sargento Lark—. ¿Y sus padres?

El inspector movió la cabeza con abatimiento.

—Se fueron a Plymouth —dijo— y nadie va a Plymouth pasando por Brockdish, en Norfolk.

—¿Plymouth? Señor, eso está muy



lejos de Northampton.

—Si mi hijo fuese Kevin Britton, yo me habría ido más lejos —bramó el inspector—. Habría emigrado a Alaska.

—¿Y sus amigos? ¿Qué hay de sus antiguos contactos con chicos del reformatorio?

—Ya he pensado en eso. Estamos en ello. Pero hasta ahora, nada.

—¿Cuánto dinero llevaba consigo? ¿Lo sabemos? —preguntó la agente Susan Feather.

—Creo que sólo unos peniques. Lo que consiguió en el cajón de Higham Ferrers.

—Bien, señor... He estado

pensando... Tiene que comer.

—¿Comer? Pues claro.

—Y..., y, señor, si no puede conseguir comida de algunos amigos, tendrá que comprarla..., o... robarla.

—¡Eso es! Bien pensado, sargento; pida por radio a todos los puestos de la zona que le detallen inmediatamente los robos en supermercados, bares, restaurantes, cafés, tiendas de comestibles..., todo lo que se le ocurra..., que se hayan producido en las últimas catorce horas.

HENRY veía muy bien de lejos.

Mientras rodaban hacia la tienda de Thursby leyó el rótulo pintado sobre la ventana: EMILY B. MAVERS: PRENSA Y ALMACÉN.

—Ese chico tenía razón —dijo volviéndose a Dan, sumido en sus ensoñaciones al tiempo que pedaleaba—. No hay nada que ver. Está todo cerrado. Pero hay un maravilloso titular en la portada del dominical de la comarca.

—¿Qué dice? —preguntó Dan sin interés.

—LA GRAN CAZA DEL MUCHACHO. Suena como si las chicas de aquí estuvieran escasas de chicos.

—¿La gran caza del muchacho? —  
repitió Dan, que de repente se sintió  
excitado e inquieto.

Era como oír el timbre del  
despertador antes de que hubiera  
llegado la hora.

Cuando se detuvieron ante la tienda,  
vieron que efectivamente no había nadie.  
Las ventanas de la casa contigua tenían  
las persianas echadas. Pensaron que la  
señora Mavers y su marido, disgustados  
por lo sucedido la noche anterior, habían  
decidido marcharse por unas horas. Sin  
embargo, habían dejado algo, algo que  
atrajo la atención de Dan como si fuera  
un imán. Era un pequeño montón de

periódicos sin vender sobre un cajón de naranjas vacío, vuelto del revés. Un ladrillo sujetaba la pila de periódicos, y a su lado había un bote para el dinero.

Dan se bajó de la bicicleta de su primo, la apoyó contra el escaparate de la tienda y se acercó a los periódicos para enterarse de cuanto decía la primera página.

Entonces, lanzó un grito.

Aquel muchacho salvaje había escapado de la maltería y estaba allí sobre el cajón de naranjas, en blanco y negro, mirándole retador desde la portada del dominical.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —

preguntó Henry.

Dan le miró aterrado, con la misma expresión que si hubiera visto a Drácula.

—¿Quedan ejemplares para ti y para mí, Dan?

Era el señor Micklethwaite.

—Sí, señor —replicó Henry—. Creo que quedan tres. ¿Quiere uno?

—Muchas gracias. Toma los diez peniques y déjalos en el bote.

Y el vicario se alejó camino de Wainstead Bottom, donde celebraría el servicio vespertino.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Henry—. Pareces muy

asustado.

—¿Tienes dinero? —fue todo lo que dijo Dan—. ¿Puedes comprarme un ejemplar?

—¿Qué? ¿Este periodicucho?

—Sí.

Dan parecía desesperado.

Henry se hurgó en los bolsillos y finalmente encontró una moneda de diez peniques pegada a un caramelo.

—Ahí tienes. Pero ¿para qué diablos quieres ese periódico?

—Te lo diré más tarde. No ahora —murmuró Dan metiéndose el dominical en el bolsillo y dirigiéndose tembloroso hacia donde habían dejado las

bicicletas.

Se fueron hacia el lugar más solitario y menos frecuentado que Dan conocía: el desembarcadero en ruinas de Wainstead Staithe. Nick y él lo descubrieron el pasado verano y después volvieron varias veces. Pedaleó con furia al llegar al paso a nivel y luego, cuesta abajo, entre las rodadas de un camino de carros. Dejo atrás el abandonado horno de ladrillos y desembocó en el desnudo marjal. La bicicleta de Nigel parecía un caballo asustado que corriera por una pista cubierta de baches.

—¡Dios mío! ¿Qué le sucederá? —



se preguntaba el sorprendido Henry mientras, tras él, botaba furiosamente en su sillín.

Al borde del agua, Dan se bajó de la bicicleta, se sentó en el embarcadero y sacó el periódico del bolsillo. Henry se sentó a su lado y aguardó.

—¡Qué horror! —exclamó Dan—.

¡Disparó contra un policía!

—¿Quién?

—Este muchacho, Kevin Britton — replicó señalándole la fotografía del dominical.

Por encima de su hombro, Henry examinó aquellos ojos llameantes y la línea enérgica de la mandíbula.

—Es terrible —comentó—. Pero ¿qué tiene que ver contigo todo eso?

—Anteayer estaba en la maltería, nuestra maltería.

—¿En aquel sitio fantasmal... junto a la represa?

Dan asintió.

—¿Estaba allí cuando pasamos camino del río?

Dan asintió de nuevo. Seguía sumido en el relato que, sobre el muchacho, hacía el periódico.

—Le están buscando por toda la comarca —dijo por fin—. Es peligroso. Lleva un arma.

Henry se apoderó del periódico y

leyó el artículo.

«A través de toda la comarca, la policía busca a un muchacho que ha escapado de un reformatorio. Se trata de Kevin Britton, tiene dieciséis años y mide 1,77 m. La última vez que fue visto llevaba una camisa gris, anorak azul marino y vaqueros. Tiene ojos azules y cabello castaño claro. Este muchacho es buscado por estar relacionado con una serie de robos y por haber atacado a un policía que pretendió detenerle.

Se cree que viaja en una *Suzuki* de 250 c. c, matrícula XYF 596 T, y que se encuentra en algún lugar del área Norfolk/Suffolk. Quienes puedan dar alguna información sobre este muchacho deberán ponerse inmediatamente en contacto con el puesto de policía más próximo o telefonar al 76011 de Wellingborough. No se acerquen al muchacho. ES PELIGROSO. LLEVA UN ARMA».

—¿Cómo sabes que estaba en la maltería? —preguntó Henry, levantando

la vista del periódico.

Dan le contó el lastimoso suceso.

—Pero ¿por qué no se lo dijiste inmediatamente a tu abuelo?

—¿Por qué iba a hacerlo? Yo pensé que se habría peleado con alguien..., y que simplemente huía. Huir... no es un delito.

Dan se sintió poco sincero.

—¿Un chico con un arma?

—Yo no vi que tuviera un arma. Él... seguramente la abandonaría.

—No lo sé. Todo me parece muy extraño. Aun sin el arma, comportándose de esa manera y con una cara como la de la foto... debiste suponer que había

hecho algo terrible.

—Pues en realidad no lo supuse —replicó Dan débilmente—. Además, yo..., en cierto modo le hice una promesa.

Y le explicó que su abuelo le había prohibido ir a la maltería y cómo proporcionó luego al muchacho algo que comer y una botella de leche. ¿No podía entender Henry que habían hecho una especie de pacto? Una vez que se concertaba, ya no era posible volverse atrás.

—Me parece que fuiste tú solo el que hizo el pacto —replicó secamente Henry—. ¿Qué te prometió a cambio?

—Que esta mañana ya no estaría en la maltería.

—¿Y se fue?

—Claro. ¿Por qué iba a quedarse?

Con toda la porquería de las ratas nadie se quedaría allí a pasar una noche si pudiera evitarlo... Además, me apuesto algo a que fue él quien robó en la tienda de los Mavericks.





—¿Y que después escapó a toda marcha con su moto?

—Eso es —contestó Dan, contemplando el brillo de las aguas del Waveney.

Henry le miró de soslayo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Dan había estado temiendo que le hiciera esa pregunta.

¿Qué iba a hacer?

Había sentido miedo de Kevin Britton cuando se encontró con él en lo alto de la escalera. Ahora le asustaba considerablemente saber lo que había hecho a un policía. El terror del muchacho... su miedo a ser

capturado..., y la expresión de la cara de Kevin cuando le llevó la comida, le habían impresionado. Kevin Britton era un ladrón y un rufián, pero por alguna razón que era incapaz de entender, Dan seguía pensando en Nick —y en Jim soltando aquella palabrota en la iglesia — y en todos los que, de Caín al Holandés Errante, habían sido sorprendidos tras haber hecho algo horrible.

—De nada serviría hacer algo — dijo obstinadamente—; a esta hora ya estará lejos de aquí.

—¿Dices eso porque tienes miedo de tu abuelo?

Dan enrojeció de irritación.

—Claro que no.

¿Era eso lo que verdaderamente pensaba Henry?

—Creo que debes decírselo — insistió Henry—, y que sea él quien decida si debes contárselo a la policía.

—Yo no lo creo —replicó Dan.

Sabía exactamente lo que haría su abuelo. Había sido juez años y años... hasta que se hizo demasiado viejo.

—¿De qué le va a servir a nadie saber qué pasó en la maltería la noche del viernes? —preguntó rabioso.

—Podría servir.

«Maldito Henry», pensó.

—Supongo que si yo no se lo digo, se lo dirás tú —añadió con propósito de ofenderle.

Ahora fue Henry el irritado.

—Es un secreto tuyo. No mío.

—¿Así que no se lo dirás?

—No.

Dan elevó su mirada sobre el río, fijándola en la orilla de Norfolk y sintiéndose profundamente desgraciado. ¿Miedo de su abuelo? Anhelaba agradar a Henry y le respetaba. Pero resultaba evidente que Henry le consideraba un cobarde: creía que tenía demasiado miedo para confesar que había estado en la maltería y había robado comida para

el muchacho. ¿Era cierto? ¿Tenía miedo? Mientras los dos permanecían callados, golpeando los pies contra el podrido desembarcadero, trató de reflexionar sobre sí mismo y llegó a la conclusión, en manera alguna más tranquilizadora, de que estaba comportándose como un cobarde. Siempre había sido un bobo, vulgar y dócil, mientras que Nick, con todas sus fechorías, era capaz de hacer reír a la gente. Nick siempre hacía las cosas con cuidado; sin embargo, él era un chapucero y así se había comportado con el chico de la maltería. Y los mayores no perdonan a los chapuceros. No perdonarían a alguien que había sido

siempre un chico tan obediente y que ahora había cometido semejante tontería.

—Desde luego tienes razón —dijo Henry rompiendo el silencio—; a estas horas estará lejos de aquí, pero...

Dan se fijó en su rostro simpático, pero sorprendido.

—¿Y Jim?

—¿Jim?

—Sus huellas dactilares tienen que estar en la tienda..., si compra allí chucherías.

—Sí, pero también estarán las de Kevin Britton.

—Es posible que en el reformatorio aprendiera a utilizar guantes.

Las oportunas deducciones de Henry pusieron más nervioso a Dan.

—¿Crees que pueden acusar a Jim de algo que no ha hecho?

—No lo sé. Es evidente que la policía no le ve con buenos ojos. Y me parece que lo mismo sucede en todo Danestone... al menos desde esta mañana.

Dan evocó por un momento un turbio mundo de personas mayores, en el que jueces y policías podían cometer los más espantosos errores.

—Bueno, si le acusan —dijo por fin—, le contaré a mi abuelo todo lo referente a Kevin Britton. Mi abuelo no

permitiría que nadie fuera injustamente castigado. Sé que no lo permitiría.

Entonces, ansiando el asentimiento de Henry, añadió:

—¿Te parece bien?

Henry le sonrió.

—Es mejor que nada —repuso.

CUANDO pasaron junto al viejo horno de ladrillos, de vuelta a la carretera de Danestone, Dan detuvo su bicicleta.

—¿Por qué te paras?

—Para librarme de esto —replicó.

Retorció el periódico. Luego lo apretó hasta darle la forma de una pelota



y lo introdujo por la boca de una madriguera.

Era magnífico pensar que todas las pruebas relativas a aquel horrible muchacho estaban ya bajo un metro de tierra.

## 5 *Lunes*

A LA MAÑANA siguiente, Dan se despertó en plena neblina veraniega. La pista de tenis, el jardín rocoso y los arriates de su abuela aparecieron como enfundados en lienzos a la espera de la limpieza de primavera. Miró al cielo encapotado y adivinó lo que sucedería: otro día sofocante. A las diez o las once ya no quedaría una nube, y esta niebla que ahora envolvía todo habría desaparecido convirtiéndose en un

horno que haría brotar del asfalto oleadas de calor. Permaneció tumbado en su catre de campaña, sonriendo satisfecho. Sería una jornada con el tiempo característico de Suffolk. Y le quedaban tres días para estar a solas con Henry. Sus primos, pobres idiotas, estarían el lunes, el martes y el miércoles navegando constantemente con su padre, aguas arriba y aguas abajo del Waveney, en las regatas de Rushby. Henry y él estarían libres para hacer lo que se les antojara. Hasta el recuerdo de Kevin Britton no podía empañar esta perspectiva porque ya se lo había confesado todo a Henry. Se sentía

curiosamente descargado y carente de responsabilidad por lo que había hecho. Además, Kevin Britton ya se había marchado. Todo el asunto había quedado liquidado, enterrado completamente en el agujero de la madriguera junto al horno de ladrillos de Wainstead. Allí podría quedarse para siempre o hasta que mamá coneja empezara a roer el periódico para acabar haciendo un nido.

Pero en este punto pronto se vería decepcionado.

Llegó a desayunar con media hora de retraso, y cuando pasó junto a su abuelo, distinguió, por encima del hombro de éste, la mirada desdeñosa de Kevin

Britton que le observaba desde la primera página de un periódico.

—Dan, lo siento —decía su abuela—, pero se me olvidan las cosas. Primero fue la leche y ahora el maíz tostado. Estaba segura de que compré otro paquete. Pero seguramente lo dejé en la tienda.

—No tiene importancia —se oyó murmurar, al tiempo que pensaba con una parte de su cerebro: «Se está haciendo muy vieja».

Pero con la otra parte calculaba ansiosamente el tiempo que tardaría su abuelo en llegar hasta el chico del reformatorio.

—Hazle otro huevo pasado por agua —dijo el abuelo sin levantar los ojos del periódico.

«Pero ¿cuánto tardará?», se decía Dan mientras se sentaba a la mesa y empezaba a atisbar nerviosamente las listas de nacimientos, matrimonios y defunciones de la última página.

Entonces advirtió la dirección de los ojos de su abuelo. Se había fijado en la fotografía del muchacho. Después leyó la información que se publicaba debajo.

—Bien, Madge —estalló de repente—. ¡Ésta es la obra del demonio! No es posible negarlo. Fíjate en esta miserable muestra de la humanidad.

La abuela de Dan se acercó, sosteniendo precariamente el huevo sobre la cuchara.

—Parece muy joven, querido —dijo.

—Este sinvergüenza aún no ha cumplido los diecisiete.

—Y tiene aspecto de ser muy inteligente. ¿Qué ha hecho?

—Disparó con una pistola a la cara de un policía.

Dan exhaló un suspiro de horror. El periódico que él había leído el domingo no lo había explicado con tanto detalle.

—¿Y le voló la cabeza? —preguntó con voz llena de pánico.

Su abuelo tomó de nuevo el

periódico y volvió a examinar el relato, con una mirada de perplejidad que le hizo fruncir el ceño. Mientras tanto Dan, al que el corazón le latía aceleradamente de terror, se preguntaba si había dado el pollo de su abuela a un asesino. Pero aquel muchacho no podía haber matado a un policía. El dominical lo habría dicho. La portada del dominical que estaba colocado en la tienda de los Mavericks habría vociferado «Caza de un asesino».

—El joven policía está herido y se ha retirado del servicio —dijo el abuelo alzando los ojos del periódico—. Pero no debe hallarse muy grave, porque ni



siquiera le han ingresado en un hospital.

—¡Qué extraño! ¿Verdad? — comentó la abuela mientras volvía con el huevo y la cuchara hasta la cacerola con agua hirviendo colocada en el fuego —. Cualquiera habría pensado que por lo menos le habría volado una oreja.

—Me pareces muy despreocupada, Madge —exclamó con irritación el abuelo—. Ese joven criminal ha disparado un arma de fuego contra un representante de la ley.

—No, no. No, querido, no lo soy — replicó con cierta angustia—. Es terrible lo que ha hecho. Pero..., pero sencillamente sólo trataba de averiguar

cómo había sido.

—Pero ¿por qué disparó?

—A lo mejor estaba asustado —se le escapó a Dan.

—¿Asustado? —estalló su abuelo—.

¿Y no crees que ese joven policía también estaría asustado?

Dan le miró sorprendido. Jamás pensó que un policía pudiera sentirse asustado. Parecían tan seguros de sí mismos con su uniforme, protegidos con el casco y la porra y todo el peso de la sociedad tras de ellos.

—Vosotros, los jóvenes, no lo entendéis —tronó el anciano—. La ley y el orden son sagrados. Sagrados. Sin ley

y sin orden, volveríamos a comportarnos como los hombres de las cavernas. Golpearíamos al vecino en la cabeza para apoderarnos de un simple pedazo de carne cruda. Y si la ley y el orden son sagrados, también lo son los policías. Ellos nos protegen del caos.

Dan disculpó su ira. Comprendió que su abuelo no se lo censuraba a él, sino a Nick. Su acaloramiento debió de hacerle olvidar que Nick estaba muerto.

—¿Y en dónde pasó todo eso? — preguntó la abuela desde la cocina.

—Cerca de donde vivía tu tía Lily. En Higham Ferrers.

—¿Tía Lily? Qué curioso. Bueno,

eso está muy lejos de aquí.

—Sí, pero piensan que ha venido en esta dirección.

—¿Cómo? ¿Hacia Danestone?

—No, no. No especialmente hacia Danestone. Creen que está en algún lugar de East Anglia.

—¿Y es un ladrón? ¿Escapado del reformatorio?

—Sí.

—Entonces creo que telefonaré a Philippa para que le diga a George que guarde toda esa plata.

AUNQUE el desayuno estuvo enturbiado

por la larga sombra de Kevin Britton y de sus delitos, el resto de aquel lunes de agosto fue puro júbilo. Un día maravilloso porque, ya avanzada la mañana, se produjo en Danestone un hecho tan sorprendente y maravilloso que todas las evocaciones de la maldad de este mundo desaparecieron tras su gloria. Sencillamente, éste fue el día del fuego en la carretera entre Danestone y Thursby.

Dan y Henry se habían alejado por el marjal para ir a pescar con Jim junto a la esclusa, en la orilla silenciosa y sombreada. Hacía tanto calor que no se movía nada, excepto las lombrices que

se retorcían en el herrumbroso bote de Jim. Ni un soplo de aire agitaba los árboles o el cañaveral, y el agua del río reflejaba el cielo tan inmutable como un espejo. Los tres se sentían envueltos en el silencio del pescador, un silencio tan intenso que Henry, totalmente ignorante de las cuestiones de pesca y ansiando conocerlas, retenía difícilmente su lengua. Sumiso, sostenía la caña de Nick y contemplaba el estúpido corcho que flotaba sin hacer nada, preguntándose cómo podrían divertirse Dan y Jim con tan aburrido deporte. Los miró de soslayo. Parecía como si un mago los hubiera encantado, congelando la sangre

en sus venas.

Por fin, un vientecillo que venía río abajo, rizó la superficie del agua, los tres corchos empezaron a agitarse y se quebró el encanto.

Jim soltó ruidosamente más hilo y luego lo recogió.

—Picarán en un minuto, ya veréis — dijo para animarlos.

—Pero no entiendo por qué tenéis tanto interés en pescar un pez —comentó Henry—, si los peces de aquí tienen un sabor a cieno que no hay quien se los coma.

—Es sólo para entretenernos — repuso Dan.

—Pero pueden servir de cebo —  
replicó Jim con acento burlón.

—¿Cebo? ¿Cebo para qué?

—Los esturiones de allá —y volvió  
la cabeza corriente arriba.

Le explicó que los esturiones valían un montón de dinero si uno se tomaba la molestia de llevar el ejemplar capturado valle adelante hasta llegar al restaurante de Brockdish. El cocinero haría con ellos una comida francesa y la gente elegante venía de muy lejos para comerse aquello.

—A mí me dieron una libra por el último que pesqué —dijo haciendo una mueca—. Y es completamente legal,



tengo una licencia.

El silencio volvió a descender sobre ellos cuando la brisa se alejó corriente abajo, devolviendo al río su serenidad. Pero el encanto estaba roto. Henry suspiró aliviado. Se sintió en libertad de apartar sus ojos del corcho y permitir que su mirada vagara por los alrededores. El río. Los cañaverales. El cielo. Las verdes aguas del fondo. Y los escondrijos de las ratas en la orilla. Realmente agradable y, de una forma un tanto curiosa, aún podría serlo más si pescaban un esturión, ganándose un dinero en estas soledades, en vez de patear las calles de Ealing recogiendo

papel como había hecho el pasado invierno todos los días festivos. En este marjal un chico podría hacer lo que se le antojara. Ser su propio amo. Pero es igual, se dijo mientras que el silencio se prolongaba y los corchos continuaban inmóviles en las aguas quietas, también aquí había que esperar mucho tiempo a que pasara algo.

Luego volvió la cabeza y miró hacia las tierras bajas y verdes por donde habían venido hasta percibir el achaparrado perfil de Danestone, los tejados de las casas y la torre redonda y extraña de la iglesia de piedra alzada sobre un montículo hacia un extremo.

Pero algo en el cielo que se cernía sobre la aldea llamó su atención. En la bóveda azul de agosto se distinguía una tenue humareda gris que por su parte inferior pronto cobró un intenso color pardo.

—¡Creo que hay fuego! —exclamó excitado, señalando hacia Danestone.

Dan se volvió.

—Sí —dijo—, es un incendio.

Jim desvió su atención del hilo, miró a su alrededor y luego volvió a lo que le ocupaba.

—Están quemando rastrojos. Eso es todo.

—¿Por qué? —preguntó Henry sin apartar los ojos de la mancha en el cielo

—. ¿Por qué queman los rastrojos?

—Para matar los bichos, supongo —aventuró Dan—, o para limpiar los campos. Ya sabes que las cosechadoras dejan el rastrojo muy alto. Lo hacen todos los años.

Y se volvió, como Jim, a la pesca. Para aquellos dos el asunto estaba concluido.

Pero no para Henry. Henry siguió en pie, de espaldas al río, sosteniendo la caña de Nick, concentrado en la columna de humo que se alzaba sobre la aldea. Siempre le había obsesionado el fuego, tanto si era de una vela como de una hoguera o de una casa en llamas. El

fuego le poseía y le hacía sentirse como un rey. Dentro de él, las llamas desencadenaban algo que sentía salvaje, valiente y maravilloso. Mientras miraba, una ligera brisa empezó a agitar las hojas del sauce sobre su cabeza. Allá en Danestone un viento más fuerte alzó en vedijas el humo del fuego hasta el cenit. Se volvió para mirar a los dos chicos en cuclillas junto a la orilla, todavía concentrados en la pesca, y anheló cruzar el marjal. Tanto si solamente estaban quemando rastrojos como si se trataba de un incendio, le hubiera gustado llegar tan cerca del fuego como le fuera posible. Cuando se volvió a

mirar entre los troncos de los sauces, vio que las llamas ascendían ya hacia lo alto.

—¡Mirad! —gritó—. Eso no puede ser sólo fuego de rastrojos.

Los otros se volvieron, se pusieron en pie y miraron con él.

—¡Demonio! —exclamó Dan.

—Indudablemente se trata de un verdadero incendio —reconoció Jim con una generosa mueca.

En aquel momento, el silencio se quebró con el acelerado tañer de una campana, tenue al principio. Luego desapareció y por fin el sonido se hizo más intenso.

—¡Es un fuego de verdad! —gritó Dan, nervioso—. Ése es el coche de los bomberos de Rushby.

—Vamos —exclamó Jim, recogiendo hilo—. Vamos.

Y echó a correr entre los árboles y por el marjal, enarbolando ante sí la caña como si fuera una lanza. Al comienzo de la mañana, como tres pescadores veteranos, habían caminado por el sendero que conducía desde la aldea a la esclusa de Barlingham; pero aquel sendero, a la manera típica de Suffolk, bordeaba tres costados de un prado para evitar los cenagales del invierno. Jim, tan excitado como Henry,

no tenía tiempo para dar semejante rodeo. Dan y Henry siguieron tras de él, saltando de matojo en matojo y tropezando en los profundos baches, en donde con tiempo húmedo se hundían las vacas en el barro cuando pastaban en ese prado.

—Es muy difícil —dijo Dan jadeante tras haber caído al suelo y haberse levantado rápidamente.

—Mira por dónde vas —le gritó Jim sin detenerse.

—No puedo —murmuró Dan.

En sus mejores momentos el suelo que se extendía a sus pies siempre aparecía turbio, y ahora tenía polvo y



hierbas en los cristales de las gafas.

—Dame la mano —le dijo Henry, asiéndosela firmemente—. Te ayudaré a saltar al otro lado de la cerca. Parece más llano en el otro lado.

Corrían ciegamente, llamados por el fuego, tan frenéticamente como una horda de animales salvajes atraídos por un lamedero. Ya estaban cerca de la aldea; podían ver los frijoles ceñidos alrededor de palos alzados en los huertos y, puesta a secar, la ropa interior de la familia Mobbs. Mejor aún, el olor del incendio penetraba ya en sus narices.

Se detuvieron por fin para recobrar el aliento junto a los seis barrotes de la

puerta del señor Fenton.

—¡Oíd! —dijo Henry, aguzando el oído—. ¿Podéis oírlo?

Los tres se quedaron en silencio, y por encima del cacareo de las gallinas, los gritos de un hombre en la calle de la aldea y el creciente clamor del coche de bomberos, les llegó el lejano, pero inconfundible, rugido de las llamas.

—¡Dios mío! —exclamó Dan, rebosante de un placentero espanto.

—¡Esto es magnífico! —exclamó Jim—. El fuego está en la carretera de Thursby. Puede que esté ardiendo el puesto de policía.

Luego treparon por la verja y

corrieron por el sendero de Fenton hasta la calle de la aldea.

Danestone estaba desierta. A mediodía y en plenas vacaciones de verano no había un solo chico a la vista. Incluso había desaparecido el labrador negro del bar «El alegre barquero», que siempre estaba dormido a la puerta.

—¿Adónde han ido todos? —gritó Dan, sin dejar de correr calle arriba.

—Al incendio —replicó la señora Mobbs, que apareció de repente a la puerta de su tienda—. Llegáis tarde.

Parecía un improprio. Los tres la dejaron atrás, pero Dan se detuvo y dio media vuelta.

—¿Le importaría guardarnos las cañas de pescar, señora Mobbs? —le preguntó jadeante.

—Ponedlas entre las escobas —les dijo, accediendo.

Henry y él las colocaron en el exterior de la tienda, entre los enseres domésticos, y Jim, que había vuelto la cabeza, se detuvo, corrió hacia donde estaban ellos e hizo otro tanto.

—Vamos —gritó impaciente a los otros mientras reanudaba su carrera.

—Jim, estúpido, no metas en líos a esos dos —le gritó la señora Mobbs.

—Claro que no —le respondió también a gritos.

—No hay «claro que no» contigo, Jim Foulger —atronó en la calle silenciosa.

El insulto cayó en oídos sordos, porque a los tres chicos sólo les importaba el fuego. Cuando Henry advirtió que el humo llenaba la mitad del cielo, su cara se iluminó con una ancha sonrisa. Era el fuego más grande y más maravilloso que hubiera soñado nunca. Llegaban tarde, pensó Dan que se quedaba retrasado. Seguramente que se perderían lo mejor. «Arde, arde, arde», impetró Jim con la fiereza de un profeta del Antiguo Testamento. «Quémalo todo». Era el justo castigo a la aldea que

le había traído la desgracia. Aún no podían ver las llamas porque el campo incendiado se extendía por el extremo de la cuesta arriba, oculto a las miradas desde la calle de Danestone por la pequeña elevación sobre la que se alzaban la iglesia, la vicaría y el puesto de policía. Pero el rugido del fuego se percibía ahora salvaje, peligroso y muy próximo. Notaban el aire caliente en los rostros. Dan observó por un segundo los remolinos de humo que se alzaban sobre el borde del montículo y sintió algo suave y ligero en la mejilla; y luego una y otra vez hasta que una capa gris y frágil se posó sobre sus gafas.

—¡Es ceniza! —le gritó a Henry—. Como plumas. Está cayendo sobre nosotros.

—Por el camino de la iglesia —les dijo a voces Jim al tiempo que se desviaba hacia la izquierda y desaparecía tras el alto seto.

En el camino de la iglesia reinaba un pandemónium. El coche de los bomberos de Rushby se había quedado atascado entre el autobús de Danestone a Tushby y el escalón que bordeaba el camino. Los bomberos y el conductor del autobús estaban insultándose.

—El autobús está averiado —les explicó Jim cuando se reunieron con él

—. No pueden ponerlo en marcha.

Henry sonreía contento. Sin las mangueras, el incendio tendría momentos maravillosos. Además, entre el autobús y el coche de los bomberos, había logrado distinguir por fin las llamas al final del camino.

—Vamos —gritó—. Si saltamos la cerca, quizá podamos seguir por algún campo.

—Por el cementerio —dijo Dan.

—Claro —añadió Jim, pasando a la acción.

Entre las tumbas, Dan se topó con su tía Philippa, que llevaba un cubo en la mano.



—El tejado de la iglesia —gimió—.

El tejado de la iglesia. Tenemos que salvar el tejado.

Corría hacia el grifo en donde los visitantes llenaban las vasijas de las tumbas.

Dan maldijo su mala suerte. Aquí llegaba un deber que se enfrentaba con un placer. Pero luego distinguió al vicario que se había puesto botas de goma y que traía una olla de su mujer. Tras él, empujando una carretilla con dos regaderas, llegaba el sepulturero.

—Ya los he llamado, señora Heseltine —gritó el vicario a tía Philippa—. Les he dicho lo del autobús.

Van a enviarnos más coches de bomberos por la carretera de arriba. De Rushby. De Bungay. De Loddon. Incluso han avisado a Lowestoft.

Dan suspiró aliviado. No era necesario que se detuviera. Había adultos y ayuda suficientes. Podía deslizarse rápidamente y reunirse con los otros dos. Henry, en el extremo del cementerio, oyó también al vicario, y su corazón rebosó de alegría. ¡Tres coches de bomberos y quizá más! Seguro que le esperaba algo estupendo. Luego remontó el alto muro de ladrillo junto a las tumbas más antiguas, con Jim a su lado. Entonces, los chicos y las chicas de

Danestone, que se agolpaban sobre el montón de estiércol al otro lado del camino de la iglesia, lanzaron un tremendo grito.

—¡Ha prendido! —gritó un chico.

—¡Está ardiendo! —gritó otro.

—Prenderá fuego a todo lo demás —chilló una chica.

Henry y Jim, ya a horcajadas sobre el muro, miraron hacia abajo con júbilo y sorpresa. Las dieciséis hectáreas de campo del señor Fenton aparecían ahora desnudas y ennegrecidas de un extremo al otro. De las líneas de los rastrojos se elevaban aún llamitas. La devastación había sido enorme. Pero lo que quedaba

más cerca resultaba aún mejor. A menos de cien metros del seto, al otro lado de la carretera de Thursby, una muralla de llamas rugía y crepitaba mientras que a la derecha de los chicos, a menos de veinte metros, el flaco esqueleto de un olmo seco brillaba como una enorme antorcha.

—Magnífico —gritó Henry, aunque Jim se hallaba sólo a treinta centímetros de él—. Cuando las llamas lleguen al extremo de las ramas, el fuego pasará al otro olmo.

—Y con un poco de viento —gritó también Jim—, las llamas saltarán la carretera y prenderán también en este

lado.

La idea de la carretera de Thursby tendida entre un mar de llamas los llenó de pavor. Un poco de viento, apenas una leve brisa, bastaría. Henry miró más allá del ennegrecido campo y dio un respingo de sorpresa porque, tras el seto que lo cerraba, las líneas de rastrojos quemados cobraban más brillo y el fuego renacía por todas partes. Ya estaba ahí la brisa. Sentado allí en lo alto del muro, contemplando los tizones que tornaban a la vida y el humo que se les acercaba, empezó a sentirse incómodo. Era terrible saber que, con sólo desearlo, uno podía lograr que

sucediera algo.

—¿Dónde está Dan? —preguntó para alejar su preocupación.

Miraron hacia abajo, al otro lado del largo cementerio. Un grupo de personas se habían reunido en torno a una escalera apoyada en el muro de la iglesia, y la señora Heseltine volvía del grifo, agobiada por el peso del cubo.

—No lo sé —dijo Jim, volviéndose a mirar el olmo en llamas—. Siempre se queda atrás.

Pobre Dan, no había podido escapar como esperaba. El vicario, con la olla en la mano, se había vuelto hacia él para solicitar su inmediata ayuda.

—Dan, eres precisamente la persona que necesito.

—¿Yo? —Dan no podía dar crédito a sus oídos.

Y tampoco quería creerlo. Deseaba irse tras Henry.

—¿Puedes subir por la escalera? ¿Podrás llegar hasta el tejado?

Y el señor Micklethwaite señaló la cubierta de la nave.

—Sí..., sí..., creo que puedo.

Miró hacia el tejado y, por encima, al aire cargado de las pavesas que llegaban del incendio. En cualquier otro momento le hubiera entusiasmado la idea de subir a lo alto de la iglesia.

—Bien, quiero que subas ahora mismo con mi jeringa de los rosales.

Dan le miró, sorprendido.

—¿Su jeringa de los rosales?

—Es lo mejor que tenemos. Te enviaremos el agua..., y todo lo que tendrás que hacer es acercarte donde veas una chispa y lanzar un chorro de agua. Es..., es sólo hasta que lleguen los coches de los bomberos.





Dan miró ansiosamente, lejos del vicario, a sus dos amigos sentados sobre el muro. Más lejos aún, al cielo cárdeno, que se iluminaba a intervalos... Pero le habían cogido. Cogido sin esperanza de escapar. No había nada que hacer.

Le acuciaron a que fuera hacia la escalera y le entregaron la jeringa. La llenó en el cubo de tía Philippa y, al tratar de probarla, torpemente lanzó el chorro de agua contra su pecho. Luego, tras haber comprendido su manejo, volvió a cargarla y subió por la escalera.

El tejado resultaba más divertido de

lo que había imaginado, porque desde allí podía distinguir hasta la carretera de Thursby y contemplar toda la extensión del fuego. Vio el vasto campo humeante y el olmo ardiendo como un enorme candelabro, no lejos de donde se encontraban Henry y Jim, pero también podía contemplar la linde de la carretera donde tres olmos próximos estaban envueltos en rugientes llamas. Sin embargo, no tenía tiempo para quedarse contemplando. Las pavesas caían a su alrededor como una nevada gris, y sentía el calor en la cara y en las manos. A toda prisa accionó la jeringa por los puntos cercanos a él, y luego descendió

hasta el alero por más agua.

—¿Humea algo? —le gritó el vicario.

—Por lo que he visto, no —le replicó—, pero las pavesas están calientes.

Habían llegado al cementerio otras personas mayores: el señor Mobbs, el señor Fenton, la señora Micklethwaite y el jardinero de los Heseltine. Y luego, cuando trepó hacia el tejado, distinguió a sus abuelos —ya habían regresado de Norwich—, que entraban por la puerta que se utilizaba para los entierros. Se alegró de que hubieran vuelto. Se sentía mejor con ellos allí. Desde lo alto del

tejado miró hacia su pie derecho y vio que por aquel lado la cubierta empezaba a humear. Lanzó el agua y se sintió presa del pánico porque el humo proseguía. Aquella jeringa de los rosales no servía para nada. Hacía falta un cubo. Muchos cubos de agua.

—Por el otro lado está humeando, señor Micklethwaite —le gritó—. Hace falta mucha más agua.

Mientras tanto Henry, preocupado por Dan y a horcajadas sobre un muro que, según él, estaba demasiado caliente, se había tirado al cementerio y corría hacia la iglesia. Y Jim, intrigado por lo que pasaba entre las personas

mayores, le pisaba los talones. Ambos llegaron al pie de la escalera cuando Dan gritó pidiendo ayuda.

—Déjeme subir, señor —dijo Henry, volviéndose hacia el vicario—, me van bien las alturas.

Y sin aguardar la respuesta, le quitó la regadera al sepulturero y ascendió por la escalera.

—Yo también —masculló Jim.

—Claro, claro —murmuró el señor Micklethwaite en el apresuramiento de aquellos instantes. Luego, al advertir que su blasfemo ex miembro del coro era quien tan virilmente llevaba sobre un hombro la olla hasta las alturas, se

sonrió aviesamente. Indudablemente eran inescrutables los designios del Todopoderoso para redimir a un pecador.

—Aquí, aquí —gritó Dan, señalando una parte del cañizo de donde brotaba humo.

—Eso no es humo, borrico —dijo Henry—. Es..., es vapor.

Pero, a pesar de todo, derramó allí toda el agua del cubo. Luego miró a su alrededor en busca de otro lugar en apuros.

—Echadme una mano, no puedo con este trasto —les gritó Jim desde lo alto de la escalera.

Indudablemente, la olla no tenía la forma más indicada para llevarla mientras uno trataba de subir al tejado.

Dan se deslizó por el tejado para ayudarle.

—Por aquí, junto a la torre —les dijo Henry mientras que con los brazos y las piernas extendidos se apresuraba a apagar el fuego prendido por una chispa.

Allá abajo, en el cementerio, los feligreses adultos de la parroquia de San Félix, en Danestone, habían formado una cadena humana. Tía Philippa llenaba los cubos y las regaderas en el grifo y se los pasaba al coronel Henschman, y éste al sepulturero. El sepulturero al señor



Fenton, y así sucesivamente, hasta llegar al vicario, que se había situado hacia la mitad de la escalera. Sólo la abuela de Dan permanecía ociosa. Observaba cómo su nieto saltaba y se deslizaba por el tejado bajo la lluvia de pavesas; estaba muy preocupada y se retorció las manos. No podía soportarlo. Había perdido ya un nieto.

—Los chicos no están seguros ahí — murmuró a su marido—. No están seguros.

El coronel Henschman la miró sorprendido. Después contempló por un momento a los tres chicos, que saltaban y reían mientras arrojaban agua sobre el

cañizo de la iglesia.

—Tonterías, Madge. Los chicos están disfrutando.

Luego, como ella aún parecía angustiada, añadió:

—Mira, si el tejado se pone demasiado caliente, lo único que tendrán que hacer es tirarse al suelo. Lo peor que les puede pasar es que se den un golpe en el trasero.

Por mucho que le preocupara salvar su iglesia, el eventual peligro que corrían los chicos había penetrado también en el cerebro del señor Micklethwaite.

—Bajad, si creéis que no estáis

seguros —le dijo a Henry mientras le entregaba el cubo del carbón de su mujer, lleno de agua ennegrecida.

—Aquí va todo bien, señor. Al menos por el momento. Estamos empapando todo.

Pero había hablado demasiado pronto.

—Aprisa, aprisa —le gritó Jim, entregándole un cubo vacío y deslizándose por la juntura entre el tejado de la nave y las tejas rojas que cubrían el presbiterio.

—Está ardiendo por encima de la cruz.

La cruz pintada del presbiterio era el

orgullo de la parroquia.

Recurriendo a lo primero que encontró, trató de ahogar las llamas con su vieja chaqueta de pescar. Luego Henry y Dan llegaron con el cubo de agua.

—Bueno, espero que con esto baste —masculló Jim, mientras que el vapor siseaba con fuerza entre ellos.

—Voy a correr la escalera —dijo el vicario— para acercarla a donde estáis.

En aquel momento todo sucedió al mismo tiempo. La señora Micklethwaite, que había corrido hacia la iglesia al recordar, tardíamente, que en la sacristía estaban colgados dos cubos para

incendios, salió gritando.

—Jasper, Jasper, el yeso del techo se está combando y gotea agua en el púlpito.

—¿Agua? —ladró el vicario—. Hay peores cosas que el agua.

El agua era su salvación..., si es que había salvación.

Y por fin llegaron, precedidos por el repiqueteo de sus campanillas, los coches de bomberos que venían de Bungay por la carretera de arriba. Al mismo tiempo, los bomberos de Rushby conseguían librarse del atasco provocado por el autobús averiado. Abrieron una boca de riego en lo alto

del camino de la iglesia y extendieron las mangueras entre las tumbas.

Desde lo alto del tejado, Dan contempló absorto cómo el agua hinchaba las mangueras. Desoyó las voces que le ordenaban bajar y, de repente, sintió que el tejado empezaba lentamente a ceder bajo sus pies. Lanzó un grito de sorpresa y trató de sujetarse en el chamuscado cañizo, pero ya era demasiado tarde. Cayó de pie atravesando primero el tejado y luego el techo de la nave, aterrizó en el púlpito envuelto en una nube de yeso.

—Dan, Dan —gritó su abuela, precipitándose a la iglesia y corriendo

por la nave—. Dan, querido, ¿estás bien?

Dan no se hallaba completamente seguro de su estado. Se sentía conmocionado e irritado, pensando —en la medida en que era capaz— que los tejados no deberían comportarse de una forma tan imprevisible. Pero era incapaz de imaginar en dónde se hallaba o lo que estaba haciendo. No podía ver absolutamente nada. El yeso húmedo le tapaba los cristales de las gafas. Tanteó a su alrededor con las manos arañadas y descubrió que se hallaba de pie en una caja muy grande y muy alta.

—¿En dónde estoy? —gruñó.

Tenía la garganta reseca a causa del polvo del cañizo chamuscado y del yeso.

—Todo va bien, querido. Estás en el púlpito. Voy a buscarte.

Y en aquel momento percibió el aroma de lavanda. Alguien le quitó sus empañadas gafas, haciendo ruiditos como una gallina rodeada de sus polluelos.

Dan vio a su abuela que le limpiaba las gafas con un pañuelo, luego descubrió el revoltijo que había a su alrededor y, finalmente, miró hacia el techo.

—¡Dios mío! —exclamó



horrorizado. Por el enorme agujero del techo podía ver el cielo.

—¡Fíjate lo que he hecho! Se enfadarán muchísimo.

—No creo que se enfaden, querido —replicó su abuela—. Hiciste lo que pudiste.

Salieron del púlpito en el momento oportuno, porque cuando Dan caminaba por la nave un tanto aturdido, al lado de su abuela, un chorro de agua de las mangueras de los bomberos de Rushby cayó por el agujero del techo y empapó el lugar en donde él había estado.

—¿Estás bien, Dan? —preguntó Henry, que había pasado corriendo a la

iglesia.

Luego, cuando comprobó que su amigo estaba bien y podía andar, añadió:

—Ven enseguida. Los bomberos de Bungay llevan máscaras. Y ha sucedido algo extraordinario. ¡Está ardiendo la carretera!

Dan, que ya se había puesto las gafas, echó a correr detrás de Henry, olvidándose de su abuela, del techo humeante y del agujero.

—¿Está bien el chico? —gritó su abuelo desde el otro extremo del cementerio.

Pero tan prometedora era la

perspectiva de los olmos ardiendo al otro lado del muro de ladrillo, y el pensamiento de la carretera en llamas, que se preguntó distraídamente a quién podría referirse su abuelo.

—¿Dónde está Jim? —preguntó.

—En lo alto del muro —replicó Henry—. ¿No puedes verle?

Y efectivamente allí estaban sus hombros familiares, encogidos y oscuros contra el fondo de las llamas.

Pero una vez que subió al muro, Dan no podía soportar el calor. Aquello era como estar en un horno. Pero distinguió a los bomberos enmascarados corriendo con las mangueras, fantasmales y sin

rostros como los hombres espaciales de la televisión; vio cómo el asfalto crujía, formaba burbujas y se cubría de llamas azuladas; oyó el frenético repiqueteo de las campanillas de los coches de bomberos que llegaban de Loddon y de Rushby. Y luego, feliz pero derrotado, se tiró al cementerio desde el muro y, de repente, se sintió mal.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Henry desde arriba.

—Sí. Sí. Completamente bien —sonrió aún pálido—. Fue sólo el calor.

«Podía haber sido peor», pensó con alivio. Una mata de ortigas había servido para ocultar discretamente el

desayuno ingerido tanto tiempo antes.

—Hace demasiado calor para mí —  
reconoció Henry.

—Iremos al huerto del señor Fenton  
—dijo Jim, volviendo la cabeza hacia la  
carretera de Thursby—; desde allí lo  
podremos ver todo un poco más lejos.

En consecuencia, los tres saltaron la  
alambrada que separaba el cementerio  
de la huerta, en donde se alineaban las  
lombardas, y contemplaron desde lejos  
la batalla. Vieron los chorros de agua  
caer sobre los olmos en llamas y  
reducirlos a horcas ennegrecidas; vieron  
convertirse en húmeda escoria la mágica  
carretera. Contemplaron el chisporroteo,

el humear, el hedor y la muerte de la belleza.

—Pero no ha llegado al puesto de policía —gruñó Jim cuando iniciaron el camino de vuelta.

—Ni a la vicaría —añadió Dan.

—Y parece que el tejado de la iglesia ya no corre peligro —observó Henry.

La tripulación del primer coche de bomberos de Rushby había bajado del tejado y enrollaba ya las mangueras.

Dan suspiró. Se sentía feliz.

—Fue muy divertido —sonrió.

—Cuando se enteren Peter y Nigel rabiarán por habérselo perdido —

añadió sonriente Henry.

—Rabiarán de verdad —reconoció Dan alegremente.

Cuando bajaban por la calle de Danestone para recoger sus cañas, los adelantaron dos coches de la policía que patrullaban lentamente por la aldea.

—Llegan un poco tarde —dijo Henry desdeñosamente.

—¿Por qué? —inquirió Dan—. La policía no apaga fuegos.

—Pero trata de averiguar quién los provoca —añadió Jim con tono de reproche.

—Pero nadie ha provocado este fuego, ¿verdad? —exclamó Henry—. Ha

sido casual.

—Mi tío Ed... trabaja de bracero con el señor Fenton. Habrá sido él quien prendió los rastrojos.

—¿Y tendrá problemas?

—Pues claro que sí —repuso Jim hoscamente—, es muy probable que le metan en chirona.

Más tarde los dos amigos le contemplaron mientras bajaba con su caña en la mano por el camino hacia la casita de su madre, seguro y retador una vez más. Comprendieron que, al menos para Jim, el júbilo del día había concluido.

Pero cuando regresaron a la casa de



Dan, descubrieron que, desde luego, para ellos no había terminado.

—Bien hecho —les dijo el abuelo de Dan—. Habéis salvado el tejado de la iglesia.

—Todos nos sentimos muy orgullosos de vosotros —observó su abuela.

Y añadió, riéndose:

—Pero, Dios mío, parecéis deshollinadores y oléis también como si lo fuerais. Id a bañaros.

Dan miró turbado a Henry. Su abuela experimentaba una pasión avasalladora por los baños. Esperaba que Henry no pensara que era demasiado rara.

—¿Sintió mucho el vicario lo del agujero? —le gritó mientras subía las escaleras.

—Pues claro que no —le contestó desde la cocina—. Esta tarde pondrán una lona.

En realidad, lejos de estar enfadado, el vicario llamó a la hora del té y preguntó si Dan y Henry querían acompañarle a la feria de Rushby el martes por la noche. Era la excursión que todos los años hacían los chicos del coro.

—¿Va a ir también Jim? —preguntó Dan.

—Dan pregunta si va también Jim

Foulger —dijo su abuela al teléfono—. ¿Que sí? Bien. Sé que les encantará ir. Gracias, Jasper. ¿En la vicaría a las ocho? Allí estarán.

—¡Dos visitas a la feria! —exclamó Dan, abrumado por la súbita extravagancia de las personas mayores.

—Claro —dijo su abuela sonriendo maliciosamente. Iremos también el miércoles. No podemos perdernos los fuegos artificiales.

# 6 *Martes*

EL GRAN FUEGO de los rastrojos constituyó un acontecimiento tan grandioso y magnífico que hizo olvidar el pasado y dio un nuevo carácter al futuro. Fue como la batalla de Hastings en 1066. Las personas que hasta el día anterior habían sido importantes quedaron sumidas en el olvido. Kevin Britton fue totalmente olvidado. La Historia se lo había tragado. Incluso, Simon y Nigel habían quedado

reducidos a la categoría de simples sajones, como los derrotados de aquella batalla. Aquellos dos —pobres idiotas— contemplaron el fuego a más de cinco kilómetros, espectadores cautivos, sorprendidos por una calma chicha durante la regata y en el medio del Waveney. Maldijeron amargamente su mala suerte. Sin un soplo de brisa para sus velas no pudieron abandonar la carrera y navegar río arriba, ni llegar hasta la orilla y correr a campo traviesa. Una vez en casa, y tras conocer la hazaña de Dan y de Henry y el amable premio del vicario, dieron rienda suelta a su furia.

—¡Eso no es justo! —bramaba Nigel

—. Si hubiéramos estado allí, habríamos hecho lo mismo.

—Tiene razón —le respaldó Simon

—. Eso de subir al tejado de la iglesia carece de importancia. Cualquier estúpido podría haberlo hecho si hubiera estado allí.

Su padre trató de calmarlos. Les prometió que se encargaría de llevarlos a la feria el martes por la noche porque, seguramente, no querrían ir con toda la caterva de los chicos del coro de Danestone. Se divertirían más por su cuenta.

Pero no era lo mismo, y los dos lo

sabían. Aquel pequeño estúpido de Dan se les había adelantado y se había llevado a Henry.

El fuego de los rastrojos no sólo hizo olvidar el pasado, sino que además aceleró el futuro. Cualquier gran acontecimiento hace que los participantes se sientan unidos; y cuanto menos son, más fuertes resultan los lazos que los unen. Dan, a quien podía haberle costado un mes asegurarse la amistad de Henry, le recibió a la mañana siguiente como a un amigo de toda la vida. Era la perfecta compañía, su otro yo. Y estaba convencido de que podía llevarle al desván.

Por eso, aunque el sol brillaba fuera, los dos pasaron su primera hora de aquella mañana del martes bajo el tejado, en el agradable refugio que les brindaba el desván de sus abuelos. Examinaron los cajones repletos de huevos de aves, curiosearon los centenares de sellos extranjeros y, tras bajar a la cocina por una caja de cerillas, prendieron un poco del incienso que su tío abuelo Bob trajo de la India. Dan se sentía inmensamente orgulloso de sus antepasados y de todos los cachivaches que habían dejado tras de sí; pero al mismo tiempo, y curiosamente, se sentía en la obligación



de proteger a unos y a otros. No hubiera podido soportar que nadie se burlara de todo aquello.

Pronto advirtió que no era preciso temer nada que viniera de Henry. Henry le confesó que sabía muy poco de su propia familia; que sus padres, por lo que le habían dicho, llegaron a este planeta sin padre ni madre, e incluso sin hermanos ni hermanas. Aparecieron desarraigados y sin un pasado. Por esa razón el *boomerang* que el tío abuelo de Dan, Timothy, trajo de Queensland y la bayoneta que el bisabuelo de Dan aportó de la primera guerra mundial no sólo eran un deleite para ambos, sino que

también realizaban la categoría de su nuevo amigo. Proporcionaban a Dan una sensación de pertenecer a algo y daban a esta familia, que tan amable se había mostrado con él, una relación con la Historia. Y Henry era suficientemente inteligente como para sentirse impresionado.

—Qué maravilloso es tener antepasados que fueron a tantos sitios e hicieron tantas cosas —suspiró—. Me gustaría que me hubiese pasado lo mismo.

Dan estaba encantado. «Antepasados» era una palabra muy rimbombante para los parientes de su

abuelo. Pero también se sentía un poco perplejo porque, si bien aquí, en el desván, se guardaban cosas que habían traído de todos los rincones del mundo y que habían dejado al morir, él no estaba seguro de lo que realmente hicieron. ¿Fueron misioneros, o comerciantes, o militares, o buscadores de oro, o qué? Sólo de uno de sus antepasados sabía algo muy interesante. Se trataba del tatarabuelo de su abuelo, que combatió en Trafalgar. Miró a Henry de soslayo. ¿Debería hablarle del gran héroe de la familia? Decidió que no. Sería presuntuoso por su parte. Tan impropio como cuando sus primos se jactaban de

su dinero.

—Coge el incensario —dijo, entregando a Henry el vaso de plata que humeaba incienso—, balancéalo e imagínate que eres un bonzo budista.

Henry agarró las cadenas de plata y recorrió el desván agitando solemnemente el incensario ante la caja de mariposas de Jamaica, ante el baúl con vestidos antiguos, ante los sellos, la bayoneta y el *boomerang*, y ante un polvoriento salacot que colgaba de una escarpia, murmurando oraciones ininteligibles en una lengua que esperaba que fuese siamés, y se detuvo por fin ante su amigo.

—Ahora te toca a ti —le dijo sonriendo—, y reza las oraciones en ese chino que has aprendido en la escuela.

Fue un extraño paréntesis en aquellos cinco días extraordinarios.

Hacia media mañana ya se habían cansado del desván. El lugar hedía a incienso, polvo y moscas muertas. Además, hacía ya demasiado calor. Así que vaciaron el incensario en una pila, bajaron a toda prisa la escalera y salieron al huerto en busca de las últimas frambuesas.

—Me ha gustado mucho —dijo Henry cuando se detuvieron entre las altas filas de tallos.

—¿El qué?

—Haber visto todas esas cosas de arriba...

Dan se metió en la boca un puñado de frambuesas y, aplastándolas contra el paladar, sintió que la vida era espléndida.

—Y ahora —prosiguió Henry tranquilamente—, me gustaría ver lo que hay dentro de esa maltería.

—¿Dentro de la maltería? —exclamó Dan alarmado—. Pero... está prohibido... ya... te lo dije.

No sólo estaba prohibido ir, sino que ahora odiaba la maltería. Su última visita, cuando aquel muchacho salvaje

se le acercó y le agarró, le produjo un verdadero espanto.

—Prohibido porque es peligroso — argumentó Henry—. Pero tú fuiste y no se te cayó encima...

Dan casi deseaba que se le hubiera caído. La maltería había perdido todo su encanto. En cierta manera estaba contaminada. Y era un lugar deshonroso. Para él ya era sólo el lugar en donde había pasado tanto miedo. No quería volver. Además, no deseaba que su abuelo se enfadara. ¿Por qué iba a darle un disgusto después de lo orgulloso que se había sentido de ellos después del incendio? ¿Por qué ir y estropearlo

todo?

—... No veo qué puede haber de malo —continuó Henry sinuosamente—. No haremos ninguna tontería...

Simplemente le gustaba ver el sitio donde Nick y él solían jugar, le explicó. Y en donde Dan se había encontrado con el chico del reformatorio.

—... Claro que si tienes miedo..., o si no quieres ir..., o algo..., yo podría ir solo.

Dan observó el rostro feo y apacible de su amigo y las manchas de frambuesa de su boca. Pensó perplejo que, para ser su mejor amigo, Henry era capaz, a veces, de lograr se sintiera muy



incómodo. El domingo por la tarde, allá abajo en Wainstead Staithe, hizo que se sintiera avergonzado de no haber procedido como debiera, y ahora aquí, entre los frambuesos, le daba a entender que era un cobarde por no hacer algo malo. Dirigió luego la mirada hacia las retorcidas puntas de los frambuesos, trató de poner en orden sus ideas y contempló los muros de ladrillo de la casa, iluminados por el sol de agosto. Para él, aquella casa significaba paz y afecto. Pero sus ojos ascendieron hacia las telarañas de la ventana del desván. Se preguntó qué pensarían de él sus antepasados si pudieran verle ante

semejante dilema. ¿Te considerarían un cobarde los propietarios del salacot, de la bayoneta y del *boomerang*? ¿Le juzgaría un chico miedoso aquel muchacho que era su héroe, el grumete de Trafalgar? La respuesta zanjó la cuestión.

—De acuerdo —murmuró de mala gana—. Iremos esta tarde.

Sus abuelos irían por arbustos a Loddon poco después de las dos. Se lo habían dicho en el desayuno.

Al fin y al cabo, pensó mientras se detenía a coger más frambuesas, quizá fuera mejor desembarazarse de un fantasma y expulsar de su vida a Kevin

Britton, de una vez por todas.

Para entretenerse hasta la hora de comer, fueron por la calle de la aldea a la tienda de la señora Mobbs y compraron chicle. Habían descubierto que tanto la madre de Henry como los padres de Dan reprobaban el uso del chicle. A ninguno les gustaba mucho aquello, pero masticarlo constituía una especie de tratado de paz. De alguna extraña manera era el preludio de su visita a la maltería.

Al regresar los adelantó otro coche de la policía.

—Me pregunto qué habrá pasado con Ed, el tío de Jim —dijo Dan sin

dejar de masticar—. No le pueden meter en la cárcel por una cosa como ésa, ¿verdad?

—No, si fue accidental —replicó Henry, que parecía saberlo todo—. Además, no hubo ningún muerto.

No. Nadie había resultado muerto, pensó Dan. Pero toda la aldea olía aún a quemado. El olor acre de los árboles carbonizados y el del asfalto empapado eran todavía muy penetrantes. Y allá arriba estaba la iglesia con el gran agujero en el tejado húmedo y en ruinas. Si tantos destrozos hubieran sido consecuencia de la travesura de un chico, éste se vería en graves apuros con

la policía.

—Eh... vosotros... —les gritó Jim desde el camino de su casa.

Se volvieron y vieron que Jim corría hacia ellos.

—... ¿Vais a ir esta noche a la feria?

Asintieron sonrientes. Dan advirtió que, sorprendentemente, Jim había vuelto a ser el mismo, el Jim con el que se encontraron cuando estaba preparando la feria.

—Todos nos reuniremos en la vicaría a las ocho —dijo Henry.

—Espléndido —repuso su amigo con su lenta sonrisa de Suffolk—, y espléndido también el fuego.

Los dos le preguntaron qué tal le habían ido las cosas a su tío.

Incluso a él le habían ido bien, les contestó. El señor Fenton le echó una bronca, y la brigada de incendios le amonestó. Pero la policía no le molestó. Y conservaba su trabajo.

—Él no creía tener tanta suerte —reconoció Jim—. No somos una familia con suerte.

Un segundo coche de policía los adelantó.

—Bueno, si todo va bien —dijo Henry con gesto de sorpresa—, ¿por qué siguen dando vueltas por aquí?

Jim se encogió de hombros. Tal vez,

comentó, habían identificado al ladrón que pasó a casa de los Mavericks. No se mostró, en modo alguno, interesado. Estaba tan contento que no le importaban gran cosa los delitos de los demás. Pero, al ver mascando a sus dos amigos, pensó que le gustaría tener un chicle.

—Dadme un poco —les pidió.

—Perdóname —exclamó Dan, sorprendido por su propia mala educación.

Y apresuradamente se sacó una larga tira de chicle y le cortó un trozo.





—Aquí tienes —le dijo.

Y los tres prosiguieron calle abajo, bajo el cálido sol, rumiando en silencio y maravillosamente en paz con el mundo.

TRES HORAS más tarde, Henry y Dan dijeron adiós a los ancianos cuando éstos se marcharon en coche a Loddon. Luego miraron nerviosos a su alrededor, sintiendo que la vieja casa vacía, el cedro y la pista de tenis eran testigos que desaprobaban su fechoría. Se deslizaron por la puerta de la cerca y siguieron por el camino de Fenton,

rumbo al dique de la presa de Danestone, cubierto de maleza. Ante ellos se alzaba al sol la maltería.

Cuando dejaron atrás la fuerte luz del día y penetraron en la fresca sombra del interior, Henry exclamó:

—¡Dios mío! —dijo con voz muy alta—. ¡Qué mal huele esto!

Dan se sintió aterrado. Era como gritar en la iglesia. No. Peor que eso. Mucho peor. Recordando su última visita, la maltería se le antojó rebosante de amenazas. Algo desconocido y terrible aguardaba para caer sobre ellos y estrangularlos con dedos retorcidos y acerados. Echó una ojeada por aquel

oscuro piso inferior y percibió el vacío del piso de arriba: sintió deseos de sumirse en el silencio, como hacía de noche cuando el terror le sorprendía en la cama. «No te muevas. No respires — se dijo a sí mismo una y otra vez—. El horror pasará de largo. No sabrá dónde estás».

—... Pero ¿qué es esto? —prosiguió Henry—. Huele como una vieja estación ferroviaria en un día húmedo.

—Calla —murmuró precipitadamente Dan—. No quiero que nadie sepa que estamos aquí.

—Pero si aquí no hay nadie —replicó Henry en el mismo tono, sin

dejar de observar a su amigo con gesto de sorpresa.

Y era verdad. Los abuelos de Dan habían ido por arbustos para el otoño. Los primos y tío George se hallaban a cinco kilómetros río abajo en su aburrida regata. Jim había ido a Bungay a comprarse una chaqueta con el dinero que el vicario le había dado de los «gastos parroquiales». Y el resto de la aldea parecía ya dormida. Dan dirigió la vista hacia delante, hacia los saquitos apolillados de las muestras y a la herrumbrosa báscula, y temblorosamente recobró su valor. Estaban en Danestone en plena tarde. Allí era donde Nick y él

jugaban el verano pasado. Y a su lado tenía a Henry con su nariz aplastada y el extraño remiendo de los vaqueros, observándole con una expresión de divertida sorpresa. Si no se recobraba rápidamente, su amigo acabaría por mirarle con desprecio. Pero ¿qué clase de cobarde era?

—Es el horno viejo lo que huele tan mal —le explicó con serenidad—; la lluvia ha enmohecido el hierro.

Luego le invitó a subir por la desgastada escalera. El piso de arriba era más interesante, afirmó. Había un agujero en el techo, y por las ventanas sin cristales verían el marjal. Además,

desde allí, podrían subir al secadero por la escalera de mano y ver exactamente donde se había hecho un camastro Kevin Britton.

—Pero fíjate bien en donde pones los pies —le advirtió cuando su cabeza alcanzó el nivel del piso superior y pudo ver las tablas polvorientas y carcomidas—. ¡No vayas a caer y romperte una pierna!

Henry se mostró tan encantado con el piso superior como Dan podría posiblemente haber deseado. La luz que penetraba por las ventanas bajas, los toscos ladrillos de las paredes, incluso las tablas blanqueadas de puro viejas,

ofrecían su mejor aspecto.

—¡Es maravilloso! —exclamó—. No es extraño que te guste un sitio como éste. Es como la capilla de la escuela, a no ser por los ladrillos caídos.

—Y fíjate en la vista —dijo Dan con orgullo, pisando cuidadosamente camino de una ventana—. Ahí tienes la represa y el marjal. ¡Y mira! Ahí está la cabaña de las lanchas de tío George.

Desde una ventana del extremo, le explicó, podía verse, entre los olmos secos y los sauces, parte del jardín de sus abuelos.

—Así Nick y yo sabíamos con tiempo cuándo venían nuestros primos

—le dijo con una sonrisa.

—Supongo que aquí también fumaríais —observó Henry fijándose en las colillas que abundaban en el alféizar de la ventana.

—Eso era cosa de Nick y de Jim —replicó Dan—. Siempre se escapaban a la maltería para fumar.

—Tal vez Jim todavía lo hace —señaló Henry—. Parecen muy recientes.

Cuando volvió la vista a la larga sala pensó que era una lástima que ofreciera semejante aspecto. Parecía como si un fuerte golpe de viento pudiera derribarlo igual que a un castillo de naipes.



—Y ahora, al secadero —dijo Dan—. Mira, aquí está la escalera.

Y sus ojos se desplazaron lentamente desde el último travesaño a un par de polvorientos zapatos, a unos vaqueros arrugados, a un *anorak* azul marino, una camisa gris y, encima de todo, la horrible cara de Kevin Britton.

Dan lanzó un grito ahogado.

El muchacho sostenía un arma en la mano. La pistola apuntaba a la cabeza de Dan. Tras él, Henry respiró hondo.

—No os mováis —bramó el muchacho— si no queréis que os vuele la cabeza a los dos.

Desplazándose expertamente de uno

a otro, los cacheó como hacen en las películas americanas.

—Serías un perfecto estúpido —le dijo Henry con una voz extrañamente ronca—; te cogerían por asesinato.

—¿Y qué?

Kevin Britton tenía un aspecto horroroso. Su cara estaba pálida, sus ojos brillaban y no se había afeitado desde hacía varios días.

—Ellos... ellos te condenarían a cadena perpetua —añadió Henry con su voz todavía curiosamente distinta.

—Para mí, cadena perpetua serían sólo doce años —se jactó el muchacho—, y si me cogen ahora me encerrarán

por cinco.

Dan dedujo que él y Henry representaban así dos años y medio cada uno. No era mucho. Estaba aterrorizado ante la imagen de aquel muchacho allí plantado con su pistola. Se estremeció. Seguramente había estado vigilándolos desde que llegaron al piso superior.

—Tírala —le dijo Henry con mayor firmeza.

—Ven a cogerla —le replicó Kevin cínicamente.

—Si... si disparas, tendrás... tendrás aquí a todo Danestone.

«¿Danestone?», pensó Dan. Pero ¿de qué hablaba Henry? La mitad de la gente

no estaba y la otra mitad dormía. Hasta las gallinas se habían refugiado en los gallineros huyendo del calor. Pero tenía que hacer algo, decir algo rápidamente, porque Henry empezaba a ponerse nervioso.

—¡La policía! —estalló de repente—. Hay coches de la policía yendo y viniendo por la calle.

—Es por vuestro maldito fuego, no por mí.

—Claro que es por ti —aseguró Henry sin estar convencido—. Han venido por lo del robo de Thursby.

Kevin Britton pareció flaquear por un instante. Se cogió el hombro

izquierdo con la mano derecha. Un espasmo de dolor le hizo tropezar.

Luego su furia retornó y se abatió sobre Dan. Culpa de Dan era, bramó, que los dos estuvieran ahora a merced suya. ¿Por qué le había traicionado? ¿Por qué había vuelto a la maltería acompañado por un extraño? ¿Es que no merecía que le disparara por haber faltado a su palabra?

Dan se sentía confuso, no sabía qué hacer. Oyó que Henry le estaba murmurando algo, pero no lo entendió. Henry parecía acuciado, desesperado, y volvió a murmurar algo, pero Dan tampoco pudo entenderle esta vez.

Entonces, sin advertencia previa, Henry saltó hacia la escalera de mano y comenzó a subir a toda prisa los travesaños.

—Sujétala —le gritó a Dan— y no dejes que la quite.

Aturdido por la sorpresa, Dan hizo lo que le decía.

—Te dispararé —gritó Kevin desde arriba—. Te dispararé, te dispararé.

Pero Henry prosiguió escalera arriba cada vez más deprisa. Luego se produjo un forcejeo, y entre las manos de Dan la escalera vibró con fuerza.

—Te dispararé —gritó de nuevo Kevin.

Y con un relámpago cegador, la detonación resonó en la maltería.

—Henry —dijo Dan sollozando—. Henry. Henry.

A Henry debían de haberle volado la cabeza. Seguramente ya estaba muerto.

Sin embargo, en el suelo del secadero aún proseguía la pelea. Y cuando subió para ayudar a su amigo, Kevin lanzaba alaridos de dolor. Advirtió que Henry estaba sentado sobre el muchacho, pugnando por arrebatarse la pistola.

—Mi hombro —gritó Kevin—. Suéltame el hombro.

—Ahí va —dijo Henry lanzando la

pistola al piso de abajo—. Ya puedes levantarte.

Pero Kevin no se levantó. Siguió retorciéndose sobre los ladrillos del secadero mientras se sujetaba el hombro.

—Me he roto la clavícula —se quejó—, y es una mala fractura.

Dan estaba profundamente asombrado. Sus ojos iban desde el humillado Kevin a la pistola del piso de abajo, y luego al desmelenado Henry.

Henry le sonrió.

—Es una pistola de carreras —le dijo—. Al principio pensé que podía tratarse de eso, y ahora estoy seguro.



—¿Qué es una pistola de carreras?

—Pues es una pistola para dar la señal del comienzo. El señor Bainbridge, nuestro profesor de educación física en Granthams, tiene una.

Le explicó que una pistola de carreras hacía muchísimo ruido, pero que eso era todo. No podía herir a nadie. No tenía balas.

Kevin pugnaba por ponerse en pie.

—¿Y ahora? —preguntó amargamente—. ¿Qué vais a hacer vosotros dos? ¿Correr a casa en busca del abuelito? ¿Decírselo a la policía...?

Pese a toda su angustia, su voz

reflejaba un evidente desprecio.

—Os convertiréis en auténticos héroes, ¿verdad?

El desprecio dio en el blanco.

Penetró por el resquicio más vulnerable de la armadura de Dan: el amor por su hermano Nick. Nick había hecho cosas horribles. No tan malas como las de este horroroso muchacho, pero bastante malas. Y Dan había sabido guardar silencio. Peor aún, había encubierto a su hermano. Incluso había tratado de desviar su culpa. Miró cómo gemía Kevin tratando de aliviarse el dolor del brazo izquierdo, y se sintió molesto. Aquel miserable rufián se

hallaba en una situación peor de la que hubiera conocido nunca Nick. ¿Podía verdaderamente ir a la policía para que le detuvieran? ¿No había nadie más que consiguiera que le detuvieran y encerraran?

El desprecio hizo trizas el honor escolar de Henry y le puso en un terrible apuro. Hasta entonces había estado muy seguro de lo que debería haber hecho Dan cuando se encontró con Kevin: comunicarlo a su abuelo. Pero ahora que él mismo se enfrentaba con el fugitivo, se veía acosado por las dudas. Ningún chico de Granthams traicionaría jamás el secreto de otro. Le pegaría antes que

acusarle ante el director. ¿Y no era esta terrible criatura un chico como cualquier otro?

—Es mejor que tú mismo te entregues —le dijo.

Puede que así las cosas le fueran mejor. Quizá no le echaran cinco años.

—Cuéntame otro cuento —dijo Kevin, escupiéndole al tiempo que se estremecía de dolor.

—No irás muy lejos con una clavícula rota y sin la pistola.

—Hay policías por toda la comarca —añadió Dan—. Y tu fotografía está en todos los periódicos. Y la radio ha dado tu descripción.

—¿Y qué? —bramó el muchacho—.

Dejadme en paz. Estoy harto de vosotros dos.

Henry echó un vistazo a su reloj.

—Son las tres menos diez —dijo—.

Si no te has entregado a las cinco, nosotros diremos dónde estás.

Bajaron por la escalera, recogieron la pistola de carreras y descendieron al piso de abajo, perseguidos por la mirada de los ojos hundidos de un Kevin abatido por el dolor.

A la salida de la maltería se detuvieron un momento, cegados por el sol. Ambos esperaban que el estampido de la pistola y el ruido de la pelea

hubieran alertado a alguien. Pero no se movía una hoja. Ni llegaba un solo murmullo de la aldea.

En el silencio percibieron claramente a sus espaldas la risa ahogada del muchacho.

—¿De qué se ríe? —preguntó Dan, espantado.

—No lo sé.

—¿Y la moto? ¿No podría escapar en la moto?

—¿Con una *Suzuki* de 250 centímetros cúbicos? No puede con una clavícula rota. Resulta demasiado pesada.

—Pero él puede. Seguro que puede.

Porque para Dan —tras haber oído aquella risa— Kevin resultaba el mismísimo diablo. Y el diablo sería capaz de montar en una moto aunque tuviera el cuello roto, y cuánto mejor si la fractura sólo era de una clavícula. Se iría y estaría lejos de Suffolk en un abrir y cerrar de ojos.

Su temor se contagió a Henry, y ambos volvieron a la maltería para buscar la moto.

—¡Pero no puede estar aquí! — exclamó Henry obstinadamente, avergonzado de haberse dejado convencer—. ¡Es imposible que esté, si se rompió la clavícula en la cueva de la

tienda de Thursby!

—A lo mejor empujó la moto.

—¿Más de dos kilómetros y medio?

No puede ser.

Luego, cuando regresaron al piso del horno y apartaron los grasientos sacos amontonados, hallaron lo que buscaban.

Entre los dos pusieron en pie la *Suzuki* y la sacaron de la maltería.

—¡Dios mío! ¡Menudo esfuerzo! — se maravilló Dan cuando salieron a la luz del sol.

—¿Y qué hacemos ahora con esto? —preguntó Henry.

Les parecía algo maldito y deseaban desembarazarse de aquella moto cuanto



antes.

—Vamos a echarla al agua —sugirió Dan—; allí no podrá cogerla.

La empujaron a lo largo del embarcadero y la arrojaron desde el mismo dique. Las aguas cubiertas de hierbajos se abrieron para recibirla, y la resplandeciente *Suzuki* desapareció al instante. Luego, tiraron también la pistola de Kevin. Se quedaron mirando el negro agujero abierto entre la vegetación flotante. Una enorme y fangosa burbuja ascendía de las profundidades y reventaba en la superficie con un terrible hedor.

Henry seguía mirando incómodo.

—Creo que no hemos debido hacer eso —dijo.

—¿Por qué no?

—Esa *Suzuki* es de alguien.

Además, la policía la buscará para tener una prueba.

Bueno, ya era demasiado tarde.

# 7 *La tarde del martes*

LOS PROYECTOS mejor  
intencionados a veces acaban  
terriblemente mal.

Apenas Dan y Henry habían vuelto a la casa por la puerta del muro, cuando oyeron a Jim que les gritaba desde el huerto. Inmediatamente le respondieron también a gritos.

—Ya tiene chaqueta nueva y quiere enseñárnosla —dijo Henry sonriéndose, satisfecho de hallar algo que por un momento alejara sus pensamientos de Kevin.

Pero Jim, aunque estaba orgulloso con su chaqueta nueva, había ido a verlos porque tenía que comunicarles algunas noticias.

—¿En dónde habéis estado? —les dijo a gritos cuando llegó hasta ellos tras rodear la casa—. Tenemos que ir a la vicaría, todos, ahora.

—¿Ahora? —exclamó Dan—. Pero nos dijeron que fuéramos a las ocho.

Jim les informó que todos los planes

habían sufrido una modificación. El vicario estaba tan contento con los tres, y el tiempo era tan espléndido, que había alquilado el microbús del señor Mobbs y se iba a llevar a todos los chicos del coro, y a ellos, de excursión al mar para que se bañaran y merendaran después.

—Pero ¿es que no vamos a ir a la feria? —preguntó Dan.

—Claro que iremos.

Irían a la feria de Rushby después de la excursión a Cove Hythe.

—¿Sin pasar por aquí? —preguntó Henry.

—Naturalmente que no pasaremos.

Sería un gasto inútil de combustible.

Dan y Henry se miraron consternados.

Jim siguió hablándoles de las maravillosas perspectivas de la excursión. La señora Micklethwaite se había pasado una hora haciendo bocadillos para la excursión, y había dicho que tomarían pescado frito y patatas en el establecimiento del señor Balls, junto al embarcadero de Rushby. Todo aquello era espléndido.

—Venga, coged vuestros bañadores —los apremió.

—Henry no sabe nadar —dijo Dan, arrancando una hierba.

—¿Que no sabe nadar? —exclamó Jim con una mezcla de incredulidad y desdén—. Bien, puede mirarnos a nosotros.

—¿Y los abuelos de Dan, y... la señora Heseltine? —preguntó Henry, arrancando dos hierbajos.

—¿Los abuelos? ¿La señora Heseltine? ¿Qué pasa con ellos?

—No sabrán dónde estamos.

—Pero ¿es que no sabéis escribir? —gritó Jim—. Con dejarles una nota es suficiente.

Cualquiera hubiera podido pensar que no deseaban participar en aquella maravillosa excursión.

—Te veremos entonces en la vicaría —dijo Dan, deseoso de desembarazarse de él.

Y Jim, por fin satisfecho, corrió a su casa para recoger su bañador.

¿Qué es lo que podían hacer? Aquel inesperado viaje hasta el mar había sido proyectado en su honor. No podían negarse a ir. Sería una horrible ingratitud. Además, todo el mundo se preguntaría por qué.

—Él... él no puede marcharse —empezó a decir Henry, titubeando—. O si lo hace... no llegará muy lejos.

—Y si cuando volvamos no se ha entregado —repuso Dan, empezando a



entusiasmarse con los atractivos del mar del Norte—, lo primero que haremos mañana por la mañana será ir a la policía.

DAN SE OLVIDÓ de Kevin en cuanto se metió en el agua con Jim y los chicos del coro. Se sentía feliz porque le estaba sucediendo algo maravilloso. Por primera vez en su vida le trataban como a un héroe.

—Qué tío, Dan —gritó Lennie Blaza mientras le salpicaba con el agua salada—. Salvaste la iglesia.

—Pero también estaban Jim y Henry

—protestó.

—¿Qué sentiste cuando caíste en el púlpito después de atravesar el tejado?

—preguntó Percy Watkin.

—Nada —replicó torpemente—. Fue algo muy curioso.

Y, rebosante de satisfacción, buceó hasta alcanzar los pulidos guijarros del fondo y una herrumbrosa lata de carne. Cuando volvió a la superficie, todavía seguían hablando de él.

—Deberías haber pronunciado un sermón —le dijo desgañitándose Barry Finch.

—El pasaje de esta mañana, querida familia de Dios... —gritó Reg

Fairweather, imitando al vicario.

Y luego, súbitamente, al distinguir al señor Micklethwaite, que, descalzo, se abría camino difícilmente sobre los cantos rodados, lanzaron un alarido y se sumergieron al mismo tiempo como una bandada de delfines.

Más tarde, Dan se alejó nadando de los chicos del coro y puso rumbo a Holanda. Pero renunció a su empeño al cabo de uno o dos minutos y se quedó inmóvil flotando sobre las olas lentas, grandes y grises, aislado de los demás y contemplando el cielo. A la mente de Dan volvió Kevin Britton, empañando la alegría de aquella tarde.

¿Qué derecho tenía aquel horrible muchacho a asustarle y cargarle con tantos problemas? Nada tenían que ver con él todas aquellas fechorías que había cometido. Luego, poco a poco, empezó a sentir que había sido una suerte que el vicario y su excursión los hubieran alejado a Henry y a él de aquel asunto. Cuando volvieran por la noche, todo habría concluido. Se habrían llevado a Kevin Britton. No había más que decir. Ni siquiera sabría nadie que ellos le habían visto.



Para Henry, que se quedó solo y sin saber qué hacer en la playa, el problema era mucho más espinoso. Empezó a recordar fragmentos de novelas policíacas que había leído y comprendió que Dan y él se habían metido en un gran lío. Habían dado cobijo a un delincuente; Dan, incluso, le había proporcionado comida. Habían ocultado pruebas. Habían echado a perder la moto de alguien. Y, peor aún, a pesar de los avisos en los periódicos, la radio y la televisión, no le habían dicho nada a la policía. En sus oídos resonaba un terrible adjetivo: «Encubridor». Significaba que uno sabe que se ha

cometido un delito y, sin embargo, protege al delincuente. Era espantoso que fueran unos encubridores. Y lo eran Dan y él. A veces los jueces envían a la cárcel a los encubridores. En las angustias del remordimiento imaginó lo que eso significaría para su madre; para Granthams; para él mismo. Sería el final de sus esperanzas de lograr una beca para Winchester. ¿Quién iba a dar una beca a alguien que estuviera en la cárcel? Y además, aunque la consiguiera, en Winchester se sentirían demasiado avergonzados para admitirle.

—Chico, no sabes el aspecto que tienes —le gritó Jim al pasar junto a él

mientras se sacudía el agua de la cabeza —. Anda, vete a recoger algo de leña.

Henry, todavía angustiado, se dio media vuelta y vio que donde acababa la playa se alzaba un roble y que, en aquella linde, el agua del mar había acabado con la vida de los árboles. Sus retorcidas raíces se aferraban a la arena como las manos de un muerto, y muchas de las ramas más altas, blanquecinas y frágiles, habían sido desgajadas del tronco.

—¡Venga! ¡Vamos a hacer una hoguera! —gritó Reg Fairweather, saliendo del mar.

—¡Una hoguera! ¡Una hoguera! —



repiteieron chillando los demás chicos del coro.

Salieron del agua en tropel y pasaron chorreando junto a Henry.

Perfecto, un fuego le animaría, pensó mientras se reunía con ellos y empezaba a recoger palos. Al menos tendría algo que hacer, algo en que pensar que no fuera el lío en que se había metido.

Sólo Dan se quedó en el mar, flotando tan inconsciente y despreocupado como un madero recién serrado. Dos horas antes se había sentido aterrado ante Kevin y el arma que empuñaba, y atenazado por las dudas sobre lo que debían hacer. Pero

ahora se hallaba sumido en una bendita calma. Había firmado la paz con la naturaleza. Estaba casi dormido. Pensó vagamente en su nuevo amigo Henry y sonrió. Ya había desaparecido por completo el ligero temor que al principio le inspiró. Porque Henry era simplemente Henry. Cometía errores y se contradecía como hacemos todos. Incluso se asustaba a veces. Estaba seguro de que se había asustado en la maltería. Flotando de espaldas sobre el mar del Norte, mecido suavemente como si estuviera en una enorme cama gris, Dan sintió un inmenso agradecimiento hacia Henry de que no fuese perfecto. Y

su mente comenzó a imaginar lo bien que lo pasarían Henry y él en la feria..., a pensar en Henry y él en Londres...; tal vez, por algún milagro, acabarían yendo a la misma escuela.

Jim echó una ojeada por toda la playa, pero no vio a Dan. Después, extrañado, se volvió a hurgar en el enmarañado roble.

—¿Dónde está Dan? —preguntó a Henry.

—No lo sé —replicó Henry, al tiempo que escrutaba las aguas en busca de su amigo.

—Le encanta irse solo por ahí —comentó Jim irritado—; siempre hace lo

mismo.

—No encontramos a Dan, señor Micklethwaite —gritó Lennie Blaza.

El señor Micklethwaite acababa de salir del agua y se afanaba en secarse con la toalla.

—Le he estado observando —replicó tranquilamente—. Está ahí.

Y señaló hacia el mar. Dan, a menos de cien metros de la costa, seguía entregado a sus ensoñaciones.

—Dan —le gritó Jim, haciendo bocina con sus manos—. Ven enseguida. Vamos a hacer una hoguera.

Dan se dio la vuelta en el agua, distinguió el montón de leña que

destacaba como una pira fúnebre y empezó a nadar lentamente hacia la playa. Por el momento se sentía Saciado de fuegos. El de ayer había dejado pequeño al monte Etna. Ningún fuego podría ser mejor que aquél. Pero tenía hambre. Ya era la hora de la merienda.

—No tengo cerillas —murmuró Jim.

—Tampoco yo, tampoco yo —se lamentaron todos.

—Jim, mira en el bolsillo de mi chaqueta —dijo el vicario, que pugnaba por ponerse los pantalones.

—No las encuentro —dijo Jim, sacando un ovillo de hilo verde de jardinero, una pipa y las arrugadas

galeradas del boletín parroquial.

—Busca en el otro.

Y allí estaban las cerillas, bajo una bolsita de caramelos de menta y su silbato de *boy-scout*.

Era estúpido encender fuego en un día como aquél, pensó agriamente Henry. Hacía demasiado calor. Además, era algo infantil. Se sintió irritado consigo mismo, angustiado, verdaderamente a disgusto y terriblemente confuso. El código del honor de Granthams le había hecho enfrentarse con la ley. Y no sabía en realidad cuál era su sitio. Medio distraído, contempló cómo la leña seca

se ennegrecía y ardía, casi invisibles las llamas con aquel resol. Se preguntó si todas las cosas brillantes de la vida no se convertían fácilmente en algo oscuro y humeante, en pavesas como aquel estúpido fuego. Y después, cuando los chicos del coro de San Félix de Danestone se dieron las manos y bailaron alrededor de la pira gritando monsergas y conjuros, se alejó desconsolado hasta la orilla del mar. Sintió que se abría un foso entre él y aquellos salvajes.

Dan se le acercó lentamente. Tenía el pelo mojado y se le pegaba a la cara.

—Lo pasaremos mejor en la feria —

le dijo con extraña comprensión—. Estoy seguro de que lo pasaremos mejor en la feria.

FUE y no fue así.

Se comieron los bocadillos, se bebieron la naranjada y se bañaron otra vez. Luego, cuando el sol ya estaba tan bajo en el cielo que las sombras de los robles secos se cernían sobre la playa, empezaron a tener frío. Pronto dieron la espalda a aquel mar triste y se dispusieron a marcharse a la feria, en busca del pescado frito y de las patatas.

—¡Dios mío! ¡Qué cielo! —



murmuró Henry cuando recorrían en el microbús aquellas tierras llanas, directamente hacia el sol que se ponía.

—Ya habrá anochecido cuando lleguemos a Rushby —dijo Dan con una sonrisa—. Y será más divertido, porque la feria es mucho más bonita de noche.

El año pasado, Nick y él habían ido con sus abuelos en barca, río abajo, desde Danestone. La música se oía mejor a medida que se acercaban, y mientras remaban volvían la cabeza de vez en cuando para ver cómo las luces se tornaban cada vez más brillantes y definidas. Cuando se acercaron al embarcadero, advirtieron que el río era

ya parte de la feria. Entre las lanchas hacinadas, chapoteaba el agua y se reflejaban las luces. El brillo de las ondas y el alboroto del muelle, el giro de la noria gigante y el ritmo acelerado de la música del tiovivo enardecieron a Nick y a él hasta tal punto que se aferraron a una amarra y saltaron al embarcadero, dejando a sus abuelos en la lancha que aún se agitaba y con los remos sin recoger.

Bueno, pensó tristemente, este año no sería lo mismo. No estaba Nick.

Pero estaba Henry.

Su nuevo amigo le murmuró al oído:

—No podré subirme a muchos sitios

—le confesó Henry—. Sólo tengo veinte peniques.

Dan hurgó en su bolsillo, manoseando sus monedas.

—No importa. Me parece que yo tengo más de una libra.

Ya estaban en las cercanías de Rushby y bajaban por la estrecha Northgate, camino del aparcamiento del embarcadero.

—Después del pescado frito y las patatas —les dijo el vicario—, haremos lo mismo que el año pasado. Tenéis una hora libre. Disfrutadla como os plazca. Nos reuniremos junto a la noria gigante. Vamos a ver, nos iremos a las nueve y

media. ¿Todos tenéis reloj? ¿Sí? No vengáis tarde, porque de lo contrario perderéis el viaje gratis.

—¿Qué es lo que dice? —murmuró Henry.

—Supongo que se refiere a los de la parroquia —le respondió Dan en el mismo tono.

Henry se esforzó por sacar el máximo partido a la feria. En el tióvivo se subió a un gigantesco gallo, agarrándose a su enorme cresta roja. Le hablaba a Dan, que iba a su lado montado en un dragón. Trató de distraerse entre la confusión de las luces, el río y el marjal que empezaron a

girar a su alrededor cada vez más aprisa. Luego estuvo en los columpios, subía cada vez más alto, hasta que Dan, que iba en la barquilla opuesta, casi se cayó en el rebote. Lanzó pelotas en el *pim-pam-pum*, acertó a tres monigotes y ganó una estúpida muñeca. Subió al tren de los fantasmas con Dan y Jim y tembló y rió cuando los esqueletos empezaron a surgir de la oscuridad y a cogerlos de los pelos. Pero de nada servía aquello. Kevin Britton no se alejaba de él. A veces le sentía como un dolor en la boca del estómago, una sensación pesada y molesta como la que le dejaba el budín que comía los viernes en Granthams;

otras veces era como una gigantesca ola marina que le persiguiera por la playa hasta llegar a los robles de la linde. En ocasiones era sencillamente el propio Kevin, con los ojos hundidos, sin afeitarse y con aquella horrible risa. Y en cualquier momento sabía que estaba en juego su futuro, que aquel dolor, aquella inmensa ola, aquel horrible muchacho podían acabar con sus posibilidades de lograr ingresar en Winchester.

Miró a Dan, que seguía a su lado, alegre y excitado por la música ensordecedora, las luces y los gritos que los envolvían, y pensó: «Todavía no es más que un niño. Ni siquiera comprende

lo que hemos hecho».

Luego, entre los tres malgastaron quince preciosos peniques por ver a la mujer gorda de Lechlade, tumbada casi desnuda en un diván y fumando en pipa.

—Me imagino que la hincharán con bombas de bicicleta —murmuró Dan cuando salieron del barracón.

—¡Qué va! —replicó Jim—. Lo hacen a base de hormonas y de píldoras. Si engordan las gallinas, ¿por qué no se puede engordar a las mujeres?

Henry se hallaba demasiado angustiado para preguntarse cómo era posible que alguien desarrollara tales montañas de carne.

Echó un vistazo al reloj.

—Casi es la hora de que vayamos a la noria gigante —dijo.

Hicieron cola ante el hombre de los billetes, esperando a que llegaran el resto de los chicos del coro. Escucharon los alaridos de los ciudadanos de Rushby mientras la noria daba vueltas y más vueltas.

Por fin, la noria empezó a chirriar hasta detenerse. Luego, el hombre de los billetes, balanceando cada barquilla, fue soltando sucesivamente las cadenas de seguridad. Por la escalerilla bajaban sus ocupantes, pareja tras pareja, pálidos y con gesto de alivio, con el mismo



aspecto que debieron de tener los mareados pasajeros de Noé al salir del arca.

«Me pregunto si realmente me gusta esto», se dijo Dan cuando se sentó junto a Henry en una de las barquillas, al tiempo que el hombre de los billetes pasaba la cadena.

Luego su barquilla retrocedió lentamente, mientras que Jim y Reg Fairweather ocupaban, abajo, la precedente. Siguieron ascendiendo hacia atrás para que la siguiente fuese ocupada por el señor Micklethwaite y Barry Finch. Cuando ya estuvieron embarcados todos los chicos del coro,

Dan miró hacia atrás y distinguió el Club Náutico de Rushby, en cuyas aguas se alineaban los yates, rojos, amarillos y azules, iluminados por las luces de la feria.

Luego, tras el estallido de la sirena de la noria, fueron subiendo hacia la noche y al instante bajaron cada vez más deprisa, hacia los toldos de listas, las luces y los gritos del embarcadero.

«No es tan malo —se dijo Dan mientras se aferraba a la barra de seguridad que tenía delante—. Y si se pone peor, cerraré los ojos».

En lo alto de la noria, quien mirara podría ver por un fugaz instante el valle

del Waveney hasta mucho más arriba de Danestone, casi hasta llegar a Bungay. Pero en la oscuridad no había realmente nada que ver.

Y, sin embargo, había algo.

En las décimas de segundo en que su barquilla se balanceó bajo las estrellas, Henry dio un respingo de sorpresa. Jim, a su vez, lanzó un grito. Y Barry Finch, inmobilizado por lo que vio en aquel instante, exclamó:

—¡Hay otro fuego, señor Micklethwaite! ¡Hay otro fuego en Danestone!

—¡Tonterías! —replicó el vicario—. Es imaginación tuya. Tienes la

cabeza llena de incendios.

Pero cuando la noria dio una vuelta completa, primero Henry y luego Jim y Reg Fairweather gritaron:

—¡Hay un fuego! ¡Hay otro incendio!

El señor Micklethwaite rezó con fervor al Todopoderoso: «No en la iglesia, Dios mío. No en nuestra iglesia». Y luego abrió unos ojos como platos para ver por un momento el río. Sin duda había un incendio; pero esta vez no se trataba de rastrojos. Se hallaba concentrado en un solo lugar. Quizá en un edificio, pero no en la iglesia. El vicario dio gracias a Dios.

Estaba seguro de que no era en la iglesia; el fuego era muy cerca del río.

—Es en la calle de Danestone — proclamó Lennie Blaza desde la barquilla de más arriba.

La noria giró y giró, cada vez más deprisa, hasta que la escena del río se convirtió en un simple relámpago. Dan no podía ver nada. Para él todo era un torbellino que le mareaba.

—¿Hacia dónde cae la calle de Danestone? —le preguntó a Henry.

Pero Henry, que no estaba familiarizado con Danestone ni con la forma de observar desde lo alto de una noria gigante en Rushby, no pudo

decírselo.

Mientras cruzaban abajo y arriba la ruidosa feria, el señor Micklethwaite trató de imaginarse a su amada parroquia y de pensar cuál debería ser su aspecto a más de trece metros sobre el embarcadero de Rushby. Y cuando llegó la vuelta siguiente aguzó la vista ante el brillo de la luz y después cerró los ojos tratando de retener la imagen en su retina. Bien, el fuego no era en la vicaría, ni en la casa de los Heseltine, ni en la granja del señor Fenton. Lennie tenía razón. El edificio en llamas estaba en algún lugar más abajo de la calle de Danestone.

—¡Esta condenada noria! —  
masculló—. Pero ¿cuándo se va a parar?

Los chicos del coro, arriba y abajo y junto al vicario, saltaban y gritaban totalmente excitados.

—Apuesto a que es la tienda de Mobbs —chilló Reg Fairweather.

—¿Y si es la escuela? —dijo riendo Jim.

—¡O en «El alegre barquero»! —gritó Barry Finch, entusiasmado—. A lo mejor papá ha prendido fuego a los licores.

Lenta, muy lentamente, la noria redujo sus giros y, por fin, se paró.

El vicario y Barry se quedaron en la

cúspide. Entonces tuvieron tiempo suficiente para mirar hacia el oeste sin que nadie se lo impidiera. Y el señor Micklethwaite empezó a sentirse mal.

Miró hacia abajo para localizar a Dan. Él y Henry se hallaban ya al nivel de las casetas. Ninguno de los dos podía ver el río.

«Es una bendición del cielo... que no puedan verlo», pensó.

Porque estaba seguro de haber identificado el edificio en llamas. Era la casa de los abuelos de Dan.

SALIERON de la noria tan aprisa como



podieron, que no era mucho, puesto que cada barquilla tenía que descender y parar un momento para depositar a los pasajeros en la escalera.

—Corred al aparcamiento y os metéis en el microbús tan aprisa como podáis —les gritó el señor Micklethwaite, lanzándose a la carrera.

Al salir de la pequeña población, oyeron que se acercaba por detrás un sonido familiar. El señor Micklethwaite se pegó a la linde de la carretera y los adelantó el coche de bomberos de Rushby.

—Me gustaría saber cuál es la casa que se ha incendiado —dijo Dan.

—Me parece que es la de tu abuelo  
—le espetó Barry Finch.

—Cállate, tonto —vociferó el vicario desde la parte delantera—. Tú no lo sabes. Ninguno de nosotros lo sabrá hasta que llegemos a Danestone.

—Puede que sea una hoguera que se haya extendido —sugirió Henry precipitadamente.

Dan se sentía mal. La brusquedad del señor Micklethwaite y el apresuramiento con que Henry formuló aquella tonta sugerencia le convencieron de que también ellos creían que se trataba de la casa de sus abuelos. Miró angustiado hacia adelante en el oscuro

interior del microbús; pero las caras parecían apartarse de su mirada, como si nadie quisiera tomar parte en la tarea de decirle que efectivamente ésa era la casa en llamas. Un manto de angustia parecía ahogarle. Su abuelo. Su abuela. Amaba todo lo que estaba relacionado con ellos. La casa, las mesas, las sillas, el olor de los libros, los cuadros de las paredes, los tesoros del desván, todo lo que ahora mismo podía estar ardiendo. Era incapaz de soportarlo. Aquella casa era su refugio y había sido también el refugio de Nick. Formaba parte de un pasado feliz.

Imaginando su angustia, Henry le

apretó la mano. Y Dan, mirando a su amigo, recordó de repente algo que aquella misma tarde habían oído los dos.

Algo tan terrible que se estremeció. La maligna risa de Kevin Britton. ¿Era posible que se hubiera vengado con sus pobres abuelos?

Aunque el señor Micklethwaite pisaba el acelerador hasta el punto de que el viejo microbús vibraba, los tres kilómetros y medio hasta Danestone parecían interminables. Pero al fin alcanzaron el camino de la iglesia, y «El alegre barquero», y la tienda de Mobbs.

Y de repente se oyó un poderoso

grito.

—Espléndido, Dan —vociferó el vicario, casi riendo de alivio—. Tus abuelos están perfectamente.

El fuego no era en casa de los abuelos de Dan, sino en la maltería.

El microbús se detuvo chirriando ante la escuela, y el señor Micklethwaite y sus chicos salieron a toda prisa y corrieron por el camino de Fenton hacia el fuego. Toda la aldea se había congregado en el dique, formando allí una muralla humana cuya negrura destacaba ante las llamas. Mientras, delante de ellos, los chorros de agua de las mangueras de los bomberos caían

sobre el techo ardiendo.

—Triste final para un lugar tan antiguo —dijo una voz familiar, y por un momento el señor Fenton volvió la cara y quedó iluminado.

—¡Tonterías! —replicó el coronel Henschman secamente—. Usted tendría que haberla derribado hace años.

Dan miró hacia el humo cárdeno que brotaba de lo alto de la chimenea en forma de pagoda y se sintió presa de un terror nuevo y completamente distinto.

—Suerte que ha sido la vieja maltería y no hay nadie dentro —oyó cómo decía la señora Micklethwaite a su abuela.

E impelido por el terror empezó a dar patadas y a abrirse camino entre los habitantes de Danestone.

«Ese terrible muchacho —pensó— está allí atrapado. Estará dormido. Está mal. Se rompió la clavícula. No puede salir de allí».

—Hola, Dan —oyó cómo le decía Simon burlonamente al pasar junto a él—. Te has perdido lo mejor.

Pero ya había conseguido llegar hasta donde estaban los bomberos. Saltó sobre las hinchadas mangueras, tropezó, cayó, volvió a levantarse y siguió corriendo hacia la puerta de la maltería.

—Dan, Dan —oyó gritar tras él—.

Vuelve. ¡Dan, Dan!

Cuando llegó al umbral, un torbellino de humo brotó del piso inferior, sofocándole y cegándole. Se detuvo por un momento; entonces alguien le cogió.

—¡Dan, Dan! —rugió su abuelo—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Está allí dentro —gritó, pugnando por desasirse.

—¿Quién está allí? —tronó su abuelo, al tiempo que le arrastraba violentamente hacia el coche de los bomberos.

—Kevin Britton —repuso sollozando—. El muchacho que busca la



policía.

—Apártese, señor —dijo uno de los bomberos—, y llévase al chico. Se viene abajo. El techo está a punto de ceder.

Y apenas había terminado de hablar, cuando un enorme estruendo de vigas vino a unirse al rugido de las llamas. Su abuelo le dio un último y brusco tirón y le lanzó a las ortigas que crecían junto a la barca vuelta del revés. Y allí, mientras sollozaba, contempló, tras el anciano exhausto y jadeante, el final de la maltería. Las tejas saltaron, el techo se hundió, las paredes se inclinaron hacia delante, y entre una nube de polvo,

humo y una lluvia de ladrillos, el alegre lugar de su niñez y de la de Nick se vino abajo y desapareció como un castillo de naipes. Lloró amargamente, pero no por el pasado, sino por el muchacho —el horrible muchacho— que habría muerto o estaría agonizando bajo los escombros.

El final de la maltería fue tan estrepitoso y aterrador que dejó pasmados a los habitantes de Danestone. Se quedaron allí mudos, agrupados junto al dique, escuchando el suave siseo de las mangueras que arrojaban agua sobre los ladrillos humeantes, los sollozos ahogados de Dan y el gran silencio del

marjal que se extendía detrás del edificio desaparecido.

Entonces llegó a sus oídos un sonido inconfundible: el motor de una lancha. Escucharon atentamente. Quien se alejara con aquella lancha tenía una tremenda prisa. El motor bufaba como un gato.

—Alguien ha robado la lancha motora de papá —gritó Nigel.

—Levántate —ordenó el abuelo a Dan, todavía tendido entre las ortigas—. Levántate y pasa por la cerca al jardín. Estaré contigo en cuanto pueda.

## 8 *Ajuste de cuentas*

TÚ LE ENCONTRASTE allí la mañana del sábado —le increpó su abuelo una vez que los dos estuvieron en su despacho.

Dan levantó la mirada de la alfombra, la fijó en el irritado anciano y se sintió absolutamente inerte ante lo que se le venía encima.

—Sí —murmuró.

—Entonces, ¿por qué no nos lo dijiste?

—Porque yo pen... pensé... yo pensé que él simplemente se había marchado de casa.

—Tonterías. Tú tenías miedo. Tenías miedo de que yo me enfadara contigo por romper la promesa que me habías hecho.

—Sí —replicó Dan precipitadamente—. No... Sí.

Se ponía muy nervioso en cuanto le hostigaban las personas mayores.

—Vamos, Dan, ¿qué es lo que pasó?

—Yo... yo no lo sé —tartamudeó, pugnando por retener las lágrimas.

Se sentía angustiado. Las ortigas le habían picado como si hubieran sido agujijones de avispas. En los zapatos, la arena de Cove Hythe le punzaba como vidrios pulverizados. Y su abuelo le creía un mentiroso. Un cobarde.

Alguien se deslizó en la habitación y permaneció tras él. Su abuelo alzó la vista hacia la persona que había llegado.

—Madge, Dan sabía todo acerca del muchacho. Le encontró en la maltería el sábado por la mañana.

—¿El sábado por la mañana? — exclamó su abuela—. ¡Pero, Dan, fue el primer día que estuviste aquí!

«Aunque lo fuera —pensó Dan en su

desesperación—, parece que ha transcurrido un siglo desde aquello. Realmente, lo que sucedió hace tanto tiempo, no debería importar».

—Pero el lunes por la mañana — prosiguió implacablemente su abuelo—, cuando la foto del muchacho ya había aparecido en los periódicos y sabías que la policía le buscaba, ¿no se te ocurrió pensar que deberías decírnoslo?

—Yo... yo creí que ya se había ido. Él... él me prometió que se iría el sábado por la noche.

—¿Y tú le creíste?

—Sí.

Evidentemente, Dan le había creído.

—Fuiste un tonto. ¿Qué puede saber un tipo como ése acerca de cumplir una palabra?

—Bien, Roland, querido —dijo apaciblemente su abuela—. El muchacho tendría mucha hambre. Tenía que salir de la maltería para conseguir algo de comer.

—Y por eso robó en la tienda de Thursby —bramó su abuelo—. La pobre señora Mavers puede darte las gracias, Dan.

Dan era incapaz de entender aquella lógica. Pero luego su mente se nubló aún más ante la perspectiva de lo que iba a pasar.



Sin embargo, y por el momento, no se formuló contra él la peor de las acusaciones, porque su abuela, inconsecuente como siempre, desvió el hilo del asunto.

—Es muy extraño —dijo meditabunda—. La noche del viernes... todo el sábado... ¿Cómo consiguió el muchacho algo para beber? Tenía que estar muriéndose de sed.

No podía beber agua de la represa, dijo. Estaba demasiado turbia. Además, y por lo que ella podía recordar, en la maltería no había un depósito para el agua de lluvia.

—¿Qué importa eso? —interrumpió

con impaciencia su abuelo—. La consiguió. Y eso fue todo.

—Le di una botella de leche —dijo Dan, mirando a su abuela. No podía soportar que no supiera la verdad—. Lo siento. La cogí del alféizar de la ventana de la cocina.

—¿Hiciste qué? —rugió su abuelo.

—Y le di... algo... algo del congelador.

Dan seguía hablando sólo a su abuela. Estaba pagando una deuda.

—Dan, querido —le sonrió fugazmente—. Qué cosa tan extraña.

—¿Extraña? —ladró el ex magistrado—. ¡Vergonzosa! ¡Ayudando y

encubriendo a un criminal gracias a lo que roba a su abuela! ¿Y llamas a eso extraño?

—No, no, querido. Ya sé que no lo es. Pero mírale. Es sólo un niño.

Su abuelo le miró y luego resopló.

—Tienes once años, ¿no es cierto?

De mala gana, Dan reconoció que, efectivamente, tenía once años.

—Entonces, ya tienes edad para pensar más las cosas. No eres ningún tonto.

En el silencio que siguió inmediatamente, Dan hizo acopio de todas sus fuerzas para hacer frente a la pregunta que con seguridad iba a hacerle

su abuelo: «¿Por qué creías que Kevin Britton continuaba esta noche en la maltería?». Estaba llegando. Estaba llegando, pensó angustiado mientras vio fruncirse de nuevo el espeso entrecejo y fijarse otra vez en él aquellos ojos airados.

Pero en ese momento alguien llamó a la puerta.

—Estamos ocupados —gritó su abuelo.

El recién llegado, sin reparar en la negativa, abrió la puerta. Dan miró y vio que era Henry. Estaba muy pálido, pero su semblante ofrecía una expresión resuelta.

—¿Tú, Henry? —exclamó el abuelo de malos modos—. ¿Por qué no has vuelto con los Heseltine y no estás en la cama?

—Porque debo estar aquí, señor.

—No, chico, ya te veremos mañana —dijo el anciano, levantándose para mostrarle la puerta—. Éste es un asunto familiar.

—Y yo soy parte en ese asunto, señor.

Henry se explicó. Dio cuenta de los hechos con el nerviosismo de un oficial joven que informa a un general. Había sido culpa suya, afirmó. Toda la culpa era de él. Sabía que a Dan le habían

prohibido ir a la maltería, pero por la mañana le presionó e intrigó hasta que Dan cedió. Por la tarde, los dos se arriesgaron a ir hasta allá.

—Mientras usted, señor, y la señora Henchman estaban en Loddon.

—Una operación totalmente planeada —comentó secamente el abuelo de Dan.

Henry se ruborizó.

—Y le encontramos allí —estalló Dan—. Nos aguardaba en lo alto del secadero. Llevaba un arma.

—¡Un arma! —exclamó su abuela, horrorizada—. ¿Y qué hicisteis?

—Le gritamos que se entregara...

pero no quiso.

—¿Y luego qué? —preguntó el abuelo.

—Empezó a gritarme y dijo cosas horribles... y Henry me estaba diciendo algo mientras tanto... pero yo no podía oírle... y luego... se precipitó escalera arriba.

—¿Quién?

—Henry, claro —replicó Dan con impaciencia—. Y luego... luego él también subió y Henry le cogió... y se disparó la pistola.

—¡Dios mío! —exclamaron al mismo tiempo los dos abuelos.

—¿Quieres decir que te lanzaste

hacia él cuando te estaba apuntando con la pistola? —preguntó el abuelo a Henry.

—No, señor. No fue así —respondió Henry volviendo a ruborizarse—. No fue así en absoluto. Mientras él le gritaba a Dan, agitando la pistola, yo me fijé bien. Cuando subí la escalera, sabía que sólo era una pistola de carreras.

Además, les explicó, también había advertido que el muchacho estaba herido.

—Se rompió una clavícula al caer en la cueva de la señora Mavers.

—¡Dios mío! —suspiró quedamente su abuela, dejándose caer en una silla—.



Y durante todo ese tiempo estábamos comprando arbustos en Loddon.

Su abuelo miró primero a Henry y luego a Dan.

—¿Y qué hicisteis entonces con el muchacho? —les preguntó sonriendo aviesamente.

—Nosotros... lanzamos la pistola al piso de abajo y luego... luego le hicimos prometer que se entregaría.

—¿Prometer? —estalló el abuelo, otra vez fuera de sí—. ¡Sois tontos! Un tipo como Kevin Britton no cumple sus promesas. Dan, tú ya habías aprendido eso por experiencia propia.

—Le concedimos dos horas —

explicó Henry—. Le dijimos que, si a las cinco no se había entregado, nosotros iríamos a la policía. Fíjese, señor, estaba ya listo. No podía ir muy lejos con una clavícula rota y sin pistola, ni moto.

—¿Sin moto?

—La encontramos en el piso del horno —dijo Dan— y la echamos a la represa... y después arrojamos también la pistola.

—¡Dios mío! —gimió el coronel Henchman—. Pero ¿cómo voy a explicar eso a la policía?

—Y después, Dan, querido —dijo su abuela, como si nada hubiera pasado—,

Henry y tú os fuisteis de excursión con los chicos del coro, ¿no es así?

En el silencio que siguió ambos fijaron la mirada en la alfombra, sintiéndose estúpidos.

—Nosotros... nosotros no sabíamos qué otra cosa podíamos hacer — tartamudeó Dan.

—¡Y mientras tanto —bramó de nuevo su abuelo—, Kevin Britton pegó fuego a la maltería del señor Fenton y escapó en la lancha motora de tu tío George!

Bien, se dijo tras haber enviado a Henry a casa de los Heseltine y a Dan a la cama, ya vería cómo se arreglaba

mañana cuando tuviera que contárselo todo a la policía. Haría cuanto estuviera en su mano, pero aquellos chicos se habían comportado como un par de locos.

—Hay algo bueno a favor de ellos —dijo para terminar el abuelo—. No existe la más mínima posibilidad de que el muchacho escape. Ya han llamado a la patrulla de la policía fluvial. El tío George se ha encargado de hacerlo. No hay forma de ocultarse en el río. Le capturarán en cuestión de horas.

Pero su abuela no quiso correr riesgos. Y se negó a permitir que Dan durmiera esa noche en el cenador.

—No estoy tranquila con ese muchacho suelto —dijo sombríamente cuando le metió en el baño que tanto necesitaba—, aunque la policía esté a punto de capturarlo. Dormirás más seguro en tu antiguo dormitorio. Y cerraremos con llave la puerta de la casa.

Dan le agradeció en silencio aquellos cuidados.

Más tarde, tumbado en su cama junto a la que había sido de Nick, se sintió profundamente agotado por todas las desventuras de aquel día. Pero aun así, reflexionó ya casi medio dormido, lo peor había pasado. Ahora su abuelo

sabía todo lo que tenía que saber. Con seguridad, mañana no sería un día tan malo.

—Dan —le dijo tímidamente su abuela cuando vino a arroparle—. Yo... yo creo que te entiendo. Pase lo que pase mañana con la policía, quiero que sepas que te entiendo.

¿Le entendía verdaderamente?, se preguntó. Porque él mismo apenas lograba entender.

—Está muerto —le murmuró—. Nick está muerto. Y ya no tienes que protegerle más.

Y apagó la luz.

¿Era así? ¿Era tan fácil?

Junto a la puerta se detuvo y se rió un momento.

—Me encanta que me hayas dicho lo de la botella de leche —dijo—. Se me olvidan ahora tantas cosas... que pensé que la culpa era de mi memoria.

A LA MAÑANA siguiente, Dan se despertó tarde, cuando la luz del sol se abrió paso entre las dos cortinas. Al verse en una cama normal y con un techo blanco sobre su cabeza, recordó todo lo sucedido el día anterior.





Bueno, ya había pasado, pensó al tiempo que exhalaba un suspiro de alivio. A la policía no le importaría mucho lo que le dijera su abuelo. Además, Kevin Britton habría sido capturado y ya habría hablado; por tanto, los agentes no necesitarían saber nada de él ni de Henry. Todo el asunto podía ser olvidado, como cuando se barre bajo la alfombra.

—¿Coronel Henschman? Sí. Soy el coronel Henschman —dijo—. Sí, inspector, ¿qué puedo hacer por usted?

Dan se tragó tan silenciosamente como pudo el maíz tostado que tenía en la boca.

—¿Qué le han cogido?... ¿En Burgh St. Peter?... Magnífico... ¿Qué?... ¡Dios mío!... ¿Completamente en pedazos?... Lo siento mucho...

La voz del otro lado del hilo hablaba y hablaba, mientras Dan y su abuela intercambiaban miradas. ¿A qué se referiría el «completamente en pedazos»? ¿A Kevin Britton? ¿A otro agente?... ¿O a la fabulosa lancha motora de tío George?

—¿Un chico pequeño con gafas? —ladró el abuelo de Dan—. Sí. Es mi nieto... ¿Que dónde está? Pues aquí sentado, desayunando... Sí... Sí... Muy bien, inspector. Le aguardamos.

Colgó el teléfono, volvió a sus huevos y a su tocino y siguió comiendo, rápida y airadamente, como si estuviera en un campamento y la batalla estuviera a punto de empezar.

—¿Qué sucede, querido? —preguntó la abuela de Dan.

Habían capturado a aquel sinvergüenza, masculló entre dos bocados, pero no antes de haber estrellado la magnífica lancha motora de George en el desembarcadero de Burgh. El casco de fibra de vidrio se había rajado de un extremo a otro y el motor, que había costado 1000 libras, estaba ahora en el barro a tres metros de

profundidad.

—¿Y el muchacho?

—Ah, le sacaron enseguida del río.

Dicen que no se encuentra bien. Pero eso no le ha impedido hablar.

—¿Acerca de mí? —preguntó Dan.

—Acerca de ti —replicó con enojo su abuelo—. Y también acerca de Henry. El inspector Phillips vendrá de Rushby dentro de veinte minutos para tomaros declaración.

«Oh, Dios mío —pensó exhausto Dan media hora más tarde—. ¡Qué pesadas son las personas mayores!».

La noche anterior le había contado todo a su abuelo. Se lo repitió al

inspector de Rushby y ahora le pedían que volviera a explicarlo con frases cortas y claras para que el inspector pudiera anotarlas. Y cuanto más decía, más tonto le parecía. Estaba ya verdaderamente hastiado de todo aquello.

—Atento, Dan —le amonestó su abuelo—. El inspector quiere que le expliques otra vez por qué no le contaste a la policía que ayer por la tarde encontraste a Kevin Britton en la maltería.

—Porque... porque creímos que el castigo sería menor si... si él mismo se entregaba. Y... y pensamos que no podía

escapar con una clavícula rota y... y sin pistola.

—Espera un minuto... no tan deprisa.

—Nosotros... nosotros no pensamos en la lancha motora.

¿Por qué iban a haber pensado? Sólo él y Nick sabían cómo entrar en la cabaña de las lanchas. Y por fin comprendió que Kevin tuvo que verle el sábado por la mañana desde la maltería, cuando buceaba bajo la verja y la abría desde el interior.

—... Sólo pensamos en la moto. Y... y para evitar que la utilizara... la lanzamos a la represa.

Bueno, aquello ya había terminado y firmó aquel mamotreto y se fue a la cocina. Allí se encontró con Henry, que tenía un aspecto como si no hubiera dormido en toda una semana.

Su abuelo le siguió desde el despacho.

—Ahora te toca a ti, Henry —le dijo secamente—. Pero primero he de explicarte tus derechos. Antes de hacer una declaración, puedes solicitar la presencia de un abogado o de tu madre.

—¿Mi madre? —exclamó Henry, horrorizado.

—En el caso de Dan, como soy su abuelo, he estado presente como

pariente suyo. ¿Quieres que le pida al inspector que haga lo mismo contigo? En esta comarca somos viejos amigos en la administración de la ley.

—Sí, por favor, señor.

—En primer lugar, ¿has contado a los Heseltine tu intervención en todo este asunto?

Henry enrojeció enfadado.

—No, señor. ¿Es que tenía que hacerlo?

—¡Gracias a Dios! Al menos, todavía te queda algo de sentido común.

—¿Puedo entrar contigo? —preguntó Dan a la puerta del despacho.

—Pues claro que no —contestó su



abuelo.

—¿Por qué no?

—El inspector ha escuchado tu declaración. Ahora desea oír la de Henry.

—¿Es que no cree que le he dicho la verdad?

—No es eso, querido —le dijo su abuela con una sonrisa—; así es como actúa la ley. Además pienso... pienso que hay más de un tipo de verdad. ¿No te parece?

Y Dan tuvo que contentarse con eso durante la interminable media hora que transcurrió hasta la salida de Henry del despacho.

Henry pareció como sacado de una profundísima charca. El inspector le había preguntado a qué escuela asistía y, cuando Henry contestó, comentó que una escuela privada tan cara no le había enseñado mucho. Y Henry se sintió profundamente trastornado y confuso porque precisamente lo que le había enseñado Granthams fue dar a Kevin Britton su última oportunidad.

Todavía pálido, miró a Dan.

—Tenemos que enseñarle en qué parte de la represa lanzamos la moto y la pistola —murmuró.

—Eso es fácil —replicó Dan, tratando de animarle—. Tiene que haber

un gran agujero negro en las hierbas de la superficie.

Su abuelo hizo que el inspector los llevara por el huerto. Quería evitar que cruzaran por la aldea, ya repleta de gente arracimada alrededor del coche de la policía con su luz centelleante.

—Coronel, esta tarde enviaremos buceadores —dijo el inspector tras haber examinado el agujero.

¡GRACIAS a Dios que era ese miércoles de agosto! El último día de las regatas. Y a las doce y media todos los chicos pugnaban por subir al autobús

de Rushby, para no perderse las pruebas de natación en la piscina municipal, y para divertirse después a lo grande en la feria. Cuando llegó el furgón de la policía con los buceadores, la calle estaba desierta. Detrás venía una grúa. Juntos formaban el más extraño cortejo que hubiera pasado nunca por el camino de Fenton.

Henry y Dan estaban sentados en la valla del jardín desde donde se dominaba la represa. Tras ellos, entre las hierbas altas, se hallaban los abuelos de Dan, que contemplaron a los jóvenes policías desaparecer por la puerta trasera del furgón y reaparecer minutos

más tarde con sus trajes de bucear.

—Venga, chicos —dijo el jefe—. Decidnos exactamente dónde la lanzasteis.

Y los dos chicos saltaron y se lo indicaron.

Los buceadores se sumergieron, y el maloliente fango emergía a la superficie.

—Podíais haber escogido otro sitio más limpio —se quejó el policía que dirigía la operación—. Aquí deben de confluír los desagües de Danestone.

—Ni muchísimo menos, agente —bramó el abuelo de Dan, que había cruzado por encima de la cerca y estaba ahora junto a ellos—. Todos están

conectados a la red general de alcantarillado.

—¡Mira! —gritó Dan.

De las aguas sucias asomó una mano que llevaba la pistola de Kevin; y un momento más tarde salió el buceador.

—Hemos encontrado las dos cosas —gritó triunfalmente—. La pistola estaba sobre la moto. Pasa el cabrestante por aquí. La sacaremos en unos minutos.

«¡Gracias a Dios!», pensó Henry. Deseaba que por fin acabara todo, y que se llevaran cuanto antes de Danestone todo lo que tuviera que ver con Kevin Britton. El marjal estaba vacío. No

había nadie por las proximidades. Nadie en la aldea sabría lo que estaban sacando de la represa. Nadie, excepto los policías y los abuelos de Dan, tenía por qué saber lo estúpidos que habían sido Dan y él.

Pero no sería así.

En el silencio, mientras los policías disponían el cabrestante, se percibió un chapoteo suave y rítmico que venía de más abajo de la presa.

—¿Qué es eso? —preguntó secamente.

—Alguien viene remando río arriba —replicó Dan, escrutando con sus ojos miopes por encima de los montones de

ladrillos ennegrecidos que antes formaban la maltería, y escuchando atentamente el lento chapoteo de los remos.

—Parece que no tiene prisa —  
añadió Dan.

Lenta, muy lentamente, apareció la cabeza de Jim, después su espalda y, por fin, al tomar la ligera curva de la represa, la proa de la vieja lancha de su tío Ed. Golpe tras golpe de remos, seguía acercándose de espaldas. Entonces, uno de los policías gritó una orden al hombre del cabrestante, Jim giró y los vio.

Se quedó inmóvil. Primero



contempló a los policías y luego a Henry, a Dan y a los abuelos de Dan, y entonces se puso colorado. Con el seguro instinto de un malhechor nato, supo que había sorprendido a sus amigos en alguna falta.

—Están sacando la moto de Kevin Britton —le espetó Dan—. Fue lanzada a la represa.

Jim levantó los remos, ató una soga de la lancha a una podrida estaca del viejo embarcadero de la maltería y se acercó a ellos. Allí estaba cuando la grúa extrajo lentamente del agua, cubierta de fango, la *Suzuki* de Trevor Fincher.

—Está completamente destrozada — exclamó mientras la motocicleta giraba todavía en el aire, goteando sobre el muelle—. Costará una fortuna arreglarla.

—¿De verdad? —pregunto Henry, mirando con desconsuelo al abuelo de Dan.

El anciano le devolvió la mirada, y su expresión adusta se ablandó lentamente. Luego, increíblemente, zanjó la cuestión como si no tuviera importancia. Cuando hay chicos alrededor, suceden muchas cosas. Estaba acostumbrado a eso.

—De hecho, Henry —añadió

sonriendo maliciosamente—, he llegado a pensar seriamente si debo sacarme un seguro para las vacaciones de verano.

—¿Y la lancha motora nueva del señor Heseltine? —preguntó Henry, todavía obsesionado por las consecuencias de lo que Dan y él habían hecho.

—Oh, mi yerno no corre nunca riesgos —replicó secamente el coronel—; todo lo que posee está asegurado.

Jim, tras escuchar lo que se decía, miró a Henry y al coronel y luego a Dan que, junto a su abuela, contempló la desaparición de la *Suzuki* en el interior del furgón de la policía, e imaginó lo

que realmente había sucedido.

Tras marcharse la policía de Rushby, el abuelo de Dan se volvió hacia él.

—¿Y por qué no estás en la feria con los demás?

Jim se sintió turbado de nuevo. Venía con una oferta. Pero ahora, en el último momento, temía la forma en que sería recibida.

—Al ver que este verano no tienen lancha de remos —murmuró—. Yo... yo me pregunté...

—Si podríamos ir todos en la lancha de tu tío Ed a ver los fuegos artificiales —estalló Dan, jubiloso de no tener que renunciar a la gran fiesta del año.

—Eso es —añadió Jim, pisoteando la hierba que crecía sobre el muelle.

—Es muy amable por tu parte —añadió el abuelo de Dan, visiblemente emocionado.

La vieja lancha de remos de la familia se había podrido aquel invierno, y tras la muerte de Nick no había tenido ánimos para comprar otra.

—¿Qué te parece, Madge?

—Y Jim y yo nos encargaremos de remar —farfulló Dan.

Pero Henry parecía angustiado.

—Anímate, Henry —le dijo riendo la abuela de Dan—, te envolveremos en salvavidas.

Pero aún tenían que pasar un trago difícil.

Cuando regresaron a la casa, sonaba el teléfono. Era el inspector de Rushby para decirles que el jefe de detectives de Wellingborough había llegado al puesto de policía para encargarse del caso Britton, y que deseaba ver a los dos chicos.

—¿Nos acusarán de encubridores? —preguntó Henry mientras el abuelo de Dan los conducía al pueblo.

—No lo creo —replicó el anciano.

—Pero ¿es que vamos a tener que contarlo todo otra vez? —suspiró Dan.

Ahora que su abuelo estaba

enterado, el asunto quedaba ya atrás. Era una lección aprendida. Y un fastidio. La policía se metía en lo que no le importaba.

—Ya tienen vuestras declaraciones.

—¿Por qué quieren vernos entonces?

—le interrogó Henry.

—En el peor de los casos, habrá una amonestación formal —dijo el coronel—. En el mejor, una regañina. Una vez más os dirán lo locos que habéis sido.

—Eso de una amonestación formal no parece muy grave —dijo Dan animado.

Estaba equivocado, le corrigió su abuelo. Una amonestación formal

constituía un asunto muy serio. Era lo más próximo a una acusación. Y además figuraba en los antecedentes.

—¿Es que ya tenemos antecedentes Henry y yo?

Parecía como si estuvieran viviendo una historia de espionaje.

—No. Ningún menor tiene antecedentes hasta que la policía le hace una amonestación formal. Entonces, ésta se anota como antecedente y a la próxima vez en que tenga que habérselas con la ley, se tiene en cuenta.

—Ya veo —dijo Henry muy quedamente.



BUENO, fue una fuerte regañina, no una amonestación formal. El deber de un ciudadano, se les dijo, consiste en ayudar e informar a la policía, no en hacer justicia por cuenta propia. Esas ideas infantiles de «dar una segunda oportunidad» y de «juego limpio» de nada sirven cuando se aplican a jóvenes violentos como Kevin Britton. La próxima vez tendrían que decir a las autoridades todo lo que sabían, y no tratar a los delincuentes como les pareciera.

—¿Y... nuestras declaraciones? — preguntó Henry cuando les dijeron que ya podían irse.

—Las conservaremos —le respondieron.

Añadieron que lo más probable era que no volvieran a oír hablar del asunto. Aquel joven delincuente ya había cometido bastantes fechorías para que, encima, fuera necesario implicar a dos chicos bastante tontos que deberían haberse comportado mejor.

Henry salió al soleado patio de la policía. Se sentía humillado y confuso y, sin embargo, milagrosamente libre de pecado.

Pero los pensamientos de Dan ya estaban puestos en alegres perspectivas.

—Y ahora, vámonos a la feria a ver

los fuegos artificiales —dijo con una mueca.

La lancha de remos de Ed Foulger se deslizaba Waveney abajo con las últimas luces de un día de agosto. Hacia el este, por la parte de Rushby, el cielo comenzaba ya a oscurecer. Los cinco ocupantes de la lancha se sentían en paz entre sí y con el mundo que dejaban atrás, a ambos lados del río. Para Henry, embutido en un chaleco salvavidas y sentado en el fondo de la lancha entre los pies del abuelo de Dan, habían concluido ya sus graves preocupaciones. Se sentía indultado, mejor aún, aceptado. Miró ante sí a Dan, tan

sorprendentemente diestro con el remo, y a la oscura forma de Jim, manejando el suyo tras él, y pensó que entre sus amigos se sentía feliz. De arriba le llegó el olor del humo del tabaco, y elevando la vista, distinguió el tenue resplandor de la pipa del coronel. Junto a él estaba sentada la abuela de Dan, gobernando la lancha en la oscuridad. Suspiró feliz. Todo estaba tranquilo, apacible. Y, al menos por esa noche, pertenecía a un grupo. Para Jim, que remaba con Dan y que, junto al resto de los ocupantes de la lancha, iba a ver los fuegos artificiales, las cosas eran mucho más simples. Se acordaba de Nick y le recordaba de la

mejor manera que podía imaginar. Y Dan, que contemplaba cómo se abrían ante su remo las oscuras aguas y luego se deslizaban río arriba, estaba contento —y mucho más que contento— por la forma en que estaban sucediendo las cosas. En los últimos cinco días se había sentido despavorido, se había comportado como un tonto e, incluso, había dicho mentiras. Sin embargo, sus abuelos le habían perdonado y había ganado dos amigos.

—¡Mira! —exclamó su abuela—. ¡Mira! ¡El primer cohete!

Y cuando Dan y Jim giraron para contemplarlo, un puñado de estrellas de

todos los colores descendía lentamente en la oscuridad.

—¡Tenemos que darnos prisa! ¡Aprisa! —exclamó Dan, volviéndose para aferrar su remo.

—Ya no es necesario —dijo el coronel pausadamente—. La marea nos llevará. Además, casi hemos llegado.

A Henry le resultaba mágico el silencioso deslizamiento de la lancha a impulsos de la fuerte marea baja. Sin ruido y sin esfuerzo navegaron entre las casas y bajo el viejo puente del ferrocarril, y junto a siluetas apenas entrevistas de embarcaciones, y bajo una noche rebosante de estrellas, cometas de

larga cola que giraban incesantemente y una lluvia de centellas, mientras los estampidos de los cohetes rebotaban como cañonazos sobre las aguas.

«Pobres Simon y Nigel —pensó—, metidos en ese aburrido Club Náutico».

—BIEN, este «hasta mañana» es más alegre —dijo la abuela de Dan cuando horas después le arropó en su cama.

—Sí. Sí —repuso—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Es... es por Henry...

—¿Qué le pasa a Henry?

—Le... le aprecio mucho y... y temo

que no volveré a verle cuando regrese a su casa la próxima semana.

—¡Dios mío! ¿Y por qué no? Los dos vivís en Londres.

—Pero... pero va a una escuela mucho más importante que la mía.

—¿Y ha significado eso alguna diferencia entre los dos, estando aquí?

—No.

—Entonces es muy sencillo. Cuando tu padre y tu madre regresen de Suiza les preguntaremos si Henry puede pasar contigo las vacaciones de Navidad.

—¿Crees que podrá ser? —preguntó sonriendo.

—Pues claro que sí. A él le gustará



tanto como a ti.

No añadió que aquello podía evitar al pobre Henry una nueva y desastrosa visita a sus otros nietos. Se limitó a besar a Dan, tras darle las buenas noches, y apagó la luz.

—Y mañana —dijo medio dormido—, ¿podré volver al cenador?

—Naturalmente.

# Notas

[1] Fábrica de malta. La cebada germinada y posteriormente tostada recibe el nombre de malta. La malta se usa, entre otras cosas, para la fabricación de la cerveza. <<